

# DOS PARTIDOS EN LUCHA

FANTASÍA CIRCEÁTICA

**PUBLICADA**

POR

**EDUARDO L. HOLMBERG**



**Buenos Aires**

Imprenta de EL ARGENTINO, calle Piedad n.º 134

**1875**

Como una prueba de amistad  
me permito al Sr. D. Pedro  
de Arata hacerle este pequeño  
presente - No dudo encontrara  
en el algo que rebata con  
sus especialidades respectivas

Febrero 16 / 75  
E. de Arata



# DOS PARTIDOS EN LUCHA

FANTASÍA CIENTÍFICA

**PUBLICADA**

POR

**EDUARDO L. HOLMBERG**



**Buenos Aires**

Imprenta de **EL ARGENTINO**, calle Piedad núm. 134

**1875**



## DOS PALABRAS

El Sr. D. Ladislao Kaillitz (Darwinista) autor verdadero del juguete literario que someto á las inevitables apreciaciones de un lector mas ó menos apasionado para la crítica, no está actualmente en Buenos Aires. El lector puede creer que yo no tengo la culpa. A dónde ha ido? no sé—pero en Setiembre de 1874 tomó pasaje en un buque que iba á cruzar el Atlántico, y segun parece, el buque no cambió de rumbo.

Momentos antes de embarcarse, y al estrecharme la mano con una de las suyas, observé que llevaba la otra á uno de los bolsillos de su casaca de naturalista, y de allá, de las semi-insondables profundidades, sacó un voluminoso paquete de manuscritos.

—«Toma,» me dijo, «te los confío, haz de ellos lo que quieras.»

—«¿Es alguna obra tuya?»

—«Sí, pero no lo digas.»

—«Seré tan discreto como tú.»

Y Kaillitz se alejó. Quise seguirle para acompañarle hasta el embarcadero, pero no sé que fuerza irresistible me obligaba á no hacerlo. Levantando alternativamente la vista para verle alejarse y mirando los manuscritos, resolví por fin retirarme á mi casa, y con esa avidez del que lee por conocer el argumento de una novela, entré en comunicacion intelectual con el Sr. D. Ladislao Kaillitz, Darwinista.

Es incuestionable que el estilo es el hombre—y en ninguna parte se podria hallar un hombre mas caracterizado por su estilo que en los «Dos Partidos en lucha» del Sr. Kaillitz, Darwinista.

El lector observará que hay muchas ideas, y aún grandes cuadros no expresados en el lenguaje de la palabra articulada ó escrita, sino en el lenguaje de la palabra presentida, y que, si ha habido esta supresion aparentemente lamentable, se debe recordar que en todas las obras del ingenio humano hay un mas allá, que como dice nuestro caro amigo el poeta Rafael Obligado

*Se sueña, se presente, se adivina....*

Buenos Aires, Diciembre de 1874.

EDUARDO LADISLAO HOLMBERG.

# Indice

	pagina.
<b>CAPÍTULO I</b> —Un paseo en la costa Patagónica.—Restos abandonados—Una inscripcion. ( <i>Enero de 1872</i> ).....	1
<b>CAPÍTULO II</b> —Píntase la situacion de las cosas y de los ánimos, despues de iniciar al lector en los antecedentes de la lucha. ( <i>1874.</i> ).....	7
<b>CAPÍTULO III</b> —Francisco P. Paleolitez—Pascasio Gríffritz y Juan Estaca.....	17
<b>CAPÍTULO IV</b> .—En el que el autor tiene necèsiariamente que retroceder al año <i>1872</i> para dar á conocer mejor al Sr. D. Pascasio Griffritz, Darwinista, etc.....	21
<b>CAPÍTULO V</b> .— <i>Continuacion del anterior.</i> Las maravillas de un naturalista.—Resurreccion de una Sensitiva ( <i>1872</i> ).....	30
<b>CAPÍTULO VI</b> —La primera sesion pública del Congreso Científico Argentino ( <i>1874</i> ).....	47
<b>CAPÍTULO VII</b> —El sentimiento científico en Buenos Aires:—Un caso curioso de error tipográfico.—Un diario neutral.	69
<b>CAPÍTULO VIII</b> —Visita á unas señoras Rabianistas.—Tendencias absorbentes de todo un partido científico.....	76
<b>CAPÍTULO IX</b> —En Lóndres—Charly y Dick,—Diseccion de un mono en uno de los departamentos del Zoological Garden.—Gran descubrimiento—Una carta—Good bye.....	89
<b>CAPÍTULO X</b> —Darwin abordo del Hound—Travesía del Atlántico—Monologo de Griffritz.....	100
<b>CAPÍTULO XI</b> —Llegada de Darwin á Buenos Aires el <i>28</i> de Agosto de <i>1874</i> . Justa manifestacion.....	109
<b>CAPÍTULO XII</b> —Inconvenientes inesperados.....	115
<b>CAPÍTULO XIII</b> —La segunda sesion pública del Congreso Científico Argentino.....	121
<b>CAPÍTULO XIV</b> —Último—Consecuencias de la lucha.....	139
Apéndice.....	140

# DOS PARTIDOS EN LUCHA

(FANTASÍA CIENTÍFICA)

## CAPÍTULO I.

UN PASEO EN LA COSTA PATAGÓNICA. RESTOS ABANDONADOS.

UNA INSCRIPCION

Enero de 1872

—«¿A qué lado iremos, Capitan?»

—«Pasaremos por la barra, y derribando á barlovento, visitaremos la Barranca del Sur.»

—«¿No háy peligro de que el mar nos arroje contra el mullon?»

—«No, porque hay calma, y en todo caso embicaremos en una ensenada.»

El Sr. D. Carlos Rossovich, capitan del Vapor Nacional *Patagones*, había tenido la bondad de invitarme á dar un paseo en el mar, para amortiguar de este modo el fastidio que se apodera de un viajero que tiene que estar á bordo de un vapor anclado siete ú ocho dias,—y á veces mas—esperando que la barra no este *brava*, y que haya bastante agua en ella para poder levar anclas.

Acepté la proposicion, y salté al bote con toda la agilidad de un acróbata.

El Capitan asió el timon, los remeros picaron acompasadamente el agua, y yo, reclinado en la borda un momento despues contemplaba la estela que dejaba el bote, como quien contempla los cielos en una noche serena; otras veces dirijiendo la vista á los remolinos que forma el remo al penetrar en la masa líquida, veíalos alejarse, confundirse y perderse como un torbellino que arrastra en sus círculos vertijinosos los seres que encuentra en su camino.

Imágenes eran aquellas que me recordaban el Maelstrom, — tal era el estado particular de mi ánimo — y mas de una vez tuve tentaciones de preguntar al Capitan si cerca de la Barranca del Sur no se encontraría algun remolino semejante que nos hiciera experimentar lo que es la fuerza centripeta; pero algo grande me presajiaban en sus fantásticos giros, para hacerme guardar un prudente silencio.

Despues de bogar durante algun tiempo sobre aquella superficie instable, llegamos á enfrentar la Barranca del Sur, que se levanta cual gigantesca fortificacion natural, á unas dos leguas hácia el S. O. de la embocadura del Rio Negro de Patagonia, amenazando derrumbarse en algunos puntos — tan atrevida es su perpendicular!

La base roida por el embate continuo de las olas, parece descansar en un lecho formado de guijarros, conchas de moluscos y dendritas que, ó desprendidos de las capas geológicas inferiores del murallon, ó arrojados hasta alli por la violencia de las olas, forman como un tributo del Océano ciñendo la cintura de la Tierra.

Entramos en una pequeña ensenada y tomando de maños de los marineros las escopetas que habiamos llevado para cazar, comenzamos á trepar una pendiente suave.

No habiamos andado treinta pasos cuando nuestras miradas fueron atraídas por algunos despojos abandonados allí:—

huesos, botellas vacías, una pipa de fumar y pequeños tarros de lata, que el tiempo había convertido en óxidos.

—«Capitan! reliquias de un banquete. ¿Quiénes habrán andado por aquí?»

—«Cualesquiera que como nosotros hayan tenido que esperar que la mar no esté bravia en la barra.»

Adelantamos algunos pasos como para buscar otro indicio que nos revelara quizá quienes eran los que muchos años atrás, habían satisfecho su apetito en aquella soledad, donde solo se oyó los roncós bramidos del Océano, y el áspero grito de las aves marinas.

En un recodo del murallon hallamos el siguiente nombre y la siguiente fecha, esculpidos en la arenisca compacta :

## CHARLES DARWIN

1835

¿Sería acaso el ilustre naturalista quien grabara aquella inscripcion y dejara aquellos restos hacia 36 años?.....

Hé aquí una pregunta que no hubiera podido hacerme entonces:—¿por qué?—porque yo no podía saberlo, pues apenas una ó dos veces había oído su nombre, y esto ¡de qué modo! Tampoco sabía que hubiera andado por América, pues aunque el nombre de Darwin está hoy íntimamente ligado á las ciencias naturales, y no es posible decir:—«He estudiado Historia Natural, y no sé quién es Darwin»—sin embargo, yo que acababa de pasar mi último exámen de preparatorios en la Universidad, no sabía quién era Darwin.

—«Capitan Rossovich! ¿qué quiere decir *Charles Darwin*, 1835?»

—«Ha visto Vd. los mapas que tenemos abordo?»

—«Sí, los he visto.»

—«Pues bien, en 1835, el Almirante Fitz-Roy, abordo del *Beagle*, sondó estas rejiones. Casualmente, Mister Elsegood, el finado Capitan del Patagones, era uno de los oficiales que acompañaron á Fitz-Roy, llegando hasta decirse que fué Elsegood quien hizo el sondaje de toda esta porcion porque ya la conocía. Nuestros mapas son el resultado de esos sondajes.»

—«Sí, pero . . . ¿y Darwin?»

—«Darwin era uno de los naturalistas que acompañaron al Almirante.»

—«De manera que estas botellas, estos tarros y esta pipa . . .»

—«Y ese nombre esculpido deben guardar cierta relacion.»

—«Es decir que Darwin tocó probablemente estos objetos?»

—«Todo es muy posible. Pero, ¿qué importaría que así fuese?»

—«Le parece á V. poco el conservar estos objetos y ponerlos en exhibicion con un letrero al pié que diga :

*‘Un hombre muy célebre los ha tocado’?*»

—«No ha mucho un jóven amigo me decía, hablando de un gran sábio: ‘Si puede vanagloriarse alguien de haber estado cerca y en contacto de un sábio, soy yo;’ figúrese Vd. que yendo un dia por la calle de la Florida, se me acerca, y me dá un tiron de orejas,—y la cuestion de estos objetos á los cuales da Vd. tanta importancia, porque los haya tocado Darwin, me recuerda lo que decía mi jóven amigo.»

—«Pero, vamos á la cuestion, ¿es ó no célebre Darwin?»

—«¿Y quién podría dudarlo? Dicen que es un fantástico y un visionario, aunque no sé en que se apoyan para decirlo. Pero, apresurémonos, porque se hace tarde.»

Despues de responsabilizarnos del delito de hacer pasar á mejor vida algunas docenas de patos,—aunque no por el proce-

dimiento de Münschhaussen, (\*) siete avestruces petizos, varias liebres de Patagonia y algunos otros animalejos, volvimos al bote.

Al pasar de vuelta por el sitio donde estaban los restos que había dejado el sábio, guardé la pipa y una botella, con la esperanza de ponerlas en exhibicion.

Pronto tendrá el lector la satisfaccion de verlas figurar al lado de los famosos cuadros de la vision de José Pelachs. (†)

Cuando llegamos á bordo del vapor, nos sentamos los pasajeros alrededor del capitan, bajo la tolda de la popa, y allí, entre bocanadas de humo y las emanaciones del café,—oyendo el bramido lejano del mar ya irritado y aspirando el aroma sin igual de las brisas patagónicas, el Capitan Rossovich habló de esta manera.

(A última hora, buscando los apuntes que hicimos, de lo que el Capitan nos dijo, hemos tenido que lamentar su pérdida, quizá por haberse convertido en alimento de algunas poco científicas ratas. Sin embargo, para no dejar á oscuras al lector, diremos que nos esplicó la teoría de Dárwin.)

—«De lo que pueden deducir VV., caballeros, que el mejor sitio para hablar de la teoría de Darwin, es el mismo en que estamos hoy estacionados», dijo por fin el Capitan, y tenía razon, aunque no recuerdo por qué, pues como antes dije, se ha perdido los documentos en que esta razon estaba consignada.

---

(\*) Célebre mentiroso Aleman; fantástico segun unos, real segun otros.

(†) Y creemos que en ninguna parte podrian estar mejor, aunque solo fuera por el contraste. Pelachs es un visionario que tiene el perdonable candor de creer que ahora, en Buenos Aires,—en la ciudad donde se ha discutido con furor dos grandes teorías como las que va á ver tratadas el lector en las pájinas siguientes,—todo el mundo presta entera fé á sus visiones representadas en una série de cuadros místicos, y que figuran como un «producto Arjentino» en la casa calle de Florida n.º mer) 90.

—«*Captain! captain! a captain under the lee!* (7)» exclamó el contra-maestre, como refrendando las palabras de su superior.

Un movimiento precipitado sobre cubierta—un harpon—un bote al agua—un animal extraño ondulado en el río—hé aquí la escena que se presentó á nuestra vista, despues de la interrupcion del contra-maestre.

Apénas tuvimos tiempo para admirar aquella maravilla, porque todos los rostros rebosaban alegría con la palabra mágica que todos los labios repitieron :

—«¡La barra! la barra en calma!»

Pocas horas despues se levaba las anclas, y el vapor Patagones, con veinticinco libras de presión en las calderas, cruzaba la barra y se alejaba de aquellos sitios pintorescos, que quizá no volveré á ver.

La ciencia nada perderá con esto.

●

## CAPITULO II

PÍNTASE LA SITUACION DE LAS COSAS Y DE LOS ANIMOS, DESPUES  
DE INICIAR AL LECTOR EN LOS ANTECEDENTES DE LA LUCHA

(1874)

El Museo de Buenos Aires habia llegado al apogeo de su esplendor; porque un sábio, demasiado sábio quizá,—y esto lo entenderán los que estén en antecedentes—le tenia bajo su direccion en los momentos en que empezamos á escribir estas paginas, inspirados por el deseo de comunicar á los que saben y á los que no saben, qué en Buenos Aires ha tenido lugar á principios del año de 1874, una de aquellas luchas que despiertan mas vivamente la atencion de los pueblos civilizados ó inciviles.

La fama de aquel sábio era universal, no solo por sus relaciones particulares,—las que, hablando en general, són las que mas contribuyen á hacer resonar en el aire las notas de la trompeta de la dipsa codiciada,—sino tambien porque sus obras siempre habian sido leídas por todos aquellos que anhelaban conocer los orijenes del planeta que habitamos y todas las cuestiones de ciencia natural que con este se relacionan.

Sus largos viajes por diferentes rejiones le habian permitido

no solamente ver muchas maravillas, sino tambien manifestarse corporalmente, como Cristo á sus discípulos, á los diversos habitantes de las rejiones recorridas;—de manera que podemos decir que, desde Owen que tiene su asiento en la rica Albion, hasta el gaucho que cruza la Pampa solitaria entonando sus lastimeros *tristes*, no hay una sola persona que no le haya visto, ú oído nombrar siquiera una vez.

El amigo y rival de Humboldt, el discípulo de Nitkisch, el émulo de Owen, atesoraba en los salones del antiguo edificio, todas las riquezas que encierra nuestro suelo en sus entrañas, en su superficie, y en el aire que le envuelve.

Los sábios extranjeros que cual aves de paso y muy de tarde en tarde visitaban la ciudad de Buenos Aires, no dejaban de ir á saludar al ilustre personaje en su necrópolis admirable; y cuando regresaban al pais que ilustraban con sus conocimientos y con los productos de su ingenio,—lo que no impedia que otros paises fueran accesibles tambien á tan vivas luces—su primer cuidado era publicar folletos laudatorios en los que manifestaban elocuentemente su admiracion por las grandes maravillas conservadas en la mencionada necrópolis por el mencionado sábio.

Buenos Aires, triste es decirlo, no sabia apreciar aquel tesoro.—¿Cuál? ¿El sábio ó el museo? — Los dos. No faltaba quien preguntara si tenemos museo, y si Burmeister era sábio: muchos de los que sabian ambas cosas, solian decir que al penetrar en él (en el museo) sentian que un secreto pavor los dominaba. ¡Almas pusilánimes! ¿Acaso los Gliptodontes movidos por invisibles músculos abririan sus bocas formidablemente fuertes, ó los Megaterios, con iguales resortes, acudirian la prodigiosa cola sobre el atrevido visitante? ¿Acaso el terrible tigre fósil de nuestra Pampa, el *Machærodus nœogæus*,—como le llaman los señores sábios,—sintiendo renacer en sus petri-

ficados colmillos el vigor penetrante que los animaba, saciaría su respetable y vetusto apetito. . . . ? ¿Acaso. . . . ? pero ya veo que si entramos en el terreno de la hipótesis tendremos que aventurar ideas demasiado atrevidas sobre algunos otros animales bravos que hay en el Museo de Buenos Aires. Muchas personas pretendían que habiéndose dedicado demasiada atención al culto de Belona, no había sido posible desarrollar en el espíritu nacional un sentimiento de admiración por las obras de la Naturaleza.

Quizá tenían razón los que tal cosa pensaban, pero de ninguna manera admitimos que la tuvieran los que pretendían que los Megaterios y los Gliptodontes, animales científicamente inofensivos pudieran devorarse á los curiosos.

Si fuera el otro tigre, pase!

Simple narradores de lo ocurrido, solo emitiremos nuestro juicio cuando sea indispensable, sin que tratemos de dar la razón ni á los unos ni á los otros.

Darwin era célebre y lo es.

¡Vaya una novedad!

Hay tantos personajes célebres en este mundo, que no caben sus nombres en los libros que los catalogan.

Pero la novedad no estaba en esto, sino en que Darwin se había dejado celebrar viviendo Burmeister.

¡Tienen unas ocurrencias estos sábios!

Y sin embargo, nada mas natural.—Si todos los naturalistas distinguidos fueran de la misma opinion unos y otros, se verían reducidos al triste caso de ser imitadores ¡plagiarios! lo que por otra parte es muy perdonable, por cuanto ello se vé con harta frecuencia en la sociedad, como decían no sé donde.

De aqui esa multitud de teorías, sistemas y métodos, descripciones ligeras y pesadas, opúsculos y tomos de todos los forma-

tos que se ha visto desbordarse como una creciente de nuestros caudalosos rios, desde que hubo en el mundo uno que dijese «A» para que muchos dijeran «B.»

De aquí, también, esa originalidad con que todos creen re-vestir sus obras (hablamos de las científicas, no de las literarias, porque de esas—Dios nos libre!—son todas tan originales que algunas parecen escritas antes de haberse inventado el lenguaje) y más de una vez nos ha sucedido admirarla tanto que no hemos podido menos de adscribir a los respectivos autores las líneas que las formaban.

Pero hablábamos de Darwin, y decíamos, ó mas bien, íbamos á decir que era cuestion de puro amor propio.

Darwin no quiere ni puede imitar á Burmeister.

Burmeister no puede ni quiere imitar á Darwin.

Este dice que aquel no es lógico.

Aquel dice que este es un fantástico y un visionario;—á tal punto, que jamas le oireis decir «La Teoría de Darwin,» sino «La Fantasía de Darwin.»

\*Pero no por esto dejan de ser íntimos amigos.

Mas vale así.

Ambos profesan ideas diametralmente opuestas y aunque los separa toda la inmensidad de un Atlántico, se asemejan á esos niños que sienta uno en penitencia frente á frente en una silla y que besándose las yemas de los dedos, se envían su simpático consuelo, porque entre los sábios un «no estoy conforme con vuestras ideas,» es como una caricia que recoge la posteridad para tejerles su corona de gloria.

Pero hay un momento en que el exceso de caricias parece una lucha reñida, y toma entónces á los ojos del mundo, incapaz de penetrar ciertos misterios, ese carácter que tan pocos alhagos presenta á un corazón pacífico.

Así, pues, no es de extrañar que en circunstancias de este

género, despertara Buenos Aires de su letargo y se agitará como el gigante encadenado bajo el Etna, por el vivo interés que la lucha latente, diremos, suscitaba; lo que tampoco es de admirar, porque Buenos Aires, á imitación de otros pueblos antiguos y modernos, prefiere muchas veces preocuparse seriamente con una cuestión de actualidad aunque ella no valga diez años de gloria, y no de otras que, apesar de ser las raíces de la prosperidad futura, solo presentan un atractivo dudoso en el presente.

Y es porque Buenos Aires es un pueblo ávido de novedades.

Pero en esta lucha científica no sucedió tal cosa; pues no solamente valía para el pueblo una gloria imperecedera, inmarcesible, sino tambien una conquista sobre la ilustración antigua, además de los resultados positivos que reportaría en sus relaciones comerciales con las otras naciones por el intercambio de ideas científicas,—ventajas que el autor no llega á esplicarse, pero que alguna razón de ser debén encerrar, por cuanto ellas han preocupado tanto la atención de todos los economistas y estadígrafos argentinos.

Como los colores de los partidos políticos se habían fundido en el celeste y blanco de la unidad nacional despues de resolverse las luchas electorales con el casi nombramiento del nuevo presidente de la República, el pueblo, que solo se considera satisfecho cuando hay lucha como consecuencia de la diversidad de ideas sobre un punto cualquiera, resolvió adoptar una resolución suprema.

Con este motivo, algunos cabeillas se reunieron en una casa particular de todos ellos, el 28 de Mayo de 1874, y resolvieron convocar al pueblo á un *meeting* que debia de celebrarse el 5 de Junio próximo en la Plaza Victoria á las 12 en punto del dia.

Fuera descuido, fuera premeditado, la invitación solo contenía estas breves palabras:

*Gran meeting—Plaza Victoria—5 de Junio 74—Urgente*

En el teatro, en los paseos, en los cafés, en las Facultades superiores é inferiores, en los palacios y en las casas de inclinatio,—donde á veces suele discutirse grandes cuestiones— todos preguntaban cuál sería el objeto de aquella convocatoria; —las criadas que iban al mercado, los changadores que volvan con ellas, y hasta los niñitos que iban á la escuela, solo tenian una expresion en los lábios:

—«Chél ¿para qué será el *metin*?»

Muchos almaceneros y tenderos resolvieron correr las puertas de sus casas el dia 5 de Junio, pues no faltó algunos chuscos que hicieron correr la voz de que se trataba de una revolucion. ¿Contra quién?—Poco importaba.

La Policia que felizmente tenia aviso de su objeto no tomó medida alguna preventiva—lo que por otra parte no calmó la agitacion del pueblo.

Los que saben apreciar las palabras por lo que ellas valen, extrañaron que el asunto fuera *tan urgente*, que pudiera esperarse aún siete dias.

Los que habian seguido paso á paso el desarrollo de la opinion, comprendieron al último qué se trataba de comunicar al pueblo alguna idea «¡alguna idea!» referente á la lucha científica; pero los que solo se preocupaban de otro género de intereses, creyeron que mejor sería «no creer en nada.»

Hay algo que nos causa estrañeza—algo que nos admira.

¿Cómo es que aquella parte de la masa del pueblo que se ajitaba sordamente con la célebre cuestion, no se imaginó desde el principio que el *meeting* podría tener alguna relacion con ella?

¡Misterios impenetrables de las naciones civilizadas!

Pero no comentemos.

Ante todo digamos lo que pasó.

Siete mil personas de todas edades y de nacionalidades di-

versas, acudieron al llamamiento, siendo incalculable el número de codazos, relojes perdidos, dolores de cabeza, y resfrios incurables que se originaron en esta reunion.

¿Para qué se había llamado al pueblo?

¿Por qué se había reunido tanta gente?

¿Se iba á pedir acaso una declaracion de guerra al Brasil por un quitame allá estas pajas quizá?

¿Habían desocupado al fin los Chilenos los territorios magallánicos?

¿Había estallado alguna epidemia, y se trataba de restaurar la Comision Popular?

Tales eran las preguntas de los que saben hacerlas en el momento oportuno.

Nada de esto había.

Los Chilenos no desocupaban nuestros territorios, con gran vergüenza para nosotros;—la ciudad estaba en buen estado sanitario, aunque no muy limpia ni muy bien alumbrada; y la guerra con el Brasil parecía estemporánea.

A la una en punto se notó cierta ajitacion en un grupo que estaba en las gradas de la Catedral.

Sobresalió una cabeza, aparecieron luego unos hombros, los que, elevándose gradualmente, dejaron distinguir por la muchedumbre la mitad superior de un hombre.

—¿Quién es?

Nadie le conoce.

Ajita en el aire su sombrero y la muchedumbre aplaude con estrépito; derrama su mirada sobre la gigantesca oleada humana, la que vuelve á aplaudir:

Exordio animatorio.

El que parece orador domina las masas. Diríase que Júpiter en el trono Olímpico, no tiene mas rayos en su diestra.

Hubo un silencio solemne,—una expectativa imponente.

—«Conciudadanos!» exclamó por fin el orador desconocido, «ilustres ó ilustrados conciudadanos; ha llegado por fin el momento, largo tiempo esperado por todos nosotros, de que enseñemos á la Europa y al mundo que sabemos mantener el equilibrio universal con la paz de que gozamos y con la ilustración que nos legaron nuestros antepasados. (*Bien! bravo! adelante!*) Sí,.....en tanto que la Europa se ajita en el torbellino de las guerras exteriores y de las luchas científicas internas, nosotros permanecemos gozando de la tranquilidad y de la paz. (*Guerra! guerra!*)

«Sí, conciudadanos! Soy el mensajero de guerra para un pueblo cuyos antecedentes gloriosos no se desmentiran ante la lucha que vamos á emprender. (*¡Guerra á muerte! ¡Muera fulano y zutano!*) Tranquilizaos, conciudadanos; la lucha que vá comenzar, no es una de aquellas en que se derrama la sangre de los hermanos; (*¡Guerra sin sangre!*) es una lucha intelectual en la que vosotros, vosotros cuya ilustracion, cuyo talento, cuyas nobles intenciones van á depositarse en la urna sagrada de la patria. (*A votar! á votar!*) Nó! nó! ahora no se trata de votar. (*Pues que se trate!*)

«Una noble contienda ha surjido radiante de la vieja Europa. Dos hombres se disputan el sόlio de la gloria. Dos partidos luchan encarnizados por vencer en el combate de las ideas. (*¡Nada mas que en ese? ¡Qué zonzos!*)

«Los Darwinistas y los Rabianistas (este nombre lo tomó mas tarde) anhelan cada uno por su parte hacer flamear en sus manos el estandarte de la victoria. Los unos pretenden que descendemos del mono; los otros aseguran que descendemos de nosotros mismos. (*Muy bien! Eso es!*) Cuál de ellos tiene razon, cuál no la tiene, he ahí lo que vamos á resolver. Los intéreses morales de la patria están vivamente afectados en esta cuestion, y el consentimiento unánime de todos los pueblos

nos hará fijar nuestras opiniones á este respecto. Se trata ahora de saber si apoyeis la idea, ó si sereis tan indiferentes con vuestros antepasados que no os preocupeis siquiera un momento con ella.»

—«Qué idea?»

—«La de formar un Congreso Científico en cuyo seno se discuta los altos principios de la ciencia, la cual será hoy nuestro norte; ya que la paz es nuestro sur.»

Aquí terminó de hablar el caballero que parecía orador, y entonces, algunos otros señores hicieron uso de la palabra para explicar las dos teorías, pero como no es posible creer que el lector no asistiera á este *meeting* no le daremos sino la parte sustancial de las opiniones del pueblo.

Cuando este se disolvió ya se habían formados dos bandos que no eran sino la consecuencia lójica de los discursos que pronunciaron los señores que tomaron la palabra.

Los Rabianistas y los Darwinistas.

Los *Darwinistas* admitían la mutabilidad de la especie, es decir, que un animal como el mono, podía, por los medios especiales que lo rodearan, perfeccionar paulatinamente su organismo, aumentando el ángulo facial por la elevación vertical de la frente, como también la complicación de las circunvoluciones cerebrales; el pulgar del pié dejar de ser opuesto á los demás dedos;—en una palabra, alterar sus caracteres orgánicos y convertirse en hombre con todos sus atributos.

Los Rabianistas por el contrario, no admitían ninguno de estos hechos. El mono sería siempre mono, sin que causa alguna geológica ó climatológica pudiera alterar sus diferencias genéricas y diagnósticas.

Profesando principios tan contradictorios y de tan grave importancia, no es de extrañar que los miembros de ambos partidos, en la lucha por la vida que sostuvieron, se prodigarán to-

da clase de insultos, en los que, por lo menos, el mas sábio era tratado de ignorante.

Pero dejemos que el Congreso Científico se organice como pueda, ó para ser mas exactos, *como quiera*, y ocupémonos por ahora de algunos de los personajes que despues de los que daban nombre á los partidos, representaron los papeles mas culminantes en la memorable contienda.

//

### CAPÍTULO III.

FRANCISCO P. PALEOLITEZ — PASCASIO GRIFRITZ Y JUAN ESTACA.

La juventud de Buenos Aires, ansiosa por verse representada dignamente en el Congreso Científico, y conociendo los importantes trabajos de Francisco P. Paleolitez sobre algunos puntos de la Antropología y de la Paleontología, ó sea las ciencias del hombre y de los fósiles, consideró que él era el único capaz de ocupar un asiento en el Congreso y sacrificar su bienestar y su salud en beneficio de la doctrina que admitía.

A la manera de un helecho que crece á la sombra de un corpulento roble, Paleolitez había crecido á la sombra de un gran sabio, cuyos principios, lo sabía todo el mundo, eran los mismos de Burmeister y de Cuvier: «invariabilidad de la especie.»

Con semejante maestro, no era de extrañar que el discípulo llegara á ser un naturalista consumado; que estudiara los Megaterios y los Gliptodontes; que hiciera viajes á regiones desconocidas en busca de preciosidades naturales, como cráneos prehistóricos, minerales, aguamiles, y entre los objetos de arte, alfarería y herramientas de piedra de la misma época que los cráneos;—que estuviera en relación con algunos de los principales sabios Europeos y Americanos;—que uno de aquellos le dijera familiarmente que estaba destinado á ser uno de los más decididos campeones de la Antropología.

Nos disculpará el lector tantos detalles, pero hemos creído indispensable el consignarlos, para que se vea que no iba tan desencaminada la juventud Rabianista al elegir su representante en la persona de Francisco P. Paleolitez.

Poco antes de su nombramiento había escrito una memoria sobre los parages que había recorrido últimamente, y ella produjo una sensación tan profunda en Europa, que ya se prepara allí una falange de Antropologistas para recorrer esa inmensa necrópolis humana, que naciendo en las faldas de los Andes Argentinos, deja acariciar su márgen oriental por las saladas aguas del Atlántico.

Paleolitez es un joven sabio, aunque no tanto como su maestro:—seco, frío, observador, paciente como un Alemán, concienzudo como un Islandés, á lo cual reúne una condición indispensable en todo aquel que estudia las ciencias naturales: *no habla ni discute sino de aquello que entiende*; llevando á tal punto su exajeracion, que un dia, hablándose entre amigos, de Atala, de Chactas su amante, y de los Natchez, le oimos esta expresion :

—«¡Qué ignorante debía ser ese Chateaubriand! ¡Mire Vd. pintar los amores de Chactas y Atala, sin fijarse en la forma de los cráneos! Esos Indios tienen necesariamente que haber sido unos estúpidos.»

—«La poesía contestó alguno «está en la verdad.»

—«Ahí no hay verdad» dijo Paleolitez.

—«Real no, pero posible sí, y en ese caso, la posibilidad de existencia de una verdad, es la verdad misma.»

—«Lo que viene á parar en íntima armonía con la forma de los cráneos de los Natchez,» contestó otro.

Paleolitez versado en Zoología y Mineralogía, representa, como hemos dicho, la juventud Rabianista.

Empero, como la Botánica no ha de ser desdeñada en tan

ilustrado parlamento, como es el Congreso Científico, los jóvenes del partido han dirigido algunas cartas á otro jóven como ellos, pidiéndole quiera aceptar un puesto en él.

Juan Estaca no sabe una palabra de Botánica—nó—no es cierto—sabe de memoria unos trescientos veintitres nombres de especies, para pronunciar los cuales hace recorrer á los músculos de su cara y de sus órganos vocales, todas las posiciones relativas y extravagantes que se conoce, llegando á tal extremo sus esfuerzos, que la primera vez que le oimos el nombre específico *Cytarexilon speciosum*, creimos que iba á desarticulársele la mandíbula inferior, y que los ojos, saliéndosele de las órbitas quedarían suspendidos del nervio óptico, como el grano de la Magnolia cuando está maduro.

—«¿Conoce Vd. el *Polypodium acaulescens*?» me preguntó cierto día.

—«No, y Vd?»

—«Es una planta magnífica; pertenece á la familia de las Rosáceas. (!)

—«Me lo imagino. ¿Conoce Vd. el *Ignorandium pretenciosum*?» le pregunté á mi vez.

—«¿Y el *Polypodium phegopteris*?»

—«Tampoco, ¿y Vd?»

—«Ese es otro vegetal que, aunque del mismo género que el anterior, pertenece á la familia de las Liliáceas.»

Oh! sombras ilustres de Linneo, Jussieu, De Cándolle y Blume! ¿porqué habeis permitido que vuestros gratiosos *Filices* cayeran bajo la clasificación de Estaca? ¿Por qué no habeis hecho que sus plumosas frondas se redujeran mas bien á la condicion de no haber existido jamas?.....

—«¿Y él.....?»

Pero ya estoy viendo que el lector cree que voy á repetirle

los trescientos veintitres nombres que sabe de memoria el Sr. D. Juan Estaca, quien, según algunos mal intencionados del partido Darwinista, es tan *estaca* como su nombre.

El nombramiento no ha podido recaer en una persona que presente mayor suma de ineptitudes para facilitar á los contrarios una completa victoria.

Sin embargo, cegados los de su partido por los Polipodios y las Rosaceas, lo proclaman como el primer botánico argentino.

Réstanos hablar de un personaje cuyos conocimientos profundos son el adorno de su partido, son la esperanza de los Darwinistas.

El es solo.

Su vasta ciencia abarca todos los conocimientos humanos;—su injente fortuna le pone al abrigo de todo fracaso en las tentativas científicas—su fama de extravagante le ahorra mas de un mal rato con los impertinentes:—que lo diga Estaca.

Pascasio Grifritz tendrá ahora treinta años.

Es alto, delgado, nariz aguileña,—excesivamente encorvada,—cabello y ojos negros; gasta anteojos, sombrero de copa alta, baston monstruoso, terno color café, y, según dicen los Rabiánistas, pretenciones de todos los colores.

Grifritz aunque es un gran sabio, es tambien un gran artista y un gran poeta, ese artista de las imágenes del alma expresadas con la música de la inteligencia.

Para gloria de nuestra patria, Grifritz es Argentino,—para mengua de los Rabiánistas, Grifritz pertenece al partido contrario.

Disculpame, lector, este efluvio de partidario,—antes de ser autor de estas páginas era Darwinista.

Si fuera Rabiánista, no habría hablado de Grifritz con tanto entusiasmo. Que lo diga Estaca.

¿Ha escrito Grifritz algo?

Eso lo veremos en otro capítulo.

## CAPITULO IV

EN EL QUE EL AUTOR TIENE QUE RETROCEDER AL AÑO 1872 PARA DAR Á CONOCER MEJOR AL SR. D. PASCASIO GRIFRITZ, DARWINISTA, Y DE QUÉ MANERA ENTABLÓ RELACION CON ÉL;—JUNTO CON ALGUNOS OTROS DATOS QUE PUEDEN INTERESAR Á UN NÚMERO DETERMINADO DE PERSONAS.

(1872)

En el capítulo primero de esta verdadera narración dimos á conocer al lector algunos pormenores relativos á un paseo en la costa Patagónica que hicimos á principios de 1872.

De vuelta á Buenos Aires de este viaje, emprendido sin objeto plausible, reconocí un hecho del que no me habia dado cuenta, y era que sin gran trabajo habia traído de Patagonia algunos objetos de gran valor científico, de los cuales no conservé sino aquellos que no pudieran despertar la codicia de los aficionados á esta clase de objetos, lo que es muy común.

Esto prueba que durante mi viaje habia gozado de una actividad automática, y que, después de él, no habia sabido apreciarla.

Veamos á qué se reducía esta colección.

Cinco esqueletos de *Rhea Darwinii* (avestruz patizo) de los cuales envié dos á Darwin por consejo de un amigo;—dos de estos animales vivos; dos güemulos, vivos tambien, y quizá los primeros que hasta entonces hubieran sido traídos á Buenos Aires; diversas especies de patos, de las cuales tres eran nuevas; algunos cientos de insectos; cinco especies nuevas de cigüeñas,—lo que admiro; un cisne blanco de collar negro, y una multitud de otras aves, mamíferos y moluscos que importa poco detallar.

En el reino mineral no fui menos afortunado, pues con la coleccion de dendritas y chincos ó cascajos rodados que traje se hubiera podido llenar todos los estantes de un salon de nuestro Museo. / A estos había que agregar muestras de todas las capas de aluvion que forman aquellos terrenos y de las diversas rocas eruptivas que las nieves de los Andes derretidas han convertido en chinicos al desbordarse, rios caudalosos, en los valles Patagónicos.

No descuidé los vegetales, de los que traje setenta y cinco especies—en granos y en herbario. Aquellos los reservé para mi coleccion, y en cuanto á este, se verá luego qué destino le di.

Pero lo que interesaba sobretodo á los sábios Europeos, ó lo que quizá les interesará mas, es la coleccion de cráneos de Indios Tehuelches prehistóricos, á los cuales hay que agregar 3,452 flechas de piedra y otros objetos de la industria bárbara de los que fueron dueños de los cráneos.

Pero ¿para qué me servía todo esto ?

Conocía suficientemente las ciencias naturales y particularmente la Antropología para recojer tal coleccion?

Entonces Moreno recién empezaba sus estudios, en los que se inició dedicándose á los grandes mamíferos de nuestra Pampa y prestando tan poca atencion á los *bipedos implumes* que

jamas hubiera creido llegara al grado de entusiasmo que hoy le anima.

Si esto hubiera sido entonces, estaba determinado el objeto de los cráneos:—habrían pasado á su Museo.

Lo confieso, aquella coleccion había sido el resultado del no tener que hacer en aquellas rejiones apartadas.

¿Presentia entonces la utilidad científica de todos estos objetos?

Nó; pero tarde ó temprano habian de serme muy útiles para presentarme con ellos y por su intermedio entrar en relacion directa con un hombre cuya ciencia debía, alguna vez, deslumbrar á todos los que pisan el continente americano y quizá desvanecer la gloria de muchos señores presuntuosos, para quienes el tratarse á sí mismos de *sábios*, es moneda corriente de incuestionable valor.

Y hé aqui como conocí á este individuo, que no era otro que el Señor D. Pascasio Grifritz, Darwinista.

Apenas hacia dos dias que estaba de vuelta cuando, paseando con algunos amigos cerca de la Plaza de la Victoria, vi un individuo alto, delgado, de traje color café, mirada severa, nariz aguileña,—excesivamente encorvada,—anteojos, sombrero de copa alta, y baston monstruoso,—tan monstruoso que parecia una mano de motero de campo, convertida en el mencionado sustentánculo.

Hubiérase dicho ó que el dueño del baston tenía una pierna quebrada ó que queria hacer alarde de una originalidad singular, ó que temia mucho á los perros, ó cualesquiera otras cosas que se pudieran ocurrir, pero el caso es que nadie podía explicarse la causa por la cual aquel individuo llevaba aquel baston.

—«Ché!» preguntó uno de los amigos á otro, «¿quién es el tipo aquel?»

—«Pascasio....»

—«¿Cómo?» pregunté.

—«Pascasio Grifritz, Darwinista,—autor de innumerables obras y folletos desconocidos que se publicarán en edicion póstuma;—jóven extravagante y visionario; locura en primer grado ¡qué lástima!»

—«Deseo tratarle, ¿tienes relacion con él?»

—«Somos íntimos amigos.»

—«Se conoce por lo bien que de él hablas.»

—«Así soy yo.»

—«No deja de ser una prueba para demostrar que tienes un carácter falso.»

—«Así soy yo.»

—«Y esta una de tu pedanteria.»

—«Gracias.»

—«No hay de qué. Qué lacónico estás!»

—«Eres, di mas bien. Pareces aleman ó inglés ¿no sabes distinguir *ser* de *estar*? *Estar*: modificacion; *ser*: característico,» dijo en tono dogmático, para edificacion de los que tal cosa ignoraban.

—«Preséntame á Grifritz.»

—«Vamos.»

—«¿A qué hora?»

—«Va á su casa, ¿no ves?»

—«Vive lejos?»

—«Una legua.»

Y fuimos á la casa del Darwinista, donde un enorme perro guardaba la entrada.

Figuraos una casita de tres piezas, junto á un edificio, si es posible darle este nombre, de dos manzanas de extension, cercado por murallas de 10 varas de altura, ó para ser mas exactos, el edificio estaba representado por dicha muralla, de modo que la casita venia á ser como una yema en un inmenso tronco, ó como una viruela en el cuerpo de un elefante.

Entramos sin hacernos anunciar porque no había con quien, lo que me hizo preguntar á mi amigo:

—«¿Tiene sirvientes este señor?»

—«Sí.»

—«¿Duermen en casa?»

—«Sí.»

—«¿En qué parte?»

—«En el altílo.»

—«¿Y las curiosidades? no las veo.»

—«Están en su museo; dentro de aquel emparedado.»

—«¿En su museo?»

—«Sí!» contestó una voz que salía quien sabe de donde.

—«Si estará en algún sótano!» dije a media voz á mi compañero.

—«No!» dijo la voz.

—«¿Dónde está? la voz no viene de abajo.»

—«No!» volvió á repetir.

—«Pues señor, esta es la morada de los monosílabos. Aquí las paredes oyen, y sobretodo, contestan en voz alta á lo que se pregunta en voz baja.»

Se abrió una puerta en una de las paredes como se abre la corteza de una granada cuando está madura.

Apareció el personaje.

Mi amigo adelantó algunos pasos.

—«Tengo el gusto de presentar á Vd. mi amigo el señor don Ladislao Kaillitz;—el señor don Pascasio Grifritz, Darwinista.»

—«¿Lo es Vd. tambien?» me preguntó Grifritz, en el momento en que yo le decía:

—«Tengo sumo placer en conocer á Vd.»

—«¿Es Vd. Darwinista?» volvió á preguntar.

—«Conozco muy á la lijera las doctrinas del Inglés, pero puedo asegurar á Vd. que no por esto dejan de atraerme.»

—«Admirables! ¡qué genio de hombre! y una cosa tan simple!»

—«El huevo de Colon.»

—«Naturalmente. ¿Puede haber algo más sencillo que el descender de monos?»

—«No tan sencillo, señor Grifritz.»

—«Para mi es una cuestion muy simple, y he llegado á modificar la teoría de Darwin. Lo que no concibo es que haya gente que no crea en nuestro génesis verdadero, esto es, que el mono, por ejemplo el gorilla, no sea una degeneracion perfeccionada del cinocéfaló; este del protopiteco, el que á su vez lo será de uno menos perfecto;—y el hombre, á la inversa,—descienda de las generaciones perfeccionadas del gorilla.»

Mi amigo bostezó.

Yo me quedé . . . . en ayunas, pero resolví, como nunca, estudiar la materia, para tener mayor afinidad con el personaje de los gorillas, y de este modo habiendo puntos de contacto ó analogía de ideas científicas, recibir en buena armonía las lecciones que esperaba mediaría alguna vez.

—«Si consideramos el mundo como un libro colocado horizontalmente,» continuó diciendo el señor Grifritz, «y vamos descubriendo poco á poco cada una de sus láminas ó hojas, (lo que los geólogos llamamos estratas geológicas), veremos que las inferiores presentan organismos sumamente sencillos, como el de los trilobitas, admirablemente descritos por Burmeister, moluscos sencillísimos. . . .»

—«Et cetera.»

—«Sí, et cetera; y á medida que examinamos las capas colocadas sobre aquellas, los organismos se van perfeccionando ó complicando paulatinamente hasta presentar el hombre.»

—«¿Y quién se atreve á poner en duda un hecho semejante?» le pregunté abismado.

—«Nadie. Pero la cuestion no estriba en eso, sino... pero ya diré á Vd. luego en lo que estriba.»

—«Sr. Grifritz, el objeto que me trae á molestar á Vd. es poner en sus manos una coleccion de objetos naturales que, segun tengo entendido, no pueden estar en otras mejores que en las suyas.»

—«¿De dónde es?»

Gracias á Dios! Consegui desviar la atención del señor Grifritz de los trilobitas y de las estratas geológicas.

—«De la Patagonia,» contestéle.

—«Pais poco explorado por los naturalistas,» me hizo notar.

—«Es cierto; y esta es quizá la razon por qué se encuentra en aquella rejion tantos objetos desconocidos,» le dije.

—«Pero hombre! parece increíble. Hay en Bahía Blanca una persona, el Señor Claraz, que ha recorrido ese territorio palmo á palmo en una larga extension.»

—«Sí, pero eso no quiere decir que nada se haya escapado á Claraz,» le contesté.

—«Tambien eso es cierto.»

—«Y en la coleccion que he traido, hay multitud de objetos que, segun me ha dicho el señor Claraz, á quien tuve el gusto de ver allí, son completamente desconocidos.»

—«Por qué no los ha llevado Vd. al Museo público?»

—«Señor Grifritz, eso es otra cosa; ¿quiere Vd. aceptar la coleccion que he traido?»

—«Vd. sabe que yo no desairo á nadie; y mucho menos á personas tan decididas como Vd.»

—«Señor Grifritz, mañana tendrá Vd. la pequeña coleccion, y yo, por mi parte, tendré el gusto de hacerle una visita, si Vd. me lo permite.»

—«A la hora que Vd. desée, y cuando le plazca.»

Mi amigo y yo nos despedimos del Darwinista.

## CAPÍTULO V.

*Continuacion del anterior.*

LAS MARAVILLAS DE UN NATURALISTA—RESURRECCION DE  
UNA SENSITIVA.

1872

Al dia siguiente le envié la coleccion que le habia prometido, y dos horas despues me presentaba en su casa, mas por satisfacer mi curiosidad, que por tener el gusto de tratarlo, pues es fama que los ignorantes nunca han tenido mucha simpatia por los sabios, y cuéntase, con bastante generalidad, que, desde tiempo inmemorial, los sabios no profesan gran cariño á los ignorantes. Cuestion de gusto.

Despues de saludarlo, me invitó á pasar á la biblioteca.

Nunca he creido en brujas, ni en diablos, ni en kobbolds, ni en nada que se les parezca, pero no sé por qué extraña filiacion de ideas, recordé haber oido en mi niñez-la historia de cierto bárbero que hacía desaparecer á sus parroquianos cuando los afeitaba, presentándolos luego al público bajo la forma poco envidiable de salchichas.

Pero esto no pasaba de ser una reminiscencia mas ó menos caprichosa y extemporánea, por cuanto el Sr. Grifritz no tenia traza de parecerse al barbero del cuento.

Le seguí por una estrecha escalera descendente.

Aunque nos hallábamos á algunos metros bajo la superficie terrestre, y en un barrio sumamente húmedo, la pieza á que habíamos bajado era seca y bien ventilada, aunque tenebrosamente oscura.

Se respiraba en ella agradablemente, pues un ligero perfume de mosquetas, reseda y jazmines bañaba aquel ambiente sin resplandores.

—«Malol» dije para mis adentros, «los hombres jamás se preocupan con estos detalles. Aquí debe haber gato encerrado.»

—«Caballero, está Vd. en su casa.»

—«Acepto,—y en prueba de ello me tomaré la libertad de encender un fósforo, porque no puedo convertirme tan súbitamente en ratón,» comparacion un tanto vulgar para la generalidad del pueblo, pero que, para los sabios presenta un sabor científico exquisito.

El señor darwinista por toda contestacion dió algunos pasos que resonaron como en un suelo metálico, y dando vuelta una llave hizo desaparecer tan anti-científicas tinieblas.

Aquello era espléndido.

Es cierto que no se veía las paredes, pero ¿qué importaba? unos quince ó veinte mil volúmenes las cubrían por completo.

El salon tendría 20 varas de largo por 15 de ancho y de 7 á 8 de alto.

En el centro se veía una espaciosa mosa cubierta de papeles, compases, pinturas, libros y, lo que mas me llamaba la atención, cajas de fósforos deshechas.

Al lado de esta mesa, un estante pequeño, en cuya cornisa se leía :

MANUSCRITOS DE PASCASIO GRIFRITZ.

En él habría unos cincuenta volúmenes de diversos formatos. Acerquémeme un tanto y lei los títulos de algunos de ellos:—

HISTORIA DE UNA CAJA DE FÓSFOROS, (*Páginas científicas de la juventud*) 2 vol. 8.º 1864.

LOS MILAGROS REFERIDOS EN LA BIBLIA, EXPLICADOS CIENTÍFICAMENTE, 1 vol. 4.º con láminas, 1866.

CRÍTICA DE LA PSICOLOGÍA VEGETAL DE T. FECHNER, 1 vol. 12.º 1867.

FLORA ARGENTINA, *sive enumeratio plantarum quas ab auctore, in Repb. Argent. inventæ fuerunt*, 10 vol. fol. cum tab., 1865-71.

FAUNA ARGENTINA, *s. descriptiones omnium animalium viv. et fos. in Repb. Arg. auct. inv. cum tab. col.* 15 vol. fol. 1865-71.

EL HUAMIL, *su anatomia, y costumbres*, 4.º 1 tom. 1868.

TRANSICIONES NATURALES, *ó sea descripción de algunos esqueletos hallados en Abisinia, que pueden servir de eslabones entre el hombre, y los Monos antropomorfos*, 2 vol. 4.º, con láminas.—1870-71.

FLORA UNIVERSALIS.....

Y algunos otros cuyos títulos, escritos en caracteres que me eran del todo desconocidos, completaban aquella maravillosa colección de manuscritos que por su simple enunciación habrían pasmado al mas sábio de los sábios, no diré á mí, ignorante hasta el punto de no poder apreciar ni aún la posibilidad de haber tenido tiempo de escribir todo aquello en siete años, y á su edad, el señor Grifritz, que había puesto su nombre de autor en la primera página de cada uno de aquellos volúmenes.

—«Dígame Vd., señor Grifritz, ¿por qué no ha publicado Vd. estas obras?»

—«Acaso perderán su mérito dándolas á luz diez años después de redactadas?»

—«No; pero desde el momento que son obras *tan útiles*, á juzgar por los títulos.»

—«No ha llegado aún el momento para que un Argentino publique obras científicas.»

—«¿Por qué no?»

—«Por qué los Argentinos no las leerán?»

—«¿Y eso que importa? las leerán los Europeos.»

—«Soy mas patriota de lo que Vd. se figura. No está muy distante el día en que veamos en los catálogos de nuestras librerías surtidos inmensos de obras científicas, y á nuestros compatriotas leerlas con la avidez con que se lee los boletines en época de lucha electoral.»

—«¿Por qué dice Vd. eso?»

—«Porque cuando llegue ese día feliz, publicaré mis obras y los que como yo vieron al nacer el sol Americano, y respiraron el aire de la Pampa, verán levantarse un sol *científico*, cuyos rayos iluminarán el título de mis obras.»

El lenguaje aquel era demasiado metafórico para que me fuera posible descifrar su sentido desde el primer momento. Después de una ligera pausa, le dije:

—«De manera que Vd. desea que cuando salga ese sol *científico* los Argentinos lean sus obras *científicas* antes que los Europeos?»

—«Es lo que he dicho.»

—«Y esta biblioteca, ¿por qué razón la ha hecho Vd. construir subterránea?»

—«En primer lugar, porque de ese modo estoy completamente aislado.»

—«No comprendo.»

—«En segundo lugar, porque tengo motivos muy poderosos, y que me reservo, Sr. Kaillitz.»

—«Me dicen que tiene Vd. un museo que es una de las maravillas del siglo?»

—«Si tiene Vd. la bondad de acompañarme, tendré el mayor placer en enseñárselo.»

De susto en pasmo, de admiración en sorpresa, mi cerebro comenzaba á luchar con el misterio de aquella vida subterránea.

¿Habría sido simpático al señor Grifritz, que tan espontáneamente me permitía ver sus maravillas, contradiciendo de este modo la opinión general de que aquel museo era un misterio?

No podría decirlo; pero la afabilidad de aquel personaje, sus maneras francas, la variedad de sus conocimientos, me convencieron una vez mas de que nadie tiene derecho á abrir juicio sin conocer la cuestión de que se trata.

El salon contiguo á la biblioteca encerraba la colección de minerales.

Allí se veía desde la roca eruptiva mas antigua, hasta la tierra vegetal: gránitos de todas especies, gneiss, micasquitos, diamantes, antracitas, mármoles de tintas tan caprichosas como variadas, todos los metales conocidos, la mayor parte de los metaloides en estado simple ó en combinaciones binarias, el kaolin, con que se fabrica la porcelana en China y en Sèvres, y el de la República Argentina con el que algun dia llegará á fabricarse tan buena como en aquellos puntos, y en el centro del salon un enorme trozo de malaquita de la Rioja, preciosa piedra de cobre con vetas azules y verdes de todos los tonos y de todos los tintes, y que, asemejan los al mármol en su estructura aparente, presenta las caprichosas ondulaciones de la ágata.

—«Aquí tiene Vd.,» me dijo, «todos los minerales que se conoce hoy día.»

—«Tiene Vd. una fortuna encerrada en éstos estantes!»

—«Que quiere Vd., soy un elemento indispensable de mi vida.»

Cuando hube saciado mi vista y mi ánimo en la contemplación de aquellos tesoros eternamente insensibles, el Sr. Gritfritz me invitó á pasar al otro salón, en cuya puerta había leído :

### VEGETALES

Allí estaban «en perfecto orden y rigurosamente clasificados, todos los vegetales conocidos, los unos en herbarios de papel, los otros en herbarios de cristal,» me dijo.

—«¡En herbarios de cristal!»

—«Los vegetales muy pequeños, como los que se ve en las infusiones ó maceraciones los conservo entre laminitas muy finas de cristal, por cuanto frecuentemente necesito examinarlos con el microscopio.»

—«Y su forma ¿se conserva distintamente?»

—«Como si fueran frescos. Los someto á una preparación previa y . . . . . permítame, los vá Vd. á ver.»

Efectivamente, los organismos imperceptibles del reino vegetal conservaban su forma y hasta creo que su color característico.

Tuve tentaciones de preguntarle de qué medio se valía para operar aquella conservación, pero creí con esto que pasaría de los límites de la confianza que me había dispensado y guardé un prudente silencio.

—«Debo advertir á Vd.» me dijo después de una ligera pausa, «que estos vegetales están clasificados según el principio de Darwin: *perfeccionamiento gradual* y no por los sistemas tan antiguos como conocidos.»

—«De manera qué es una clasificacion enteramente *suya?*» le pregunté atónito por la novedad, como si la subordinacion de los caracteres no fuera la base fundamental de toda clasificacion regular y verdaderamente científica, lo que entonces ignoraba.

—«Si Darwin lo permite, así lo creo,» dijo el Sr. Grifritz, haciendo una profunda reverencia, como Newton cuando pronunciaba el nombre de Dios despues de haber visto en el cielo dos mil estrellas en un minuto del semi-círculo de su telescopio, reverencia un tanto inexplicable, porque, segun he creido siempre, Grifritz se considera superior á Darwin.

—«Si algun dia me lo permite Vd. tendré el mayor placer en revisar su coleccion.»

—«¿Y quién se lo impide?»

—«Pues me asegura Vd. tanta confianza, no extrañará le revele que me dominaba la idea de que solò Vd. podía contemplar estas maravillas.»

—«¿Si?» dijo el Sr. Grifritz mirando involuntariamente hácia uno de los salones interiores, y sonriendo con señalada complacencia.

—«Sí, y por esta razon he sido tan cauteloso en mi pedido.»

—«Amigo mio, estudie Vd. y será darwinista.»

—«Pues señor, voy á estudiar el Darwinismo,» me dije, «y de ese modo, saldré de muchas dudas, entre ellas la que tengo respecto de la soledad infraterrenal del Sr. Grifritz.»

—«¿Conoce Vd. el ébano?»

—«Si me hace Vd. esta pregunta un minuto despues, creo que me habria anticipado, diciéndole si tenía la bondad de enseñármelo.»

—«Qué casualidad!»

Efectivamente. Ignoro si sería porque los muebles de la sala eran de ébano, ó porque aquello me presentaba algo de las

mil y una noches, que el primer vegetal que se me ocurrió ver en aquel riquísimo herbario fué el mismo que había propuesto su dueño.

En uno de los grandes rótulos se leía: *Ebenáceas*, nombré de la familia á que pertenece el ébano.

—«¿Cuántas especies tiene Ud. de esa familia?» le pregunté.

—«Ciento noventa y tres.»

—«Los botánicos solo conocen 182 especies, si no me engaño.»

—«181—pero yo tengo 12 especies nuevas, que he determinado y que si desea Vd. ver no tengo inconveniente en enseñárselas,» dijo el Sr. Grifritz, separando una caja en la que se leía la palabra *Diospyros*, nombre genérico de la planta.

—«¿De qué parte son esas especies nuevas?»

—«Cuatro son de América, tres de Asia, y cinco del interior del Africa.»

—«Aquí esta el. . . . *Diospyros Ebenum*,» dije despues de leer una tarjeta.

—«De Ceylon; pero el mas rico es este otro, el *Diospyros reticulata* de Mauricio. Como Vd. por estas láminas cortadas transversalmente, solo la parte mas interna del leñoso es negra, y la interna blanca, lo que hace que solo aquella se utilice en las artes.»

—«Digame Vd. señor Grifritz, todos los vegetales que Vd. tiene están acompañados de láminas transversales del tronco de la planta?»

—«Si no todos, casi todos.»

—«De manera que las ciento y tantas mil especies conocidas de vegetales. . . . .»

—«Y las muchas desconocidas las puede Vd. examinar en este inmenso herbario, advirtiéndole que un número incalculable está representado desde la semilla y la plantita embriona-

ria, es decir con las dos primeras hojas, ó sea las hojas dicotiledoneales, hasta el corte con sus tres ó cuatro mil capas anuales de la *Washingtonia* (\*) y del *Baobab*.»

—«¿Y todo eso cabe aquí?»

—«Ya verá Vd.»

El Sr. Grifritz abrió una puerta y . . . . ¿no sería una pesadilla maravillosa?»

Atravesamos otro salón.

—«Ya verá Vd.» repitió el Sr. Grifritz.

Cuatro inmensos salones, completamente llenos de plantas desecadas, cortes transversales, longitudinales y algunos en todas direcciones, se presentaron á mi vista atónita, á mi ánimo perplejo con la duda de la realidad.

—«¡Pobres vegetales!» exclamé al contemplar aquel tesoro invaluable de plantas secas.

—«¿Y por qué pobres?»

—«Muertos, completamente muertos!» exclamé en un arrebato de éxtasis compasivo.

—«¿Quién ha dicho á Vd. semejante cosa?»

—«¡Cómo! Sr. Grifritz! ¿pretende Vd. acaso hacerme creer que estos vegetales están vivos en sus tumbas de papel?»

—«¿Y por qué nó? ¿no cree Vd. que el vegetal sea un intermediario entre el mineral y el animal? ¿no sabe Vd. que en las excavaciones de Pompeya se ha encontrado granos de trigo que después de estar dos mil años sepultados han reproducido el vegetal que los produjo?»

—«Sí, pero . . . .»

---

(\*) Nombre que los Norte-Americanos dan al gigantesco conífero que los Ingleses llaman «*Wellingtonia*.» Es indígena de la California, alcanza á 150 metros de altura, y su tronco, en la base, ha medido 40 metros de circunferencia. La edad de algunos individuos ha sido calculada en 3 ó 4,000 años.

—«¿No sabe Vd. que en Egipto ha sucedido lo mismo con granos que probablemente contaban cuatro mil años de existencia? y viniendo á América, ¿duda Vd. del hecho de haberse hallado en las huacas de los peruanos prehistóricos mazhorcas de maiz cuyos granos, despues de sembrados, han producido plantas de maiz?»

—«Si, pero los casos que Vd. me cita son de granos; pero yo digo—plantas.»

—«¿Y no es lo mismo?»

—«Creo que no. ¿De modo que si tomara Vd. en su herbario un gajo de sensitiva despues de haber estado veinte ó treinta años seco entre los papeles, lo podría ver reverdecer, desplegar sus hojas animadas, y al mas lijero contacto, adormecerse misteriosamente como si formara parte de la planta viva?»

El Sr. Grifritz no contestó una sola palabra, pero me indicó le acompañara á la biblioteca.

Abrió uno de los cajones de un armario, y sacando de él un manuscrito bastante antiguo, me preguntó:

—«Conoce Vd. esta letra?»

—«No.»

—«Y este nombre?»

—«Bompland,» dije leyendo la firma.

—«Está dirigida á Alejandro de Humboldt, amigo y compañero cuyo desde su juventud. Lea Vd. traduciendo.»

—«Mi querido amigo:

Corrientes, Diciembre 5 de 1820.

‘Extraño mucho me digas en tu última carta que no has recibido ninguna mia desde.....’»

—«Siempre la misma queja,» dijo el Sr. Grifritz, «pase Vd. eso por alto.»

Continué leyendo:

—«Despues de repetidos ensayos por guardar una rama de

*Mimosa pudica* en el herbario, lo he conseguido, poco ha; pues, como sabes bien por las muchas tentativas que antes hicimos, las hojas se replegan inmediatamente que se las pone en contacto con el papel.

‘Había observado en Buenos Aires que cuando reinaba un viento fresco, sobre todo por la mañana cuando la planta recién despierta las hojas de la Sensitiva no eran tan sensibles. He aprovechado esa observación consiguiendo los mejores resultados.

‘Mi amigo el Sr. L... que parte para esa, te entregará algunas cajas con objetos.

‘En la caja N<sup>o</sup>. 4 vá la sensitiva.’

.....  
//

‘A. BOMPLAND.’

—«Venga Vd. conmigo, Sr. Kaillitz, venga Vd. conmigo al salón de los vegetales.»

Se acercó á uno de los estantes y leyendo en voz alta *Mimosa pudica*, sacó una caja.

—«Ya lo ve V.» me dijo, «tiene el número 4, y para ahorrarle preguntas le diré que es la misma caja que Bompland enviaba á Humboldt, con una carta fechada 5 de Diciembre de 1820, de manera que va V. á ver una Sensitiva que fué cortada hace 50 años.»

Con todo el esmero debido, saqué algunos cuadernos, y tomando uno de ellos, levanté dos hojas de papel, operación que me permitió ver un gajo de la planta tan bien preparado, que todos los foliolos estaban completamente aislados unos de otros, es decir, tanto cuanto era necesario para permitir notar que había muerto completamente despierta, y que, apesar de haber estado cincuenta años en aquella caja, no había perdido ni una sola hoja, ni una sola flor, ni una sola semilla.

Si hubiera tenido menos respeto al Sr. Grifritz, habría besado aquellas hojas venerables, donde se posara la mano de un hombre que siempre había respetado, y que más de una vez habría estrechado la mano de aquel Humboldt cuyo nombre siempre me ha infundido una veneración religiosa; pero, la situación era demasiado imponente para pensar en estas superfluidades. Me consolé con la idea de que la Sensitiva no habría devuelto probablemente mis caricias.

—«Supongamos,» dijo el señor Grifritz «que el viento fresco de que habla Bömpland en su carta tuviera una temperatura de 10 á 12 grados.»

--«Está bien.»

--«Ya lo creo,» dijo sonriendo el Sr. Grifritz, no sé por qué razón.

Tomó una caja de latón, abrió la tapa, colocó el gajo, seco, superlativamente seco, en un vaso de agua en la cual había echado algunas gotas de un líquido que yo no conocía, y guardando vaso y gajo en la caja, tapó esta y por un agujero particular introdujo en ella la bola de un termómetro.

Un momento después dijo:

--«Esto es, 12 grados.»

¿Era aquel hombre un farsante ó era algún genio desconocido que en el silencio (probablemente) de sus salones subterráneos, había resuelto el secreto de la resurrección? ¿Era una pesadilla lo que me agitaba, ó contemplaba despierto una de las conquistas más grandiosas del saber humano? Yo no sé, pero aquellos miles de vegetales encerrados con tanto misterio, aquellos minerales, aquel inexplicable personaje que hacía una vida de grillo en su cueva, me hacían creer que los pobres sabios y los pobres museos que se ostentan en el mundo no son más que pobres cosas comparadas con aquel museo y con aquel sabio.

El Sr. Grifeis me dijo comprender mis reflexiones, porque me dijo:

—«¿Le parece a Vd. maravilloso?»

—«Efectivamente, estoy por creer que es Vd. un nigromante, si esta sensitiva vuelve á su primer estado.»

—«Y lo duda Vd. todavía?»

—«Disculpeme, pero.....»

—«Es la cosa mas sencilla del mundo.»

—«No me parece.»

—«Dígame Vd., cuando muere un animal ¿que es lo que sucede por lo regular?»

—«Sus elementos orgánicos se descomponen en amoniaco, agua, hidrógeno sulfurado, y otros gases.»

—«Y sus elementos organizados?»

—«Se desorganizan.»

—«Está Vd. vencido.»

—«¿Cómo así?»

—«Ya lo verá. Cuando se toma una planta y se la coloca entre unas hojas de papel secante y se la somete á una lijera presion, ¿qué sucede?»

—«El agua de sus tejidos se evapora.»

—«Y esos tejidos ¿se desorganizan?»

—«No, que yo sepa.»

—«¿Y sus elementos se transforman en amoniaco, hidrógeno sulfurado, etc., etc?»

—«No.»

—«Y entonces, ¿porqué se admira Vd. si le digo que volviendo en condiciones especiales á la sensitiva que tiene todos sus elementos, el agua que ha perdido en el herbario, pueda reverdecer, desplegar sus hojas animadas, y adormecerse misteriosamente cual si formara parte de la planta viva, como decía Vd. hace un momento?»

—«Es que la planta al perder el agua, ha perdido la vida.

—«En apariencia. Por esa razón he echado en el agua en que ahora está algunas gotas de un líquido particular, destinado á volver á sus elementos aún organizados la fuerza necesaria de la vida.»

—«Y ese líquido ¿qué líquido es?»

—«Sr. Kaillitz... si tiene Vd. la bondad de acompañarme, podremos examinar los salones que nos falta. Aún tenemos una hora mientras la sensitiva reverdece.

Llegamos á enfrentar una puerta en la cual se leía la palabra

#### ANIMALES.

¡Toda la serie Zoológica estaba allí representada, según juzgué á primera vista!

—«¿Cuántos animales tiene Vd. señor Grifritz?»

—«Mas de cuatrocientos cincuenta mil, de los cuales doscientos setenta y seis mil son insectos.»

—«Oh! pero eso es espantoso!»

—«¿Qué dirían los sábios públicos si vieran esto?»

—«No lo creerían.»

—«¿Cómo!»

—«Es claro; las especies de insectos que existen en todos los museos del mundo alcanzan á 500,000, según se calcula, siendo de 700,000 á 800,000 las especies existentes en el globo, es decir, las creadas.»

—«¿Y bien?»

—«¿Cómo es posible que una sola persona posea mas de la mitad de los conocidos?»

—«Pues es la verdad. ¿Cree Vd. que esos señores pondrían en duda la existencia tangible de estos animales?»

—«Esto es maravilloso!»

—«~~...~~, amigo ~~...~~ Quince salones de dimensiones colosales, están destinados á contener la Faunia del mundo entero, desde los protozoarios silcosos ~~...~~ animaban las aguas de los mares primeros, hasta los colobrios de caprichosos cambiantes que voltean en las selvas tropicales;—desde el condor que se cierne como el génio de la libertad sobre las cimas gigantes de los Andes, hasta el plesiosauro que se halla escondido, testimonio elocuente de otras épocas, en las profundas entrañas de la tierra.»

—«~~...~~ Vd., señor Grifritz, que hay algo que me llama la atención?»

—«Cuál es ese algo?»

—«No ~~...~~ aquí ballenas, y si tuviera Vd. todas las especies conocidas no bastaría su museo para contenerlas.»

—«¿Entonces Vd., porque las tengo todas.»

—«En qué parte?»

—«Voy a explicarle,» me dijo el señor Grifritz, «la razon por la cual no ha visto Vd. ballenas. Para mí es sumamente facil obtener esqueletos de estos animales, así es que no tengo inconveniente en cuanto recibo uno de estos, en cambiarlo con el Museo Británico, el de Paris, ó la Institucion Smithsonian de Washington, etc., por objetos que yo no tenga. Esto es muy ventajoso para mí, porque de este modo lo recibo muchas veces hasta 5,000 ejemplares de los tres reinos por un solo esqueleto. Y no pára en esto, porque ademas de enviarme la corporacion ese número fabuloso de objetos, tiene la obligacion de mandarme, despues de un año, un esqueleto completo y exacto de marfil, que representa el inmenso mamífero, y como el mas largo tiene un metro, debe Vd. comprender que en este tamaño no ha sido difícil darle una exactitud proporcional.» No me quejo.»

En uno de los testers del salon que examinábamos se veía

un mapa-mundi entrecruzado por una multitud de líneas de todos colores.

—«¿Me diría Vd., señor Grifritz, lo que significa esto?»

—«Como habrá tenido Vd. ocasion de observarlo, estas riquezas inmensas, no son el resultado de colecciones recojidas por un hombre solo. En estos momentos, cincuenta y siete expedicionarios recorren el mundo en todas direcciones buscando plantas, animales y minerales para aumentar mi coleccion. De este modo, recibo todos los años nuevas especies, que asombraran al mundo científico por su número, cuando este museo sea conocido por la publicacion de mis obras.»

—«Y esas líneas indicadas en el mapa?»

—«Son los diversos trayectos que deben recorrer mis expedicionarios.»

—«¿Y son hombres hábiles?»

—«Ya lo ve Vd.;—todos los ejemplares que hay aqui están preparados por ellos, pues han recibido orden de no remitir los objetos que coleccionen sino cada año. De este modo tienen tiempo de enviármelos perfectamente arreglados y en número considerable. Mi trabajo aquí, solo consiste en su clasificacion y distribucion; si las especies son nuevas, las describo como tales;—si son conocidas, lo consigno. Pero venga Vd., señor Kaillitz;—ya es tiempo de que vamos á ver la sensitiva.»

Volvimos al salon donde esperaba contemplar los gestos ridículos que haría el señor Grifritz, al ver que la planta estaria tan seca como antes.

—«12 grados,» dijo, «la temperatura no se ha alterado.»

Destapó la caja. No, me engaño, iba á destaparla, y como diera vuelta, creí me manifestaría su triunfo teóricamente, antes de cerciorarme con la evidencia del experimento.

—«Dígame V., señor Grifritz, ¿por qué es necesaria esa temperatura para que se produzca esta extraordinaria palin-genesia?»

—«Porque el diámetro que tenían los vasos de la planta en el momento de cortar este gajo, se ha conservado sin alteración, debido á la temperatura que reinaba entonces, pues, como sabe V. bien, su mayor ó menor diámetro está en razon directa con el grado de calor, y la velocidad de la sávia en razon inversa con el diámetro de los vasos. Si la sometiera á una temperatura mucho mayor ó menor, el agua no podría bañar los tejidos y disolver los elementos solubles proporcionalmente al grado en que se efectuó la evaporacion hace 50 años. Este líquido que me ha visto Vd. echar en el agua revivificadora, está destinado á producir una temperatura mayor ó menor segun la cantidad que de él mezcle con el agua.» (\*)

—«¿En qué relacion debe estar esta con ese líquido para producir una temperatura dada?»

—«Segun. Si tomé cien partes de agua, tomo doce del líquido para producir doce grados en el centigrado, de modo que puede decirse que está en la proporcion de 1 á 100 por uno.»

—«¿Y qué combinacion es la que produce ese líquido?»

—«Señor Kaillitz, si me permite Vd., ya es hora de ver nuestra planta.»

Para los que creen facilmente en milagros, nada tiene de particular que se resucite una sensitiva, ni aún que se resucite un hombre; pero, para los que solo buscan en los fenómenos naturales la causa natural que los produce, ver una cosa que se aparta completamente del órden regular, es algo que incita vi-

---

(\*) Es indudable que la temperatura media, ó por mejor decir, casi constante de la sávia es de 12 grados. De aquí que en invierno no la proximidad de los árboles temple el rigor de su ambiente, aumentando su temperatura, y que en verano suceda otro tanto disminuyéndola. Ignoro si el señor Grifritz no incluyria la Sensitiva en esta ley, por el reducido diámetro de su tallo; estoy dispuesto á creerlo, pues nadie duda que una de las causas para que la mayor parte de los arbustos y yerbas se hiele en invierno es la mayor facilidad de someterse su sávia á la temperatura ambiente.

vamente su inteligencia á la investigacion de esa causa. Para aquellos, todo se explica por el poder ó la voluntad de Dios; para estos por la accion simultanea de varias fuerzas fisicas.

Me hallaba entre los últimos, y apesar de la explicacion que me había dado el Sr. Grifritz, ¡cuán grande fué mi admiracion, cuál mi sorpresa, en el momento en quo Grifritz destapó la caja, al ver aquel Fenix misterioso que renacia de sus propios tejidos, aquel Lázaro vegetal que había tenido tambien un Cristo que le enviara el alma entre las gotas de un liquido mágico!

Con misterioso respeto, acerquéme y toqué su tallo venerable. Nervioso y delicado, sus hojas se inclinaron, sus foliolos se plegaron con el contacto.

Dormía con el sueño de la vida.

Mi ciencia no llegaba hasta el punto de explicarme las causas que habían obrado en aquel extraño fenómeno, y la consecuencia de esto fué que yo me consideré sinceramente mas ignorante que nunca, y que el señor Grifritz fué desde entonces para mí el mas sábio de todos los nigromantes, y el mas nigromante de todos los sábios.

—«Es Vd. un héroe,» le dije.

Me estrechó la mano. Lo que prueba hasta la evidencia que la lisonja despierta ecós simpáticos aún en los nervios de los mismos sábios, apesar de lo que dijo Salomou.

—«Ahora lo admiro mas que antes, señor Grifritz, y mas que antes, tambien, extraño la vida solitaria que Vd. lleva.»

Grifritz sonrió.

—«Voy á decir á Vd. la verdad,» me dijo. «Sirvo una doctrina científica: *el Darwinismo*. Tarde ó temprano llegará á ser una doctrina politica, y necesito cierto misterio en mi conducta. No me pregunte Vd. mas, pues me vería en el caso de negarle una respuesta.»

Lo que me dejó muy enterado.

Un murmurio lejano, el canto de las aves saludando la caída de la tarde, me indicó que era hora de retirarme.

Salimos del museo.

—«Señor Kaillit,» me dijo el gran naturalista, «es V. muy joven aún; pero tiene tendencias marcadas hacia el Darwinismo;—estudie, pues, y si cree que mi sinceridad puede ser tan grande como su admiración, acepte mi amistad, acepte mis conocimientos; seré su maestro, haré de V. un Darwinista, y tarde ó temprano verá Vd. las ventajas que esto reporta.»

Estreché con efusión la mano de aquel sábio, y balbuceando algunas palabras preparatorias, le dije:—«Si mi humilde posición social y mis ningunos títulos científicos no son un inconveniente para ser su amigo, acépteme desde ahora como tal, y cuando mis ideas sobre la gran teoría tengan una base sólida, y pueda, dirigido por Vd., llevar dignamente el título de Darwinista, sabré probarle que no en vano le ofrezco mis servicios.»

Tomé el sombrero y me retiré cavilando. «Sirvo una doctrina científica: *el Darwinismo*. Tarde ó temprano llegará á ser una doctrina política, y necesito cierto misterio en mi conducta.» Estas palabras que Grifritz me había dicho en tono confidencial resonaron desde entonces en mi oído. Jamás las he olvidado. He estudiado y soy Darwinista. En cuanto á las ventajas que ello reporta, *vedremo*.

Al retirarme del museo de Grifritz, contemplé la mas hermosa tarde que mis ojos hayan contemplado y admirado mi alma. Las aves gorgeaban tan alegremente sus últimos cantos de aquel día, mi espíritu se sentía tan expansivo, los rayos del sol próximo á su ocaso se tamizaban con tanto esplendor en las hojas de los árboles, que creí por un instante que la Naturaleza se ostentaba mas bella y mas espléndida, como invitándome á abrigar el presentimiento de que algun día el Señor Grifritz llegaría á tener razón.

## CAPÍTULO VI.

### LA PRIMERA SESION PÚBLICA DEL CONGRESO CIENTÍFICO ARGENTINO.

(1874)

La tarde del 20 de Junio fué una tarde estrepitosa.

Vamos á explicarnos, para que no se nos trate de extravagantes por emplear palabras que pudieran no estar en buena armonía unas con otras.

Una tarde *nublada*, una tarde *serena*, se dice cuando esta hora la atmósfera está de uno ú otro modo:—una tarde *estrepitosa*, cuando la atmósfera está agitada por vibraciones exajeradas; y como tanto la niebla, como la transparencia, como el estrépito son fenómenos eminentemente físicos, de aquí que pueda suponerse que las palabras *tarde* y *estrepitosa* no vayan á hacerse una mueca y á rechazarse mutuamente de la línea en que se las haya colocado unidas. Por lo demas, en una fantasía científica, bien puede permitirse nuevas concordancias físicas.

Pero vamos á nuestro asunto.

Si dijéramos que la pirotécnica había agotado todos sus recursos en la fabricación de proyectiles teóricamente inofensivos, solo diríamos lo que está en la conciencia de todo el mundo.

¿Qué especies ó variedades de cohetes y de bombas no estuvieron en la ciudad de Buenos Aires, desde las cuatro hasta las siete y media de aquella tarde?

Todos los colores, todos los ruidos, todos los tamaños, desde el cohete chino que los muchachos quemaban por gruesas en las calles en el Sábado Santo, en la noche de San Juan y en la Pascua de Navidad, hasta la bomba de diez libras, se recorrió toda la escala del alboroto—sin que por esto dejara de quemarse gran cantidad de esas bombas que se levantan formando un espiral de fuego y luego estallan derramando una lluvia de luces que la muchedumbre acoje con un—«Aaaah! qué lindo!»

Las primeras, sobretodo, reventaban de una manera tal, que parecían, al unir sus estruendos en la altura, el estampido de quinientos cañones que vomitaran á un tiempo sus amenazas por quinientas bocas.

Así opinaban los de temperamento nervioso.

Pero lo que mas llamó la atención, fué unos buscapiés que bien podrian llamarse saca-ojos, tal era su empeño inconsciente por penetrar en las órbitas de los curiosos, sobre todo en las de Estaca, que parecía predestinado á parecerse á Camoens, aunque solo fuera por la coincidencia de no poder usar provechosamente el estereoscópio:—y no porque le fuera imposible proveerse de uno de estos instrumentos.

Todos estos ruidos fueron uno de los medios que se empleó para llamar la atención pública.

---

En Buenos Aires como sucede en muchos otros pueblos, se publica diarios que se lee, y diarios que no se lee.

El lector no extrañará lo primero, pero sí lo segundo, y esta extrañeza no podrá menos que manifestarla con palabras como estas: «¿Y porqué se publica esos diarios si no se les ha de leer?»

Cómo! ¿Acaso se lee *El Mosquito*? ¿se lee por ventura *La Presidencia*?—No, pero se admira y se festeja sus cuadros.

Ahí está explicado el misterio.

Pero tanto estos como aquellos llamaban vivamente la atención del pueblo, sea por los serios artículos de fondo que publicaron los primeros, cuánto por las graciosas caricaturas que entregaron los últimos á la risa general.

La prensa bonaerense estaba dividida en dos bandos: Darwinistas y Rabianistas, y representaba cada cual á su partido, según su pasión, su razón ó su ciencia, con mas ó menos probabilidades de buen éxito.

El 19 de Junio todos los diarios dedicaron preciosos artículos á tan seria cuanto trascendental cuestion, pues el 20 por la noche, el Congreso Científico debía celebrar su primera sesión pública.

Y no se crea que los autores empaparon en veneno su pluma, ó su lápiz para redactar esos artículos, antes por el contrario no dejó de admirar el pueblo la moderación y cordura que los inspiró.

Un diario neutral y conciliador se felicitó altamente en el número del 20 de Junio de que al fin el periodismo hubiera desterrado los odiosos dictionarios que en luchas anteriores se habian prodigado los partidos políticos. «Es altamente honroso para la prensa de Buenos Aires» dijo, «que en una cuestion que afecta tan vivamente los intereses científicos de la humanidad, se haya empleado el lenguaje digno y elevado que corresponde á este género de luchas en las que solo debe imperar la convicción y el desinterés bien entendido de la opinion científica.»

Y tenia razon.

Lo único que vituperamos á la prensa bonaerense es una ligereza de expresion cometida por todos los redactores de ambos partidos.

Era la siguiente:

Habla un diario Darwinista:

«Podemos felicitar anticipadamente á nuestro *partido* por el espléndido triunfo de sus ideas sobre las del *bando* Rabianista.....»

Habla un diario Rabianista:

«Hoy celebra el Congreso Científico su primera conferencia pública, y nos felicitamos desde ahora de que el *bando* Darwinista será derrotado completamente por la poderosa falange de sábios del *partido* Rabinista».....

Las palabras *bando* y *partido*, eran como una reliquia mal guardada, que manifestaba hasta qué punto se lleva entre nosotros la memoria de las luchas políticas.

El aviso de la próxima reunion del Congreso Científico, desparramado con tanto ruido por medio de las bombas, y con tanta moderacion por los diarios, alcanzó á todos los que pudieron darse cuenta del ruido y de lo que los diarios decían.

Pero en Buenos Aires, como debe suceder en otras partes hay un elemento de difusion de noticias cuyo poder no tiene igual.

Me refiero á los *Boletines*.

Mientras por una parte se leía estos con avidez, por otra las nuevas bombas y los nuevos cohetes unían su nuevo estrépito con el estrépito de los que ya habían estallado, dejando los tímpanos de la muchedumbre con una especie de aberracion acústica que se manifestaba bajo la forma poco agradable de zumbidos.

Cuando el reloj del Cabildo dejó oír las dos campanadas que señalan la media hora, y que dominaron con su vibracion los mencionados ruidos, estos dejaron de oírse.

A las 8 de la noche, las puertas del teatro Colon no daban á

vesto para permitir la entrada a los miles de personas que acudían al llamamiento de los diarios, de los boletines, y de los círculos espigados en todas las esquinas.

Todos los telégrafos nacionales y provinciales estaban tomados con anticipación para transmitir a los diversos puntos los resultados de la primera sesión.

Los palcos, la cazuela, el paraíso y la platea del teatro estaban de bote en bote, y el escenario, donde se había colocado la mesa presidencial y los asientos de los sábios y vocales que iban a tomar parte en la discusión, presentaba el más brillante punto de mira que hasta ahora hayamos contemplado.

Era un verdadero foco donde se reconcentraban las miradas de la innumerable concurrencia, y no se diga miradas vagas ó vanas, ni:—miradas llenas de ansiedad y de entusiasmo,—miradas de donde brotaba, todo el fuego científico de los Argentinos.

Y no se diga miradas de hombres solamente, sino miradas de mujeres, perfectamente caracterizadas como tales; matronas y señoritas que haciendo abstracción de los vanos adornos de una fiesta, acudían con el respeto que las hubiera dominado en el momento de ir a visitar la tumba de Cuvier ó de Humboldt toda vez que conocieran la importancia de estos dos sábios.

A las 8 1/2 se oyó la campanilla del Presidente invitando a la concurrencia a guardar el orden y silencio debidos.

Hubo una agitación solemne y silenciosa.

Luego un silencio profundo é inusitado.

El Presidente se puso de pié y adelantando algunos pasos, dijo con voz suficiente para que todos oyeran:

«Señores:—En los países cuyo sistema de gobierno es monárquico, se celebra con bastante frecuencia conferencias científicas de la naturaleza de esta; pero allí el presidente está

investido con un destello del poder real. Su voz no reclama en vano el silencio del auditorio, pues si alguien se atreve á alterar ese silencio, las cárceles y los calabozos serán el castigo merecido de un simple suspiro. Por eso reina en ellas tanto orden, tanta moderacion espontánea.

«En los países cuyo sistema de gobierno es democrático, donde solo impera la voluntad del pueblo, hay muchas voluntades soberanas, por lo cual, felizmente, celebran muy de tarde en tarde una conferencia científica.

«Nos vemos hoy en este caso, y como la cuestion que se vá á debatir está intimamente relacionada con los intereses mas trascendentales de la ciencia, y de aquí, de la humanidad, por las infinitas aplicaciones de los principios que aquella establece, suplico á todos los que hoy se hallan aquí reunidos, quieran tener á bien nombrar una persona perfectamente reconocida como enérgica para no permitir se abuse de nuestro sistema de gobierno.

«Los señores aquí presentes (señalando á los que estaban en el escenario) me han hecho el alto honor de elejirme Presidente provisorio, con el único objeto de organizar esta série de conferencias, cuyo resultado, como saben VV. bien, será: si descendemos de monos, ó si debemos créer, como pretenden algunos, que somos resultado de generaciones espontáneas de las épocas, y particulares de cada especie.»

Un señor que estaba en un palco pidió la palabra, y una vez concedida dijo:

—«Creo, señores, que ninguno entre nosotros sabría presidir mejor estas conferencias que el señor presidente provisorio, cuyos antecedentes científicos, cuya incuestionable energía, ya en estado sensible, ya en estado latente, estático ó dinámico, todos le reconocemos.»

*Diez mil voces:*—«Sí! Sí! es cierto! Dios nos libre de él en el sillón presidencial de la República!»

—«Por lo cual,» continuó diciendo el señor que estaba en el palco, «suplico á todos los señores aquí presentes, quieran tener á bien nombrar al Señor Presidente provisorio.

EL PRESIDENTE PROVISORIO—«Creo, señor, que no es incumbencia de Vd. sino de los señores miembros del Congreso Científico el nombrar al que ha de ser Presidente en propiedad, pues se convino en la primera sesion provisoria, que este nombramiento seria hecho ante el público.»

EL SEÑOR DEL PALCO:—«Es una insinuacion moderada, señor Presidente.»

EL PRESIDENTE PROVISORIO:—«No se admite señor, y tenga Vd. la bondad de no hablar una sola palabra mas, pues de lo contrario me veré en el caso de expulsar á V. Si V. es sábio, debió presentarse á formar parte del Congreso;—si no lo es, cálese la boca. Señores miembros del Congreso Científico, si tienen VV. la bondad, el público espera se nombre el Presidente.»

UN FILÓSOFO:—«Nuestros juicios, señor Presidente, son el resultado de la idea ó ideas que tenemos respecto de las cosas; y estas ideas que no son sino la relacion que existe entre el sujeto y el objeto, aplicadas al objeto Presidente provisorio, nos permiten formar el siguiente raciocinio:

«Se necesita una persona enérgica, para presidir estas conferencias, y una vez hallada, será electa;

«El señor Presidente provisorio tiene tanta enerjia como se necesita;

«Luego: el señor Presidente provisorio puede sacar la consecuencia.»

—«*Bien! bravo! muy bien!*» gritó la concurrencia que no estaba acostumbrada á esta clase de lójica.»

EL PRESIDENTE PROVISORIO:—«Prescindiendo de la lójica del señor preinsinuante, suplico á los señores sábios quieran tener á bien nombrar el Presidente.»

Después de las debidas formalidades, el provisorio lo fué en propiedad.

EL PRESIDENTE:—«Señores: todo lo que la República Argentina tiene de mas selecto en ciencias físicas y morales, se halla reunido actualmente en este proscenio.

«Ya los veis: á un lado están los sábios, los sapientisimos jueces que han de sentenciar; frente á estos, los sábios que han de discutir.

«La imparcialidad y la ciencia de los unos, la ciencia y moderacion de los otros, son la mas brillante garantia que puede presentarse al pueblo Argentino de la sinceridad de las discusiones y de la sentencia.

«Conoceis ya la cuestion, ahora la oireis discutir.»

Algunos mal intencionados Rabianistas dijeron que este discurso habia sido aprendido de memoria.

¡Siempre hablando mal del prójimo!

PALEOLITEZ, pide la palabra y dice:

—«Señores: Es la primera vez que me presento ante el público para sostener las ideas que me son propias y por las cuales ha sacrificado su vida entera mi ilustre maestro, aqui presente. (*Grandes aplausos.*)

«El Rabianismo y el Darwinismo son dos teorías diametralmente opuestas que se disputan hoy el dominio de las ideas.

«La primera es exacta como las matemáticas; profunda como la metafísica; segura como la senda del bien; y sagrada para algunos por cuanto no rechaza la narracion Mosáica, es decir, la que sostiene que descendemos de *barro súcio*, lo que es mas noble que descender de monos.

«Alhagá todos los espíritus por cuanto es la expresion de la verdad; rechaza toda ficcion por cuanto es matemática; y si me es permitida la expresion, es como la fotografia de la Naturaleza.

«Los sabios profundos, los que no somos poetas, admitimos y sostenemos el Rabianismo.»

ESTACA—«Humboldt, Goethe y otros muchos han sido sabios profundos y sin embargo se manifiestan poetas y Darwinistas en extremo.»

UN RABIANISTA, DESDE EL PARAISO—«No sea zozco, pues, amigo Estaca, ¿cómo es que anda dando armas á los contrarios,» lo que, junto con la observacion de dicho señor, causó gran algazara hasta entre aquellos sapientísimos jueces, á cuyo alrededor parecia que se hubiera derramado

..... *là augusta majestad de las tinieblas* .....

segun la sublime expresion de Milton.

PALEOLITEZ—«Tengo la palabra. Continúo, pues. Decia, señores, que el Darwinismo es á mi juicio y al de mi maestro, un disparate, una fantasia de Darwin.»

¿Quién pondria en duda, aún sin nombrarla, la persona que en aquel momento felicitó al orador con un gesto desde *la augusta majestad de sus tinieblas*?

PALEOLITEZ—«¿Estamos acaso descontentos de ser hombres, de admitir, por metafórico que ello sea, la existencia real de Adam y sobre todo de Eva, para ir á buscar en un cinocéfalo ó en un protopiteco los elementos perfectibles de nuestro organismo?»

VARIAS VOCES—«Bien.—Perfectamente.—Hable 'mas claro.—No entendemos—Chichon! flanelal!» Luego un silvido que podría expresarse por las tres notas ligadas: DO FA.  
LA  
El orador sonrie y continúa luego:

PALEOLITEZ—«Acaso la teoria de Darwin es una degeneracion del espíritu humano?»

«No quiero creerlo, señores, pero sí creo que en un arrebato poético Mister Darwin se ha permitido producirla.

«¿Acaso celoso de la gloria de mi ilustre maestro ha preten-

dido empañarla oponiéndole su ridícula cuanto inaceptable teoría? ¿Dónde están esos eslabones que unen el mono con el hombre? ¿Dónde?»

UNA VOZ:—«*Los microcéfalos.*»

EL PRESIDENTE:—«Si se vuelve á interrumpir al orador, me veré en la imprescindible necesidad de hacer retirar al interruptor.»

PALEOLITEZ.—«¿Los microcéfalos? ¡Qué engañados están VV., señores darwinistas! Los microcéfalos no son un eslabon entre el hombre y el mono, sino una degeneracion del hombre. Pertenecen á la série descendente, nó á lá ascendente. No son monos perfeccionados, son hombres degenerados. No son eslabones que unen especies con especies en la Taxonomía Zoológica, son monstruos que se estudia en la Teratología.

«Y al mencionar esta palabra, recuerdo un hecho, recuerdo dos nombres ilustres: Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, cuya gran controversia agitó los espíritus Europeos en el año de 1831.

«La contienda actual es completamente análoga á aquella en que dos hombres igualmente notables pretendían: aquel, levantar el inventario de la Naturaleza; éste, interpretarla.

«Los Rabianistas, á la manera de Cuvier, inventariamos la Naturaleza, estudiando sus mas minimos detalles; los Darwinistas, á la manera de Geoffroy St.-Hilaire, prescindien del detalle para lanzarse en generalidades que no comprenden y que semejantes á castillos en el aire, fluctuan como el elemento que los sostiene.» (*Aplauso general.*)

El orador solicita permiso para descansar un momento. Pide una taza de té; otro señor pide la palabra.

EL PRESIDENTE.—«La persona que acaba de pedir se le conceda hacer uso de la palabra, es un consumado naturalista, cuyos trabajos inéditos hasta ahora, serán un dia la gloria de los que llevan el nombre de Argentinos.

«Cediendo á las instancias del Congreso Científico, ha tenido á bien tomar parte en nuestras discusiones; y al presentarlo, permitanme VV. manifestarles un justo sentimiento de modestia que le anima.

«Sacrificando los laureles que pueda recojer en esta memorable contienda en aras de la doctrina que defiende, nos ha indicado que solo acepta la discusion si se le permite guardar incógnito su nombre.

—«*Sil si! está concedido!*»

EL DESCONOCIDO.—«Señores:

«Antes de entrar de lleno en la cuestion, permitidme manifestaros mi agradecimiento por vuestra benevolencia, como al señor Presidente por el concepto honroso en que me tiene.

«Nacido en las lejanas islas Malvinas, áridos peñones que se levantan en medio del desierto Atlántico, cual un oasis en un mar de arena, he visto correr mis primeros años como el infeliz presidario las lentas horas de su angustiosa vida.

«La dura monotonía del paisaje infiltróse lentamente en mi espíritu juvenil, y comprendí lo insoportable de la vida en aquel escollo de rocas escarpadas, donde muy de tarde en tarde viene á detenerse alguna nave que llega á esas rejiones.

«Empero, señores, llegó un momento en que mi ánimo se ajitó como el gigante de la fábula, y pidió á aquella naturaleza muerta el secreto y misterios del Océano.

«Las borrascas de aquellos mares, los vientos que gemían entre las duras breñas, los grandes fenómenos marinos, parecían hablarme con su voz poderosa: y aquellas borrascas, aquellos vientos y aquellos fenómenos despertaron en mi espíritu el anhelo supremo de investigar las causas que producen tan grandiosos efectos.»

• («*Al grano! al grano!*»)

EL PRESIDENTE.—«Suplico al señor que acaba de pedir gra-

no, se retire de este recinto, y de aquí media cuadra, encontrará lo que desea y lo que tanto necesita.»

—«¡Fuera! ¡fuera!» exclamó unánimemente la concurrencia. «Este no es establo para venir á pedir grano!»

EL DESCONOCIDO—«Pido mil disculpas á la concurrencia por esta circunstancia, pues me reconozco culpable por mi divagacion inconsciente. Un arrebato inoportuno me ha hecho alejar de la cuestion, pero creí indispensable hacer una lijera reseña biográfica sobre la persona que hoy, ante vosotros, se vá á permitir sostener los principios de la teoria Darwinista.»

(Todos los Darwinistas aplauden.)

«Hay un libro, señores, que todos vosotros conoceis, y si no lo conoceis, culpa es vuestra que llevais acaso la indiferencia hasta el punto de ignorar lo mas esencial de la Naturaleza, cual es el orijen de los seres que pueblan nuestro globo y el de nuestro globo mismo. En él está reconcentrado todo lo que la ciencia moderna ha podido arrancar á la Naturaleza, desde su primera manifestacion en el espacio infinito, hasta la mas brillante, la mas gloriosa de las conquistas de la perfectibilidad sobre el caos,—la última palabra de las épocas geológicas: el hombre, señores, el hombre, que único entre los seres, se conoce á sí mismo, y conoce á los demás. Este libro, señores, rival de la Biblia, se titula: *‘Historia de las cosas y de los tiempos,’* por un sábio Japonés.»

—«¿Está traducido á un idioma accesible?» preguntó alguien.

EL DESCONOCIDO—«Es inútil. El espíritu eminentemente práctico que lo ha dictado resalta de los tipos mismos y esto equivale á una traduccion.»

EL PRESIDENTE—«Quedamos muy enterados. Puede Vd. continuar.»

ESTACA—«Espero que el señor presidente al decir *‘quedamos’* no habrá hecho alusion á mí, pues debo asegurarle que

no he entendido una palabra de lo que ha dicho el señor que ha nacido en las islas Malvinas.»

EL PRESIDENTE—«No recordaba que el Señor Estaca formaba parte del Congreso Científico. Le pido mil disculpas.»

ESTACA—«Decía, pues, que no había entendido una sola palabra.»

EL DESCONOCIDO—«No me creo en la obligación de explicar mis palabras. Si no habeis entendido, culpa es vuestra que no habeis aprendido á entender lo que no tiene sentido aparente. Pido al Sr. Presidente consulte á los otros señores mis colegas, sobre su grado de comprension.»

EL PRESIDENTE—«¿Han entendido Vdes., señores, la explicacion del señor del incógnito?»

TODOS, *menos Estaca*—«Sí señor. No puede ser mas claro.»

Nos consta que, aunque el señor Estaca no hizo otra observacion, siempre conservó una duda profunda sobre la claridad de expresion del desconocido, la que, por otra parte, era un tanto problemática.

EL DESCONOCIDO—«Ese libro, señores, debemos recordarlo antes de profundizar nuestras discusiones; pues se trata de un detalle cuyo olvido puede tener señalada influencia en nuestro porvenir científico y político.»

Estas palabras despertaron grande agitacion. Se redobló de tal modo la atencion y el silencio, que se oía el roce del gas al salir de los mecheros que iluminaban el teatro, y no porque hubiera aire en los tubos, ó porque la presion fuera exagerada.

EL DESCONOCIDO—«Todos nosotros, señores, antes de discutir como Antropologistas, manifestamos tácitamente que somos geólogos. (Murmullo general de aprobacion. Estaca quiere protestar, y Paleolitez le hace seña para que se calle.) Bien: todos admitimos el fuego central, el núcleo cósmico de nuestro sistema planetario, la sucesion de las capas, el orden

en que deben agruparse los organismos que encierran; reconocemos que los que primero habitaron nuestro planeta aún húmedo y tibio, eran organismos elementales, y que mas tarde los seres fueron mas complejos, y presentaron cierta semejanza de formas con los que les precedieron y con los que les sucedieron, segun está consignado en el libro citado.»

PALEOLITEZ—«Como Rabinista, seame permitido manifestar que tanto nosotros como nuestros hōnorables rivales los Darwinistas, admitimos todos esos hechos.»

ESTACA—«Ya preveía yo, señores, que al fin y al cabo habíamos de venir á parar á esto. Discuta Vd. para que á lo mejor salgan diciendo: 'Todos somos de la misma opinion.' ¡Vaya! vaya!»

EL DESCONOCIDO—«Aunque todos tenemos las mismas creencias á ese respecto, y este es el detalle de que hice mencion anteriormente, hay otro,—y esto lo digo para que el Señor Estaca comprenda que la discusion no es tan inútil—mas importante aún, y en el cual radica nuestra divergencia de opiniones. ¿Qué se entiende por especie?»

PALEOLITEZ—«Entiendo por *especie*, un ser que presenta caracteres propios, siendo imposible confundirlos con los de otro.»

ESTACA—«¿Y los variedades?»

PALEOLITEZ—«Ah! las variedades! eso se explica muy sencillamente. Son especies alteradas mas ó menos y cuya existencia persiste en tanto no se alteran las causas que las han producido. Una vez que estas desaparecen, la variedad recupera todos los caracteres de la especie primitiva, como todos pueden observarlo. Por lo demas, lo que prueba la individualidad propia, diremos, de las especies, es que las variedades, podrian, al alterarse para recuperar la forma de la especie primitiva, tomar los caracteres de otra especie y aún de

otro género, lo que no se vé. Prescindiendo del conjunto de seres que pueblan el mundo, me referiré al hombre únicamente. Si, como pretenden mis honorables rivales los Darwinistas, el hombre es una descendencia del mono, me permitiré considerarlo como una *variedad*, y en ese caso, una vez que desaparezcan las fuerzas ocasionales que le mantienen en su estado actual, tendremos necesariamente que verle reducido á la especie generatriz. Decidme, señores! si cuando llegara este momento, pudierais ser espectadores neutrales, ¿qué efecto os produciría el ver á la humanidad con cola y haciendo muecas?»

Aquel exabrupto produjo el efecto que Paleolitez se habia propuesto.

Las señoras arrojaron un grito de horror; algunas niñas se desmayaron—preocupación muy perdonable por cuanto. . . — y mas de un espectador buscó instintivamente en su columna vertebral una prolongacion imaginaria.

Los mismos Rabianistas parecían consternados al considerar que Paleolitez hubiera dado el *golpe de gracia* con sus definiciones, lo que, al terminar la lucha, aniquilaba en un momento y para siempre á los Darwinistas. Aquellos, es indudable, habrían deseado que la controversia se prolongase, y despues de someter á sus contrarios á un tormento largo entre la duda y la esperanza, dar con ellos por tierra, y gozarse luego en su martirio, como el gato que despues de jugar con una avecilla la mata lentamente, ó como los *respectables* miembros de la Santa Inquisicion que gozaban como fieras en los resplandores de la llama que consumía paulatinamente á los que no me atrevo á llamar «sus semejantes,» por no degradar á la humanidad dándole semejantes como los *respectables* miembros de la Santa Inquisicion.

Los Darwinistas, por su parte, aunque comprendieron que

aquellas palabras de Paleolitez eran fácilmente rebatibles, no dejaron de impresionarse por un momento.

Parecía que un crespon fúnebre velara en aquel instante sus esperanzas de victoria.

Permítasenos una digresion.

Una jóven literata, Rabianista, impresionada como el resto de las de su sexo por aquellas palabras de Paleolitez que consternaron al auditorio, manifestó en una curiosa *fantasia*, la vision que había tenido durante su desmayo.

Ha llegado á nuestras manos no sabemos como.

La titula :

//

#### «TRANSFORMACION

..... Yo vi una luz divina nacer del seno del caos, y lanzando sus resplandores en los negros espacios infinitos, bañarlos en su efluyos de pura limpidez.

«Cual la dorada flor de la Ariruma que embalsama las auras de la tarde con sus emanaciones delicadas, así aquella luz derramándose en las tinieblas transformó la horrible lóbreguez de los espacios.

«Sus rayos se condensaron, y se transformaron en esferas animadas por vertiginosa rotacion. El Universo había nacido de la condensacion de la luz.

«En torno de los grandes astros, giraron en celeste cortejo otros globos de luz, y tachonaron las sombras errantes con sus discos resplandecientes.

.....  
«Es pequeño. Su órbita no es de la mayores. Un globo menor le acompaña en el espacio girando en torno suyo. Pálidos son sus resplandores, pálidos como las yerbas que crecen á la sombra de las tumbas.

.....  
«Un ser ha llenado el vacío. Sus formas son elegantes, libres sus movimientos, y su frente levantada hácia el cielo, parece invocar el destello primero que surgió del seno del caos. «El resto de los seres le tributa homenaje.

.....  
«Un velo negro cubre mis ojos. Diríase que asisto á la primera contemplacion de las tinieblas. Apoderánse estas del

«espacio. . . . ¡A dónde vas, rayo fujitivo? Te alejas! te pierdes! Devórate el misterio de la noche eterna?

«No veo ya aquella luz diáfana y divina que antes llenó el espacio. Los seres que levantaban la frente como invocando la han desaparecido ¡ah!

«Iluminanse nuevamente los ámbitos eternos! Horror! Las lucés ya no son las primeras. Veo seres de formas extrañas, agitando en el aire sus colas candentes. Sus rostros se transforman de mil maneras espantosas. Arrojan un grito formidable! Oigamos! *‘Somos la humanidad que vuelve á ser ESPECIE despues de haber sido tan hermosa VARIEDAD’* . . . !»

Despues de esto, nos preguntará el lector si los Rabianistas triunfaron en el Congreso Científico; si la humanidad hará muecas algun dia, y si tendrá cola.

En cuanto á lo primero, diremos que no era suficiente lo que se había dicho para decidir del triunfo;—respecto de lo segundo, no podemos menos de asegurar que, de toda la *animalidad*, la humanidad es la que hace mas muecas; y por lo que se refiere á la tercera pregunta, no tenemos otro recurso que el de exclamar como Plinio: «Misterios son estos que están latentes en la majestad de las creaciones,» ó si quereis, de las *vertebras coccigeas*.

Volvamos á ocuparnos de nuestros sábios.

Ya hemos dicho que hubo una expectativa imponente, como la que se apodera de un pueblo en los momentos aciagos que preceden á un terremoto.

En uno de los asientos del escenario, estaba sentada una persona que conservando una postura y una inmovilidad particulares, no había permitido se le reconociera.

Se levantó de su asiento, pidió la palabra, y adelantó algunos pasos.

¿Quién es? ¿Le conoceis?

Sí; es alto, delgado, mirada severa, nariz aguileña,—excesivamente encorvada,—anteojos, y sobretudo un bastón mons-

truoso que en aquellas circunstancias impone á los espectadores ante la expectativa de que pueda valerse de él como de un argumento *convinciente*.

No temais, señoras y señoritas. El campeón que se presenta en la arena del combate, no se valdrá de un argumento tan vil. Lo usa siempre porque para él tiene un mérito particular.

Los grandes hombres suelen tener sus manías. Esto es muy comun.

Lamartine no escribía versos inspirados sino con ciertas plumas.

Chateaubriand, para poder trazar esas líneas delicadas que han inmortalizado su nombre, debía tener por delante una calavera.

Voltaire, si la memoria no nos es infiel, necesitaba tener á su lado un loro.

Lo mismo sucede á Grifritz con su baston. Llevándolo consigo, tiene seguro el triunfo. Por lo demas, el gigantesco sustentáculo es el mismo que usó Humboldt cuando acompañado por su inolvidable amigo Bompland trepó la cima gloriosa del Chimborazo.

Después de haberoslo nombrado, supongo recordareis al nigromante que resucitó la Sensitiva.

GRIFRITZ—«No hubiera deseado, señores, hablar una sola palabra en esta primera conferencia, pero, puesto que no es posible dejar de notar el efecto producido por las de mi honorable rival, el Señor Paleolitez, deseo aclarar un punto que, segun parece, es el que mayor impresion ha causado.

«Partiendo de una suposicion, el señor Paleolitez nos lleva hasta la degeneracion del hombre en mono, como efecto natural de la variedad que recupera los caracteres de la especie generatriz.

«Si el hombre es una descendencia del mono, me permitiré considerarlo como una *variedad*,» dice; es un punto hipotético del que se sirve para desarrollar sus argumentos. El calor de su discurso le hace olvidar que en la base no ha presentado nada de positivo.»

A semejanza del día que lentamente derrama sus velos luminosos en el aire, así los Darwinistas, volviendo de su impresión, recuperan gradualmente la tranquilidad con tan animadoras palabras.

—«Para mí,» continúa diciendo Grifritz, «hay dos especies de variedades; y espero que mis honorables rivales presten atención á estas palabras. Una variedad que aparece cuando se presenta una época, un diluvio, un cataclismo general,—como Vides. gusten—la cual fija sus caracteres, y se llama especie; otra variedad que es una alteración de la primera, debida á causas ocasionales mas ó menos pasajeras, y que, una vez que estas han desaparecido, recupera los caracteres de la especie generatriz.

• «Vamos á tomar un ejemplo en el reino vegetal.

• «Todos, señores, conocemos la Dahlia.»

—«Familia de las *coníferas*,» murmuró Estaca.

—«De las compuestas, señor Estaca,» dijo Grifritz. «Bien pues,» continuó diciendo, «la Dahlia, es una planta originaria de Méjico, importada en Europa en 1789, y cuyo capitulo floral, ó hablando en términos vulgares, cuya flor, era de un color rojo vivo. Sometida á diversos procedimientos de cultivo, la Dahlia ha llegado á producir tal variedad en el colorido de sus flores, que sería imposible calcular el número de las que hoy existen. Pero no es solamente en el color que se altera la especie típica, es en el tamaño, en la forma de las hojas, del tallo, de la raíz: en una palabra de todos sus aparatos y órganos. Mis propios experimentos me han permitido corroborar

rar las observaciones de otras personas que se ocuparon de este punto antes que yo. No conservo la mínima duda de que la especie Mejicana, sea la especie típica, primitiva, la que puede descender de otra especie de la época anterior, cuyos caracteres no tengo inconveniente en considerar como absolutamente distintos de los de la especie en cuestión, á tal punto que, si se me dijera 'descienda de otro género' no tendría dificultad en aceptarlo, toda vez que se me permitiera reconocer que aquel género vivió en la época geológica que precedió a la actual.

«Sintetizemos.

«La *Dahlia Mejicana* es una variedad, relativamente á la especie pre-diluviana, y es una especie, porque sus caracteres son inalterables, esto es, no pueden convertirse en los de la generatriz, pero si, por causas ocasionales, presentar variedades susceptibles de desaparecer.

«Veamos como se efectúa este fenómeno.

«Plantamos un tubérculo de *Dahlia* y, la primera vez que florece, presenta flores blancas, dobles.

«Los tubérculos se reproducen, el tallo se seca.

«Si tenemos la precaucion de extraer del suelo por algun tiempo estos tubérculos, y de volverlos á plantar en la época fijada en el cultivo de este vegetal, la segunda vez que florezca presentará nuevamente flores de las mismas condiciones que en el año anterior, y no se alteraron sus caracteres de variedad en tanto se tenga la precaucion de sacarlas del suelo anualmente. Esta precaucion es una de las causas ocasionales que conservan aquellos caracteres; pero hagamos desaparecer esta causa, ¿qué sucede? Todos hemos podido observarlo; si se deja los tubérculos en tierra uno ó mas años, las flores blancas desaparecen, y la variedad recupera los caracteres de la especie primitiva, la *Mejicana*, con flores rojas, sencillas.

«De este modo, señores, considero yo la variedad, la segunda especie de variedades, y á la cual ha querido referir, mi honorable rival, el señor Paleolitez, la especie hombre.

«El hombre, señores, es una variedad relativamente á la especie pre-diluviana, es decir es una especie inalterable en la especie generatriz, pero tambien es una especie susceptible de presentar variedades, como la Dahlia Mejicana, y, como las de esta, susceptibles de desaparecer.

«En una palabra: el ilustre público aquí reunido puede estar seguro de que la humanidad no volverá á tener cola, aunque no tenga mas remedio que considerarse descendiente de monos.»

En la edad que tenemos, hemos oido muchos ruidos, desde el imperceptible que producen los foliolos de la Sensitiva al caer adormecidos, hasta el de una explosion de quinientas libras de pólvora; pero jamás, jamás, oiremos uno semejante al que se produjo en el teatro de Colon cuando Grifritz hubo acabado de hablar.

Media hora duraron los aplausos, media hora que pareció un minuto, tal era el entusiasmo y frenesí con que fueron acogidas las palabras del orador.

Alguien gritó *bis, bis*;—pero lo hicieron callar.

ESTACA—«Señor Presidente. . . . si el señor Grifritz no se expresa con mas claridad, vamos á quedar todos en ayunas.» (Se oye un silvido.)

EL PRESIDENTE—«Señor Estaca, me tiene Vd. hasta acá,» dijo pasán los rápidamente el índice por un surco horizontal de la frente. «Me pone Vd. en el caso de decirle que es Vd. un ignorante.»

ESTACA—«Mas ignorante será Vd.»

GRIFRITZ—«El señor Estaca me vá á poner en el caso de decirle *fustibus es arguendus*.

ESTACA—«Aquí no se viene á hablar en *griego*.»

GRIFRITZ—«Bueno, entónces le diré que voy á molerle á Vd. las costillas á palos.»

EL DESCONOCIDO—«Señores, tengan VV. la bondad de no dirijirse alusiones tan directas.»

PALEOLITEZ—«Señor Grifritz, esto es indigno del Congreso Científico, indigno de las teorías que defendemos, indigno de nuestros antecedentes, é indigno de Vd. mas que de ninguno. ¿En qué parte del mundo se ha visto una cosa semejante?»

GRIFRITZ—«Aquí... entre nosotros, desde que VV. han tenido la poca dignidad de presentarnos como rival al señor Don Juan Estaca, el mas *estaca* de todos los hombres.»

Grifritz solía padecer de distracciones de este género.

¿Qué hacía el Presidente á todo esto?

Poniéndose de pié en el momento de ser tratado de ignorante y dirijiéndose al fondo del teatro, volvió un momento despues acompañado por una de las personas que mas se han atraído las simpatías de nuestra sociedad. Buena estatura, cabello cano, con reliquias de rúbio, ojos azules, mirada penetrante y serena, un tanto agoviado mas por la meditacion que por los años, revelaba en todo su aspecto el hombre que se dedica á aliviar y consolar la humanidad doliente;—mas aún, el médico de las enfermedades morales.

Una dulce sonrisa se dibujó en su semblante intelijente.

—«Ni son todos los que están, ni están todos los que son,» exclamó despues de examinar las personas que estaban en el escenario.

Entre estas se contaba el Señor Don Timoteo Rabian.

¿Quereis que os diga quien es este Señor Rabian?

¡Oh fatalidad! no puedo, no quiero, ni debo decirlo.

---

## CAPÍTULO VII.

### EL SENTIMIENTO CIENTÍFICO EN BUENOS AIRES:—UN CASO CURIOSO DE ERROR TIPOGRÁFICO.—UN DIARIO NEUTRAL.

Es indudable que en Buenos Aires se vá despertando el sentimiento científico con una rapidez extraordinaria.

Cuando á principios de 1872 visitamos al Señor Don Pascasio Grifritz, solo se hacía una publicación de caracter eminentemente científico, es decir, en cuanto este se relaciona con la Historia Natural: era «Los Anales del Museo Público de Buenos Aires.»

No hablamos de publicaciones como la «Revista Farmacéutica,» «La Revista Médico-Quirúrgica,» su objeto está claramente indicado; ni de otras que, como la del Rio de la Plata, la Argentina y la de Buenos Aires, publicaban accidentalmente algun artículo de aquel género.

La esperanza del Señor Grifritz se vá realizando de tal modo, que podemos decir, sin temor de ser exajerados, que el gusto científico se desarrolla aqui inmoderadamente.

¿A qué librería podremos ir hoy sin que halleemos que la mitad de las obras se relacionan mas ó menos directamente con las ciencias en cuestion?

Muchas causas han influido para ello, entre las cuales solo citaremos la lectura de las obras de Flammarion, las de Figuiet y de algunos otros que poniendo la ciencia al alcance de todas las inteligencias, despiertan paulatinamente el gusto por ellas.

Es incuestionable que las obras maestras no escasean en las bibliotecas de los Argentinos, pero, unas por su precio elevado, otras por su volumen, otras por su carácter eminentemente científico (sinónimo á veces de intrincado y oscuro) no pueden tener la circulacion que debieran.

No debemos olvidar tampoco dos nombres que todos conocen entre nosotros, y que quizá son los que mas han favorecido el gusto por la lectura de obras de ciencia: Julio Verne y el Capitan Mayne Reid.

El primero con una imaginacion poderosa ha revestido los arcanos de la ciencia con un manto vaporoso y lleno de atractivos, llevándonos unas veces al centro de nuestro planeta, y otra, despues de hacernos estremecer con un estallido tremendo, lanzarnos á los espacios planetarios é iniciarnos á su manera en los misterios de la faz invisible de nuestro satélite.

Verdad es que para leer las obras de Verne se requiere cierto caudal de conocimientos, y cuanto mayor sea este, tanto mas admiraremos el vuelo de su fantasia prodigiosa.

Pero este último requisito no es indispensable en la lectura de las obras del Capitan Mayne Reid.

Todos pueden leerlas, y todos las pueden comprender, por que él nos explica hasta los mínimos detalles de cualquier nimiedad, en tanto que aquel solo detalla en ciertos y determinados casos. El primero supone que su lector es instruido, el otro que no sabe una palabra.

Empero, Verne y Mayne Reid, cada cual en su género, son para nosotros los Argentinos dos hombres notables, y á quienes apreciamos sobre manera.

Debido á esto, en gran parte, las cosas han cambiado, y varios periódicos científicos ven la luz pública entre nosotros.

Los Anales del Museo Público, el Boletín de la Academia de Ciencias exactas de Córdoba, los Anales Científicos Argentinos, los Anales de Agricultura de la R. A. y los Anales Entomológicos.

La prensa diaria, por otra parte suele dedicar un lugar preferente en sus columnas á todo artículo de aquel género, y tiene razón, porque el conocimiento de la Naturaleza física debe preceder al de cualquier otro género.

Y es tal el convencimiento que nos domina á este respecto que no podemos menos de recordar un hecho.

Un diario de Buenos Aires, publicó hace algún tiempo que en Luján se había hallado un Gliptodonte cuya cáscara media cuatro y media varas de circunferencia.

Los otros diarios reprobaron el anuncio; y pasando al extranjero la reproducción de la noticia progresó en la razón de 1, 2, 4, 8, 16, 32 . . . .

Es fama de que en el término 16, el Gliptodonte tenía 162 varas, y que un sabio, algo chistoso, (lo que es muy común) se permitió recordar, en el término 32, que había visto un carro tirado por 600 caballos, y como alguien pusiera en duda semejante observación, contestó que aquel carro tenía por objeto arrastrar la cáscara del Gliptodonte hallado en Luján.

En Buenos Aires la cosa se tomó á lo serio: hubo pesquisas, averiguaciones, notas, trámites, se consultó el asunto con personas competentes, y después de tanto trabajo resultó que todo consistía en un error tipográfico, y que las 162 varas debían quedar reducidas á 162 *pulgadas*.

Bien pues: habiendo comunicado al lector estos antecedentes, no extrañará que al próximo día de celebrada la primera sesión del Congreso Científico, la prensa de Buenos Aires se dedicara tanto á los puntos debatidos, que muchos diarios no

dieran folletín, (recurso eficaz para llenar papel,) y algunos remplazaran las columnas de avisos de venta de tierras, caballos perdidos, ó relojes con igual adjetivo que los caballos, por otros en que se anunciaba la exhibición de tal ó cual Darwinista, de tal ó cual Rabianista, real ó fotográficamente.

Los libreros, por otra parte, aprovecharon esta oportunidad para anunciar que habia en sus establecimientos alguna que otra obra sobre ambas teorías.

Los periódicos de publicación regular ó irregular, esperaron el momento de manifestar sus opiniones.

Griffith sacudió el polvo de sus manuscritos y empezó á revisar sus trabajos para darlos á luz.

Por nuestra parte, creemos que el mejor medio de juzgar sin pasión las discusiones del primer Congreso Científico, es hacer como otras veces: tomar un diario neutral, porque de ese modo el lector puede interpretar la cuestión á su sabor, despues de habérsele indicado las bases razonables á que debe responder esta interpretación.

Otro móvil nos determina á no aventurar nuestro juicio: somos Darwinistas, y es mas que posible que los Rabianistas nos creyeran parciales, considerándonos cegados por la pasión, inherente á todo corazón humano.

Como hemos dicho, el lector no extrañará que nos escudemos con una opinión que tiene que ser simpática para todos, precisamente porque el que la abriga está fuera del centro de la lucha, y haciendo abstracción de los intereses de cada uno de los partidos, solo vé lo esencial del movimiento, y se concreta á hacer resaltar lo que en uno ó en otro es bueno ó es malo.

Para todo se necesita ir por la vía media, y la neutralidad, en estos casos, es el lumínar de los que saben dejar que la razón domine á la pasión, ó á lo menos adormecer á esta mientras ilumina aquella.

Dice así :

## «La primera sesion pública del Congreso Científico Argentino

«Tros fuerzas opuestas arrastran la humanidad en su peregrinacion de la vida»

«La razon, la pasion y el interés.

«Descartemos el tercero, nada tiene que ver cuando se trata de una lucha científica.

«Las dos primeras, por el contrario, merecen una atencion preferente de parte nuestra:

«La una radica en la esencia íntima del hombre;—la otra en su condicion de elemento positivo de la sociedad humana.

«La una es un atributo supremo, absoluto.

«La otra una manifestacion relativa.

«Bases de dos sistemas filosóficos, ellas se disputan el dominio del mundo intelectual.

«Bases de una ley eminentemente moral, ellas se complementan la una á la otra, sin que pueda decirse que aquella ley moral es perfecta, en tanto no se haya amalgamado ambas en una sola forma de aplicacion posible.

.....  
«Si estas ideas pueden aplicarse á los órganos definidos de los partidos que luchan actualmente, hemos de experimentar un triste desengaño.

«La razon está á cien mil leguas de ellos.

«La pasion domina todos los corazones.

«¿Porqué, preguntamos, no les domina la pasion de la razon?

«¿Pretenden acaso hallar la razon de la pasion?

«Muy difícil sera, pero creemos que mientras el sentimiento moral no contellée en esas inteligencias espléndidas, alotargadas en estos momentos por el estrépito de la lucha, no será

«posible tener al pueblo al corriente de la verdad de las discusiones que se originen en el seno del Congreso».

«¿Qué se dirá en la Europa civilizada, cuando se lea la siguiente

#### VERSION RABIANISTA

«..... Lo esperábamos. El triunfo en la sesión de anoche ha sido espléndido. Mas de 50,000 personas (*sic*) llenaban el Teatro de Colón. Nuestros oradores se han portado á la altura de sus antecedentes. Los Darwinistas han probado una vez mas la ignorancia en que están, no solo de la doctrina que defienden, sino tambien de los principios fundamentales de la nuestra. Su impertinencia ha sido extrema, llegan lo uno de ellos hasta el punto de decir que iba á hacer un *chichon* á uno de nuestros oradores, y á envolverlo luego *en flanela*. Al terminar la sesión ha habido un incidente hasta cierto punto desagradable, por el cual, como es natural, responsabilizamos á nuestros contrarios.»

«¿Qué se dirá en cualquier parte del mundo en que se lea esta

#### VERSION DARWINISTA

«..... ¿Qué tal, señores Rabianistas? ¿No os lo habíamos predicho? El triunfo de nuestras ideas sobre vuestra insignificante pretension, á la cual teneis la poca delicadeza de llamar *teoria*, viene á confirmaros, a la faz de lo mas selecto de la República Argentina, que sois incapaces de sostener el combate que ha comenzado entre nosotros, y cuyo resultado, uniéndose al de los de los otros países, decidirá en una *urna* internacional si descendemos ó no de monos.

¿Qué objeto os proponéis en esta lucha? ¿dar signos de vida?—Tambien los dan los hongos y las algas, mas susceptibles quizá de una elaboracion intelectual que vuestro sapientísimo Estaca».

Nada nos intimida: ni aún la presencia de aquel prosélito vuestro que salió pidiendo *grano*, como lo era muy natural.

Anoche hemos vencido, como venceremos en todas las sesiones subsiguientes, aunque produzcais escándalos como el que suscitasteis al terminar la sesión.»

«Aquí terminamos, empero no lo haremos sin preguntar al lector imparcial:—¿quién ha triunfado segun estas versiones, «tomadas de los boletines de ambos beligerantes? Al través «de los insultos se divisa los autores y esta es la causa para que «nuestra confusion sea mayor.

«Felizmente, hemos conseguido de los taquígrafos los detalles «íntegros de la sesion.

«Van en otro lugar.»

---

Esta sesion, que el lector ya conoce, si ha leído el capítulo anterior, es la misma de que hace mencion el diario razonable, el único que manteniéndose en una esfera elevada, haya podido tocar el punto vulnerable de la lucha.

---

## CAPITULO VIII.

UN POCO/PESADO; PERO SE RECOMIENDA SU LECTURA PORQUE ACLARA ALGUNOS PUNTOS IMPORTANTES QUE ES NECESARIO ESTUDIAR MUCHO, TANTO MAS QUE, SO PRETESTO DE REFERIR LO QUE LE SUCEDIÓ EN UNA VISITA Á UNAS SEÑORAS RABIANISTAS, EL AUTOR PINTA LA ACTITUD HOSTIL DE TODO UN PARTIDO CIENTÍFICO Y SUS TENDENCIAS ABSORVENTES.

(1874)

La gente razonable, la que era accesible á los argumentos fundados, sufrió extraordinariamente con el artículo que hemos transcripto en el capítulo anterior, y como en Buenos Aires, cuando no se trata de política, todo el mundo es razonable, hé aquí porque todos en Buenos Aires han sufrido con el mencionado artículo; pues á decir verdad, su autor ha reconcentrado en él, verdades que casi nos atrevemos á calificar de inconcusas, y es muy cierto que en esta clase de cuestiones á nadie gusta la verdad.

Descartemos aquello de *partido propio*,—no queremos que se nos tache de parciales:—somos Darwinistas, es cierto, pero esto no impide que reconozcamos lo bueno y lo malo nuestro, lo malo y lo bueno de los otros.

Entre lo malo, si quereis colocarlo, ó entre lo bueno si quereis incluirlo, tenemos un defecto, defecto que mas de un corre-

ligionario nos ha tachado y es el de tener relacion con muchas personas del partido contrario, sobre todo con señoras.

Veamos porqué puede ser bueno ó malo.

En la noche del 21 de Junio de 1874, despues de leer el artículo que hemos mencionado, salimos á dar una vuelta y nos admiró sobremanera una observacion que hicimos, y fué que al examinar los tocados de las señoras y señoritas que recorrían las calles, todas llevaban la pamelá ó la gorra de tres diferentes maneras.

Alguna de aquellas tres maneras habia de ser la de moda, y ¿cómo concebir que las porteñas no se adornaran á la última?

Resolví por fin ir á una casa de mi relacion, para satisfacer la curiosidad, porque era casi seguro que aquello debía tener cierto punto de contacto con los partidos científicos.

Al llegar á la casa, llamé á la puerta, se me recibió, y se me hizo pasar á la sala, donde tuve el *gusto* de ver que había doce señoras y señoritas Rabianistas, un pseudo-señor del mismo partido y un matrimonio que se inclinaba á las opiniones de Grifritz, apesar de ser tambien Rabianista.

Saludé adivinando ó presintiendo las personas en la semi-oscuridad de la sala y tomé asiento.

Me pareció que la circunstancia de ser yo Darwinista y de no haber ningun representante de mi partido en aquella sala oscura, fué la causa de la interrupcion de lo que se hablaba, ya que no de lo que se decía.

—«¿Qué milagro Vd. por aquí?» me dijo una señora cuya voz oscurecía la sala, más de lo que lo estaba.

—«Es verdad,» le contesté, «mis ocupaciones me han impedido tener el gusto de venir á manifestarles mis buenos deseos.»

—«Sí, ¡muy buenos deseos ha de tener un Darwinista!» me pareció oír, y digo que me pareció, porque la media voz de la persona ó cosa que la produjo, no permitía definir claramente la idea manifestada.

—«Hoy,» continué diciendo, «la excitacion general producida por el artículo inserto en el diario X (lo nombré), me ha obligado á dar una tregua á mi trabajo, para respirar el aire de la opinion publica.»

—«El público no tiene opinion,» dijo con voz mas clara el señor que antes habia hablado.

—«¿Cómo no?» pregunté al oír tamaño desatino.

—«Es cierto,» dijo el señor ó cosa, aumentando aún mas el tono de su voz.

—«Antes de continuar, me permitirá Vd.» le dije, «hacerle una pregunta.»

—«Daría mi cabeza á que hace tres, porque no hay gente mas avara que las Darwinistas,» dijo el señor ó cosa, llevando la voz al diapason de quinto grado, sin haberla hecho pasar por el cuarto.

—«¿Me lo permite Vd.?»

—«Hágala.»

—«¿Es vd. Rabianista?»

—«Conoce vd. alguna persona decente que no lo sea?» dijo iluminando por un instante la sala con semejante relámpago de sabiduria.

—«Me tengo por decente, señor, y sinembargo, no soy Rabianista.»

—«Allá veremos la decencia de Vd.»

Este señor ó cosa, segun he sabido mas tarde, padece de accesos de rabia, no solo porque es Rabianista, sino porque su decencia así lo exige. Tambien he sabido que siendo muy próximo al punto de partida del Darwinismo, se le dá un nombre que contribuye á dar mayor realce á su personalidad individual.

—«Voy á decirle la verdad,—y esto para Vd.—siento que un mozo jóven como Vd. sea Darwinista.»

—«Sí, es cierto,» dijo la señora cuya voz oscurecía la sala.

—«Es verdad, es muy verdad,» dijeron otras señoras, entre ellas la que pertenecía legalmente al señor Rubianista, á quien llamaremos el pseudo-señor, porque su decencia no le permite saber lo que esto quiere decir, á no ser que pregunte á quien lo sepa, ó busque en el diccionario de la Academia que tiene en su biblioteca *de parada*.

—«¿Ha dicho Vd. qué siente que yo sea Darwinista?» le pregunté.

—«Cállese hombre, si todos VV., en particular y en general, no son mas que *chusma*,» dijo el pseudo-señor en el centésimo grado de la elevacion de la voz, — de tal manera que si hubiera sido termómetro centigrado de agua, y eliminando la presión central del tubo, el pseudo-señor habría hervido: pero esto no sucedió;—lo único lamentable que hubo fué la rotura de dos caireles de la araña por haber chocado uno con otro por efecto de la vibración impresa al aire de la sala por la voz del pseudo-señor.

En tanto se producían estas hipótesis y estos fenómenos físicos, guardé silencio, meditando como un Bracman y haciendo comentarios sobre la verosímil probabilidad, la certidumbre casi de que el pseudo-señor fuera mas *chusma* que nadie.

—«Me retiro, ya vuelvo,» dijo.

—«Creo, señoras, que mi presencia ha interrumpido la conversación que VV. tenían,» dije cuando el pseudo-señor se hubo retirado.

—«No por cierto,» dijo una señora que hasta aquel momento había guardado silencio.

Y era tan linda su voz, era tan suave y tan puro el timbre argentino que le daba, tan dulcemente brotaban sus palabras que si ella hubiera sido quien me dijera «Vd. y todos los Darwinistas no son mas que *chusma*,» apesar de lo espantosamente feo

de estas palabras, hubiera llamado á todos los Darwinistas, me habría presentado con ellos, y les hubiese dicho: «por favor, correligionarios científicos, hagan que esta señora repita sus palabras,» y si fuera permitido desear la muerte oyendo una voz dulce, mi último deseo habría sido que mi alma se alejara confundida con las voces de aquella garganta.

—«Nuestra conversacion,» dijo la señora cuya voz oscurecía la sala,» versaba sobre una cuestion de *toilette*.

—«¿La pamelita?» pregunté instintivamente.

—«¿Ha oido Vd. algo?» preguntó una jóven de ojos negros que, así como la incidencia de dos rayos luminosos en un punto, producen oscuridad, así aquellos ojos, combinándose con las tinieblas de la sala por efecto de las palabras de la señora de la voz oscura, iluminaban el recinto.

—«No he oido, señorita, pero he visto.»

—«¿Y que ha visto Vd.?» preguntó una dama que parecía identificada con su sillón.

—«He visto que las pamelas van arregladas de tres maneras diferentes.»

En aquel momento una sirvienta trajo una bandeja con tazas de té.

Mi té estaba amargo.

—«En las actuales circunstancias,» dijo la de la voz dulce,— lo suficiente para que mi té dejara de estar amargo—«se ha resuelto que todas las señoras y señoritas lleven el tocado según el color científico á que pertenezcan: á la Rabian, á la Darwin y á la Grifritz. A la Rabian se la colocan sobre las cejas, de modo que la frente quede cubierta; á la Darwin es hacia atrás é inclinada á la izquierda; y finalmente á la Grifritz, la gorra ó pamelita vá en el vértice de la cabeza.»

—«Aaaaah!» exclamé abriendo la boca, de tal modo que si hubiera estado presente el pseudo-señor, habriase creído que él era Scylla y yo Carybdis.

Devolví á la sirvienta mi taza de té, porque estaba como almibar.

Lo que prueba que hasta lo bueno empalaga.

—«Sí, amigo Kaillitz,» dijo el matrimonio que se inclinaba á las opiniones de Griffritz, y digo que fué el matrimonio porque, marido y mujer confundiendo en una sola voz sus voces propias, no dejaban oír una voz y un eco, como sucede por lo regular—«sí, amigo Kaillitz, desde que las mujeres se han metido en estas cosas, todo vá mal. Se discute, se grita, se alborota, se excitan los ánimos, y el resultado que esto vá á tener es tan malo, que no me atrevo á predecirlo. Vamos, vamos! cuando uno menos piensa, sáz!»

—«Déle duro nomás, *jr, jr, jr,*» dijo el pseudo-señor que entraba en aquel momento trayendo dos caireles para reponer los que había roto, y creyendo que aquel ¡sáz! respondía á un movimiento agresivo.

Quise retirarme, pero... no me retiré; porque ni era Ulises, ni tenía cera para hacer que mi oído fuera inaccesible á la voz de aquella sirena que almibaró mi fé.

—«¿Qué dicen por el centro?» preguntó la señora que parecía identificada con su sillón.

—«Que hemos triunfado, como triunfaremos siempre,» dijo el pseudo-señor, aplicando una trompada en la mesa y dando en tierra con la bandeja, las tazas y los caireles que había traído, con lo que hizo una multitud de fragmentos.

—«Me permitirá vd. observarle que no solo he oído y leído lo contrario, sino que, habiendo asistido á la sesión, puedo confirmar el triunfo de los anti-Rabianistas.»

—«No es cierto, la chusma no puede vencer.»

—«No puede vencer,» repitieron en coro las damas circuns-tantes.

—«Y además, nuestro partido cuenta con poderosos elementos científicos para no perder jamás en una lucha.»

—«Sobretudo, si consideramos á Estaca como uno de los principales, ¿no es cierto?» dije acenando mis palabras.

—«Sí, precisamente, porque aunque en esta primera sesión Estaca se ha turbado, ya verán en la otra.»

—«Mi amigo Paleolitez, correligionario de VV., me ha dicho que se había perturbado.»

—«Tanto dá,» dijo el pseudo-señor. «Paleolitez me ha dicho que Estaca es muy sábio y muy inteligente.»

—«Lo que no impide que yo le haya oido en confianza que Estaca, con el permiso de VV., parece haber venido de Arcadia.»

—«Pero hombre! si á todo el mundo consta que es Argentino.»

La señora de la voz dulce sonrió en la oscuridad, y dijo al pseudo-señor en el oído:

—«La Arcadia es el país de los burros.»

—«¿Quién ha dicho que Estaca es burro?»

—«Paleolitez solo ha dicho que parece haber venido de Arcadia, lo que no impide que durante el viaje. . . .»

—«Haya estudiado eso,» dijo la señora de la identificación.

—«Pero nó,» dijo la niña de los ojos negros, «Estaca es un mozo *tan bien*, tan interesante y tan amable. . . .»

—«Virtudes todas que de nada sirven para facilitar el triunfo de su partido.»

—«Se engaña vd. porque mas de una vez se ha visto que la amabilidad triunfe del poder. . . .»

—«Mas no de la ciencia. La ciencia, señoras mías, no acepta almibares en sus altares. Austera y misteriosa, quiere misterio y austeridad;—poco importa que quien la llame lleve el entrecejo airado;—basta solo á sus exigencias el vehemente deseo de investigarla.»

—«Paparruchas, paparruchas,» exclamó en tono irritado el pseudo-señor, como si tratara de adorar la ciencia.

—«Y entonces la ciencia, cuando vé que del fondo del alma parte el rayo del amor, derrama mieles aún en los labios de las hienas científicas.»

El pseudo-señor me preguntó si aludía á él; y como yo no le contesté, se retiró.

Aquí fué Troya.

Todas aquellas partidarias de Rabian, todas aquellas damas que con sus ojos, con su voz, con sus ademanes, con sus afinidades, me habian encantado un momento antes, estallaron en coro; pero ¡qué coro, Kosmos eterno!

Cuando las ranas levantaron el grito á los cielos pidiendo á Júpiter no permitiera al Sol tomar esposa, no alborotaron mas, seguramente, un espacio determinado.

La señorita de los ojos negros interpeló á Santa Tecla, la señora de la voz dulce hizo alusiones personales á los antecedentes de familia de varios Darwinistas, la que parecía identificada con su sillón evocó nombres que hubieran despertado la codicia de Milton, si viviera, para agregarlos á la lista de los que figuraban en aquel célebre palacio de oro y plata que surgió del abismo; el matrimonio deseó vehementemente que estuviera allí el pseudo-señor y la señora que oscurecía el salón con su voz de calofrios manifestó que la desarmonía no habia llegado aún al colmo é invitó á las señoras y señoritas que hasta entónces no habian tomado parte en el concierto, á mezclar sus voces, llenando de este modo los intervalos de silencio relativo.

A semejanza de relámpagos producidos á largos espacios de tiempo oía una que otra alusion entusiasta á favor de Rabian. «Ninguno como él para manejar...» (no sé qué,—probablemente la lira) «nadie como Rabian para... (tampoco lo

oi)» ¿quien en el mundo podría compararse á Rabian cuando se trataba de. . .» (idem) y algunas otras expresiones cuya parte final no pude oír, tal era la algarabía que produjo aquel *catorceto*.

De donde deduje que:

Ninguno como él para manejar: asuntos que dieran resultado negativo.

Nadie como Rabian para: no hacer nada digno de aplauso.

¿Quién en el mundo podría compararse á Rabian cuando se trataba de: hacer todo aquello que pudiera producir algun perjuicio general? ó sea una nulidad personal.

Calmó la tormenta, como calman todas las manifestaciones exhaltadas de una pasión que no obedece á principios razonables y las señoras y señoritas guardaron silencio.

—«Pero hombre,» exclamó el matrimonio, «¿qué coincidencia!»

—«¿Cuál?»

—«La de que aquí somos catorce contra uno, porque el señor Kaillitz es Darwinista y nosotros. . . .»

—«Luego estamos en mayoría,» dijo la señora de la voz dulce.

—«Eso mismo dicen los Darwinistas cuando algun Rabianista vá á visitarlos,» les dije.

—«¿Que lástima que vd. sea Darwinista,» me repitió la señora de la voz dulce.

—«¿Porqué, señorita?»

—«Porque toda la gente decente está en el partido contrario.»

—«¿Por eso es vd. Rabianista?»

—«Si,» me contestó involuntariamente y sin darse cuenta de la indiferencia aparente con que se lo preguntaba.

—«De manera que para ser decente necesita vd. ser Rabianista?»

—«Qué modo tan estrafalario tiene vd. de hacer preguntas!» me dijo con el tono mas dulce de su voz, lo que me hizo disculparle tan disonante palabra.

—«Señora, acabemos de una vez. ¿Qué entiende vd., por decente? para de este modo poder definir lo que VV. entienden por chusma.»

—«*La gente que tiene modales finos, que viste bien, que tiene coche, palco, blondas, joyas, dinero, y cuyos padres han gozado de iguales ventajas.*»

—«¡Bendito seas, Jesu-Cristo, hijo de la pobreza, y mecido en el pesebre de Beethlem! bendito seas, salvador de la humanidad, hijo del hombre! bendito seas, vápulo de los que comerciaban en el templo de la Divinidad! bendito seas, génio divino por tu amor al óbolo de la viuda!» Tales fueron las ideas que brotaron de lo mas íntimo de mi alma, y que no se tradujeron en pensamientos verbales, cuando aquella señora hubo acabado de hablar.

—«Señora!» la dije por fin.

—«Nó, ya sé lo que vá vd. á decir,» interrumpió la del sillón.

—«No comprendo.»

—«Si,—es que como VV. no tienen nada, pretenden usurparnos nuestros bienes.»

—«¿De manera que hasta de ladrones nos trata vd?»

—«Al paso que van.»

—«Pero, señora, aunque esto se aplica mejor á VV., nada tiene que ver con la cuestión de si descendemos ó no de monos. ¿Crée vd. que la decencia radica en el traje y en toda esa ostentacion? porque de la fortuna nada digo—sabido es que el oro del rico se guarda entre el sudor y las lágrimas del pobre. ¿Crée vd., repito que todo eso constituye la decencia?»

—«¿Y qué quiere vd. que la constituya?»

Tanta imbecilidad me hizo olvidar los respetos que debia

á tan respetable corporacion y me decidí, y me enojé, y así y hablé mas ó menos de este modo:

—«La decencia radica para mí en el cumplimiento espontáneo del deber moral general.

«Cumplir con el deber porque es deber, en el sentido de obligacion irremediable, es llenar simplemente una fórmula social que la virtud rechaza.

«Cumplir con el deber por virtud, es para mí la satisfaccion de la idea de Cristo.

«Ser decente es ser cristiano.

«Ser <sup>cristiano</sup> cristiano es ser religioso.

«Ser religioso es cumplir con el deber por virtud.

«Ahí tienen VV. cómo defino la decencia.

«Si entre VV. Rabianistas furiosos hay personas que sean decentes de este modo, reniego de mis creencias científicas, ya no quiero ser Darwinista, ya no quiero descender de monos; y al abjurar de mi error diré que el partido contrario es verdaderamente el único partido aceptable;—pero nó!—no lo haré, porque la virtud de VV. es una virtud falsa;—no es esa virtud que remedia al desvalido porque así lo manda la religion de Cristo, para que se obedezca espontáneamente.

«La virtud de VV. es una virtud falsa que se anuncia con diez dias de anticipacion para dar *un peso* á un miserable mendigo que se muere de hambre,—y todos los demás dicen: 'qué virtuoso es fulano:' '¡qué noble corazon tiene menganal ¡al fin Rabianista!' y se quedan tan satisfechos por su piedad, que la sonrisa de conmiseracion asoma á sus labios como el rayo de sol en el borde de la nube parda. Sonrisa que la Providencia abomina, y que es la tiniebla que oculta la sonrisa de la verdadera virtud, que se asemeja á la de un querubin que despierta en un lecho de azucenas.

«Esa virtud que se acerca al desvalido y le dice 'toma el pan

que Dios te envía,' y no: 'ven á mi casa, me llamo fulano ó zutana, ven y te daré pan, porque *me contraria* verte morir de hambre'.

«En la balanza divina hay dos platillos: uno de ellos se inclina hacia el suelo que pisamos, el otro hacia el cielo que anhelamos.

«Cuando VV. hacen limosna, su óbolo no cae en el platillo del cielo; aumenta sí el peso del terrenal.

«¿Gozan acaso de esa satisfaccion del que practica el bien porque es el bien?

«¿Creen que apagan la sed, ó amortiguan el hambre del desvalido cuando le alcanzan la copa con una mano cubierta de un guante blanco, ó un pedazo de pan cuando las envuelve una nube de encajes?

«Nó! ese pan es acibarado, esa agua tiene veneno:—aquel es indigesto, esta es amarga.

«Y el mendigo reniega de la Providencia que repartió tan desigualmente los bienes sobre la tierra;—y en cada malla de sus encajes, en cada nudo de sus blondas, enreda una maldicion como una araña al insecto desprevenido que cayera en su tela.

«Nunca olvido la expresion de Virginia cuando decia á Pablo: 'el pan del malo llena la boca de arena'.

«¿Ven VV. esa jóven que cruza casualmente de una vereda á otra.

«Vá á hacer una limosna—teme que la vean—su andar es inquieto.

«'Consuélate,' dice al que gime en la indigencia, 'Dios es bueno, Dios es justo y velará por tí. El angel de la guarda reclinará su frente celestial en tu almohada, y apagará tu sed.' Y al dia siguiente cuando el desvalido despierta... el angel de la guarda al reclinar la frente en su almohada, ha depositado un óbolo que el infeliz encuentra debajo de ella.

«Si entre VV. hay gente así, reniego de mis opiniones científicas;—pero por otra parte, puedo asegurarles que entre esa *chusma* Darwinista, como VV. nos llaman, he hallado mas de un angel de-esta clase.»

En aquel momento entró el pseudo-señor trayendo á otro señor del brazo.

Este último saludó, se acercó á mí, y llevando su mano á mi muñeca me tomó el pulso.

—«Cerca de Barracas,» me dijo, dirijo un establecimiento que tiene puertas pintadas de ocre con barras negras. Como yo tambien soy Darwinista, desearía mucho poder ofrecerle uno de los aposentos.»

—«Mil gracias, señor,» le contesté un tanto perplejo; porque ¿qué quería decir con eso el señor que me tomó el pulso?

Las señoras ocultaron su risa sarcástica, y yo mi risa sardónica; pero, tranquilizándome luego al reconocer en él á la persona que apareció al terminar la primera sesion del Congreso Científico, le dije:

—«Señor, estas damas tienen tanto entusiasmo personal con el señor Rabian, que si mañana se gritara por las calles ¡Viva el Emperador D. Timoteo Rabian Primerol por ser mas decentes gritarian ¡Vivaaa! y veriamos figurar en nuestra Corte á la Condesa de Dulcevoz, á la Duquesa de Vozoscura, á la Marquesa de Azabache, á la Vizcondesa de la Identificación etc. etc., y los maridos, pisoteando nuestros gloriosos antecedentes republicanos olvidarian que se trata de una lucha científica y gritarian tambien ¡Viva el Emperador Don Timoteo!»

Me retiré sin saludar y con dolor de cabeza, pero no con tanto como para verme impedido de decir al oido al pseudo señor que pronto tendría el gusto de verle en alguna parte en que pudiera estar menos á su gusto, y donde á la vez podría manifestar mejor sus sentimientos *característicos*.

## CAPÍTULO IX.

EN LONDRES.—CHARLY Y DICK.—DISECCION DE UN MONO EN UNO DE LOS DEPARTAMENTOS DEL «ZOOLOGICAL GARDEN».—GRAN DESCUBRIMIENTO, Ó SEA UN NUEVO È IMPORTANTE FENÓMENO FISIOLÓGICO.—UNA CARTA.—«GOOD BYE.»

Abandonemos por un instante la ciudad de Buenos Aires, centro de la gran lucha científica; abandonemos por un instante el seno de las familias, donde un padre Rabianista trata de *canalla* y de *chusma* á su hijo por que es Darwinista; abandonemos los periódicos mas ó menos apasionados ó neutrales, y con esa facilidad característica de los que escriben, hagamos abstracción del mes que ha corrido, olvidemos que existe el Atlántico y el medio de atravesarlo, é instalémonos en Regent's Street, una de las principales, acaso la principal calle de la ciudad de Lóndres, capital de la Gran Bretaña.

Estamos á 18 de Julio, y el ruido de los vehiculos, el humo de las chimeneas, el vocerío de los muchachos vendiendo periódicos, y en general todas las molestias de una gran ciudad populosa, antigua capital de un poderoso reino, nos impiden permanecer en el centro.

Además es Sábado,—y es notorio que en día Sábado no es posible transitar en las calles de Lóndres, por lo menos hasta

las dos de la tarde, hora en que todas las casas de comercio cierran sus puertas para poder descansar hasta que llegue el Domingo, día en que las inveteradas costumbres no permiten que la gente se divierta. Por eso los Sábados, despues de las dos, todos andan *divertidos*.

A cada medio paso tropezamos con un dependiente cobrador,—esas categorías que en Buenos Aires llamamos con el significativo nombre de *Ingleses*, y que no son otra cosa que personalidades representadas regularmente por un hombre y un número mas ó menos determinado de cuentas á cobrar.

No hemos ido á Lóndres para hacer lo que hace *Lóndres* cuando vá á alguna parte; tampoco tenemos nada que hacer con los *Ingleses*, pues no solamente no les debemos nada, sino que no queremos deberles.

Sigamos, pues, nuestro camino apesar de los tropiezos que se nos presentan, pero sigamos por Regent's Street, hácia el Sur, crucemos Picadilly Street, lleguemos hasta Saint James's Park, de donde podremos ver el Palacio del Rey á la derecha, y costeando dicho Parque por su lado Oriental, llegaremos al ángulo Sud-Este, donde tomando á la izquierda, doblamos por George Street, hasta llegar al Puente de Westminster, en el cual, si nos detenemos un momento y miramos hácia el Sur, en la márgen izquierda del Támesis, podremos ver, á menos de una cuadra de distancia, el Parlamento Inglés, es decir la Casa de los Comunes primero, y un poco mas hácia el Sur la de los Lores.

Salvemos las dos curvas que forma la calle continuacion del puente hasta llegar á la Plaza circular en que está el obelisco, como á tres cuartos de milla del Westminster Bridge y tomando por London Row, que corre al Sud-Este, despues de una milla de camino próximamente hácia el Sur, doblamos por Manor Row y llegamos despues de haber andado mas de

una legua, á los célebres Jardines Zoológicos en uno de cuyos departamentos sobre una mesa hay un cadáver, y junto á este cadáver y á esta mesa, un hombre encorvado, de pié, que con templa con avidez al que dentro de un momento será destrozado por sus hábiles instrumentos.

Este hombre, entrado ya en años, usa galera blanca, pantalones cortos oscuros, chaleco claro de rayas, leviton color problemático, nariz á la Inglesa y baston tan voluminoso como la galera; pero su mirada revela un grande hombre, y su frente, un tanto inclinada ya, irradia destellos de ciencia profunda.

Tiene en la mano varios instrumentos de diseccion. Unas veces examina el filo de los escalpelos, otras la resistencia de las erinas, de cuando en cuando se sienta para volverse á poner de pié;—entónces saca el reloj, mira, y vé que aún no ha llegado la hora.

Se impacienta;—y esto es lo que mas admiramos, porque el que no está acostumbrado, créé que un Inglés no debe impacientarse, mucho mas cuando se trata de una cita dada por un hijo de Albion á otro hijo de la misma madre.

Pero el que allí espera, reúne á su condicion de nacionalidad una condicion particular: la de ser un gran sábio, y sobretudo, del partido Rabianista, del cual no hubiera tenido inconveniente en aceptar el nombramiento de gefe, con todas sus responsabilidades imaginarias.

El disector saca su reloj por vigésima vez, y no puede menos de exclamar mentalmente: «*It wants half a minute* (falta medio minuto);» pero aún no ha terminado de elaborar (en Inglés las palabras se elaboran) la última palabra, cuando oye pasos que se acercan tranquila y regularmente medidos.

En el momento en que todos los relojes de Lóndres señalan las diez de la mañana, un bulto humano se interpone entre el que tiene los escalpelos y el paisaje del exterior.

—«Buen día, Dick (\*),» exclama el recién llegado.

—«Hola, Charly Bob (!), ¿qué tal? ¿cómo van esos pleitos, señor Magistrado?»

El señor Magistrado lo es realmente de Kent, y habiendo llegado á Lóndres en la víspera, no ha podido resistir á la invitacion que su amigo Dick le ha pasado para asistir á la diseccion de un mono en uno de los Departamentos del Jardin Zoológico de Lóndres.

Segun parece, se tratan con bastante familiaridad. Tanto mejor;—de este modo no perderan su tiempo y sus palabras dando conversacion á los huesos de los Laberintodontes y de los Pterodáctilos, como suelen hacerlo muchos especialistas.

—«Y, Master Dick, ¿empezamos?»

—«Estoy pronto.»

Colocan en un soporte el cuello del cadáver, lo enderezan bien y se preparan á dar el tajo que algunos estudiantes de medicina, en Buenos Aires, llaman *de babero*, tajo que partiendo de debajo la clavícula izquierda, llega á la parte inferior del abdomen, donde, formando una curva con la convexidad hácia el púbis, se dirige hácia arriba por la derecha, para formar la equivalente de la del lado opuesto.

Los dos personajes,—porque efectivamente lo son,—se miran, se hacen un doblez en la manga derecha de la casaca, se vuelven á mirar, y á semejanza de dos adalides del torneo antiguo, arremeten con furor.

Uno de ellos, Dick, se conoce que es mas experimentado en el arte de dar tajos, sobre todo en cuerpo de monos;—el otro, Charly, menos acuchillador, contempla, ayuda y medita.

—«Este mono es un tesoro: es el último regalo que nos hizo

(\*) Por *Richard*, Ricardo.

(!) Por *Charles Robert*, Carlos Roberto.

nuestro ilustre amigo el Dr. Livingstone,» dice Dick, llegando con el escalpelo á la parte curva del tajo.

—«¡Qué lástima!» exclama Charly Bob, mezándose la blanca barba y *atuzándose* el bigote, «si el Dr. Livingstone no hubiese muerto, me habría hecho un gran servicio.»

—«¿Cuál?»

—«Me hubiera enviado un Akka.» (\*)

—«¿Para qué?» preguntó Dick.

—«Para dar la última palabra de mi teoría.»

—«Já, já, já! siempre anda V. preocupado, con su teoría;... yo los examiné en Alejandría. El Rey de Italia me ha regalado uno que puede... Tenga la bondad de sostenerme aquí esta erina.»

—«¿Cuántos dias hace que murió este mono?»

—«Tres dias,» contesta Dick, cortando al mismo tiempo con una tijera la cuarta costilla izquierda.

—«¿Tres dias?»

—«Sí, y no hemos podido determinar la causa de su muerte.»

—«Quizá habrá extrañado el clima.»

—«Esa sería en todo caso una causa predisponente;—me refiero á la enfermedad. Lo que nos llama la atencion es que no se manifiestan signos de putrefaccion. Quién sabe si el mucho cognac que le dieron...»

(\*) Los Akkas son una raza de hombres descubiertos no ha mucho tiempo en Africa. Sus caracteres particulares los acercan de tal manera á los monos antropomorfos que no titubeamos en considerarlos como uno de los eslabones que deben unir el hombre con el mono, en lo cual nos plegamos á la opinion vertida por el viajero Schweinfurth en el Congreso Antropológico de Alejandría y apesar de lo que opina el célebre Ricardo Owen, que examinó allí los que habian pertenecido al malogrado y atrevido Miani.

Por lo demas, y para mayor aclaracion, véase el apéndice.

—«¿Para qué?»

—«Para aclimatarlo, . . . pero . . . este escalpelo no corta. ¿Hay alguno en aquella caja que esté bien afilado?»

—«Aquí está.»

—«Lo que hay que admirar es que estas venas y estas arterias estan llenas de sangre.»

—«Cómo! Es cierto! Luego está vivo.»

—«Este borde debe asegurarse con esta erina en la cabeza,» dice Dick.

—«El corazon late!»

—«Bah! bah! si hace tres dias que el animal ha muerto.»

—«Puede haber sufrido un paroxismo, y en ese caso es muy posible que los signos de este estado hayan sido confundidos con los de la muerte,» dice Charly, pasando una esponja húmeda en vinagre por la nariz del mono.

Pero su observacion es como la semilla de la Anémona—se la lleva el viento. Dick ni mira, ni siente, ni oye:—todas sus facultades, todo su ser se ha reconcentrado en un solo punto.

Los movimientos de sus manos, sus manos que figuran entre las de los mas hábiles disectores del siglo XIX. . . . han dejado de moverse, para apoyarse por la palma en el borde de la mesa;—sus ojos, inyectados de asombro, si es permitida la expresion, se han fijado en el corazon del mono, con esa avidez investigatriz de los grandes sábios.

Dick, nó—Ricardo Owen, el gran naturalista, *Old bones*, como le llaman los caricaturistas ingleses, acaba de hacer un gran descubrimiento.

Charly, nó—Carlos Roberto Darwin, observa y medita; empero, medita y observa como sólo Darwin sabe hacerlo.

Aquel mono antropomorfo, con el pecho y el vientre abiertos, derramando sangre por todas las venas y arterias que le han sido cortadas, con el corazon latiendo á la vista de sus

dos examinadores, les presenta un fenómeno que nadie antes que ellos ha observado.

Para Owen, Rabianista, aquel fenómeno es un nuevo y preciosísimo dato que la ciencia recojerá para sus anales.

Para Darwin es un presentimiento grandioso

¿Qué es, á todo esto, lo que han descubierto en el corazón del mono?

No tenemos tiempo de responder, lector, porque en la puerta del salón se acaba de presentar uno de los empleados del establecimiento.

—«Mr. Charles Darwin?» pregunta.

—«¿Qué se ofrece?»

—«Se me ha entregado esta carta para V.»

Darwin toma la carta, y lee precipitadamente:

«Buenos Aires, 20 de Junio de 1874.

11. P. M.

« Acabo de asistir á la primera sesión del Congreso científico Argentino.

« Las Darwinistas y los Rabianistas han discutido acaloradamente.

« Los primeros han triunfado, como era de esperar.

« Un sábio desconocido, Griffritz, ha dado el golpe de semigracia.

« La segunda sesión debe celebrarse antes de dos meses.

*El Consul de S. M. B.*

*á Charles R. Darwin*

*en Inglaterra.»*

—«Owen, *good bye.*» (Adios, Owen).

—«Darwin! Darwin!» exclama el Rabianista;—pero Darwin no oye,—corre,—vuélala—y un momento despues se ha perdido en el laberinto de las calles de Lóndres.

Entretanto Owen ha quedado solo.

Instintivamente toma la carta que su amigo ha dejado sobre la mesa de diseccion; pero no la lee. Dirije la vista al mono que un momento antes ha destrozado con un fin científico.

Retrocede—sus brazos se doblan—su manos se crispan—sus codos parecen juntarse por la espalda—sus cabellos se erizan—sus ojos y su boca se abren desmesuradamente, en tanto que aquellos se inyectan de espanto y de sangre—quiere gritar—imposible!—quiere moverse—imposible!—la hemorragia en el mono se presenta á torrentes—un momento mas y será cadáver.

Por un esfuerzo supremo de voluntad adelanta hácia la mesa y tratando de multiplicar sus manos, pretende ligar las arterias y las venas por donde brota mayor cantidad de sangre.

Todo es inútil.

Su misma rapidez le es un estorbo.

Sus ropas, sus manos, la mesa, el suelo, todo está ensangrentado.

Lucha terrible—un segundo mas y el mono será cadáver.

Brotan las últimas gotas de sangre.

Todo ha terminado.

Corre el sábio hácia la puerta y en el colmo de la mayor de las angustias exclama:

—«¡Darwin! Darwin! hemos cometido un error! Darwin! Darwin! hemos cometido un asesinato! No era el mono de Livingstone....era....»

Pero no puede continuar.

Las impresiones exajeradas que se han producido en menos de una hora son mas que suficientes para ocasionar una perturbacion nerviosa en el sistema del sábio.

Dejémosle por algun tiempo en aquel estado, y volvamos á ocuparnos de Darwin á quien hemos visto salir precipitadamente del jardin Zoológico, sin sombrero, sin baston, y con las manos ensangrentadas.

Darwin goza en Inglaterra, como en el resto de las naciones cultas, de una merecida celebridad pues es uno de los hombres que mas han contribuido en este siglo á la difusion de las ciencias naturales, formulando sériamente la idea de Lamarck y de otros sábios, fundadores de la gran teoría que hoy se llama el Darwinismo.

Darwin es Inglés, y el carácter especulativo de sus conaciones se manifiesta en él de una manera prodigiosa,—no en el sentido de las libras esterlinas, sino en el dar una base sólida, inquebrantable, á una de las cuestiones mas importantes que agitan el espíritu investigador de la época: su teoría.

A la edad de 17 años, Mr. Darwin leyó á la sociedad Pliniana dos trabajos de Historia Natural, y desde entónces el nombre de Darwin fué atrayendo la admiracion pública hasta brillar hoy como el de una de las antorchas mas luminosas del progreso científico del siglo.

Con estos lijeros antecedentes, no extrañará el lector que al dia siguiente de su llegada á Lóndres fuera invitado por su íntimo amigo el gran Ricardo Owen, á verificar la diseccion de un *mono antropomorfo* (\*) en el jardin Zoológico de la capital del Reino Unido.

Respetado por todo lo que en Inglaterra hay de mas notable, Cárlos Roberto Darwin tiene vara alta con su graciosa soberana, con todos sus ministros pasados y presentes, y aun es muy posible que con los futuros.

Una vez que se hubo despedido de su amigo Owen con el laconismo que dejamos consignado, corrió al Palacio Real, donde en aquel momento estaba Su Majestad ocupada de asuntos que afectaban vivamente los intereses de sus vastos dómínios. Admitido á la Real presencia, lo que no le fué muy

(\*) Esta palabra *antropomorfo* aparece mas de una vez en estas páginas, significa; de *figura*, de *forma* ó de *aspecto humano*.

difícil obtener, manifestó en breves palabras el objeto que le llevaba hasta allí.

—«Allá en los confines del Continente Americano,» dijo á Victoria que se había dispuesto á escucharle, «allá en la capital de la República Argentina, en Buenos Aires, el espíritu público se halla vivamente afectado, esperando la solución del problema que se discute en el seno del Congreso Científico. No distraeré la atención de Vuestra Majestad exponiendo detalles, los que, por otra parte, me son del todo desconocidos. La Reina de Inglaterra no ignora que su humilde súbdito ha dado nombre á una teoría, y qué, si en una ciudad de la importancia de Buenos Aires, triunfan sus ideas, es incuestionable que el efecto moral producido en el resto de las naciones, tendrá una influencia señalada en el espíritu práctico del siglo. Incalculables son las ventajas que debe reportar el triunfo de mi doctrina, sobre todo á la Inglaterra, porque ¿quién sabe si algún día este triunfo será como el antecedente glorioso de nuestra nación para poder hacer flamear nuestro estandarte de victoria en la primera de las plazas de aquella gran ciudad?»

—«¿Y bien?»

—«Mi presencia en el 2º Congreso Científico Argentino es indispensable.»

—«No tengo inconveniente en que partais.»

—«Sí, pero no hay buque alguno cuya velocidad pueda compararse á la del *Prince Albert*, de ruedas y de doble hélice, anclado actualmente en la boca del Támesis, y como debo llegar antes de doce días para poder asistir á ese Congreso. . . .»

—«Queréis que os ceda el *Prince Albert*; ¿no es eso?»

Darwin hizo una reverencia.

—«No; no os cedo el *Prince Albert*, porque el *Hound* corre con mayor velocidad.»

Ignoramos si estos detalles son fidedignos pero como nos

han sido transmitidos por un observador imparcial, no tenemos inconveniente en consignarlos.

Un momento despues, Darwin se embarcaba en uno de los vaporcitos que hacen el tráfico del Támesis, llevando en uno de los bolsillos de su casaca la orden del Ministro de Marina al Comandante del *Hound* para ponerse á las órdenes de Charles Robert Darwin, F. R. S.

Navegando rio abajo, vió pasar otro vaporcito semejante, rio arriba, en cuya cubierta iba un hombre de pié, quien, al verle gritó:

—«¿No es vd. Mr. Darwin? Soy espedicionario del Sr. Grifritz, Darwinista, de Buenos Aires,—vengo del centro de Africa y traigo algunos objetos y comunicaciones que el Dr. Livingstone antes de morir me pidió le entregara.»

Nada de esto oyó el naturalista, porque los silvidos de ambos vaporcitos, convirtiendose en ruidosos interruptores apagaron la voz del espedicionario.

Pero al ir á pasar por el arco central del Puente de Lóndres (*London Bridge*) vió á Owen con la galera abollada y la ropa ensangrentada que le gritaba:

—«Darwin! Darwin! hemos cometido un asesinato; no era un mono, era el Akka que me regaló el Rey de Italia, lo que hemos disecado! ¡Ya se vé;—la falta de anteojos!»

—«¿Los Akkas no son monos?» preguntó Darwin.

—«Nó, nó, que son hombres.»

—«Entónces será un dato estadístico mas que se incluirá en los registros de mortalidad de la Inglaterra.»

## CAPÍTULO X.

### DARWIN ABORDO DEL «HOUND»—TRAVESÍA DEL ATLÁNTICO— MONÓLOGO DE GRIFFRITZ.

El Gobierno Inglés, como la mayor parte de los gobiernos ilustrados, protege en general las excursiones científicas, y satisface los caprichos de los sábios, sacrificio que por otra parte no es muy penoso, por cuanto todos esos gastos se consignan en el *Haber* del Tesoro Británico.

¿Acaso le hacemos recriminaciones por esto?

No pensamos en tal cosa.

¿Qué importa por otra parte que miles de súbditos perezcan de hambre y de miseria, si en cambio se puede gastar millares de libras esterlinas para que unos pocos tengan el placer de ver á Venus pasar por el disco del Sol?

¿Qué sería de la Astronomía si no se aprovechara oportunidades como la del 8 de Diciembre de 1874 y de 1882?

Así es que nadie se acordó en Inglaterra que el placer que se proporcionabá á Mr. Darwin había de costar algunas esterlinas, porque como allí todo el mundo propende al adelanto de las ciencias nadie murmura;—hé ahí la razón por qué Mr. Darwin, siguió tranquilamente su viage, aguas abajo del Tá-

mesis hasta llegar a la embocadura de este río, donde se hallaba anclado el *Hound*, cuya velocidad era de veinticinco millas por hora, pudiendo alcanzar hasta treinta con carbon de primera clase y viento favorable, velocidad un tanto exajerada en apariencia, pero no tanto como se le podría hacer andar si tal cosa se ocurriera.

El *Hound* era un lindo vapor que satisfacía completamente los deseos del gran naturalista, porque, si la velocidad se mantenía constante en 30 millas por hora, podría llegar á Buenos Aires en el término de 8 ó 9 dias, lo que le dejaba tiempo suficiente para descansar de las fatigas del viage, antes que se celebrara la segunda sesion del Congreso Científico Argentino.

El Comandante del *Hound* avisado con anticipacion, habia hecho calentar las calderas, y como cuando Mr. Darwin llegó abordo la presion se habia levantado á 50 libras, se levaron anclas inmediatamente, cada cual ocupó su puesto, y abriendo las válvulas de los cilindros, se empezó á oír los golpes de los pistones, de los hélices, de las ruedas, del viento silvando en las jarcias y bramando en las velas:—ruidos todos que no podían menos de alhagar las esperanzas en aquel momento vertiginosas del naturalista.

En una palabra, el *Hound* comenzaba su viage del modo mas favorable.

Poco tiempo despues los hélices y las ruedas azotaban las aguas algo tibias del Canal de la Mancha, siendo tanto mayor el ruido cuanto que la corriente era contraria.

—«¡Qué coincidencia!» dijo Darwin al Comandante cuando estuvo abordo, y el contra maestre izaba el pabellon inglés, y el maquinista abría la caja de vapor;—«¡qué coincidencia! Hace cuarenta años, siendo entónces muy jóven, emprendía viaje á América con el Almirante Fitz-Roy abordo del *Beagle* (Sabue-

so); y ahora, ya viejo, lo emprendo como vd. para el mismo punto abordo del *Hound* (Galgo). Parece que los perros me persiguen.»

—«O que quizá vd: persigue á los perros,» observó el Comandante Clownfield.

—«Hombre! es cierto!» dijo Darwin sonriendo con el risorio izquierdo, y el mirtiforme del mismo lado (como suelen reir algunos sábios).

No se le oyó hablar mas durante dos dias. Ideaba una nueva teoria, en la que los perros y los monos tomaban una parte mas activa de lo que debian en el génesis del hombre, para lo cual se fundaba en la combinacion de ciertas observaciones fisionómicas.

Cuando despertó de aquella abstraccion supo por el Comandante Clownfield que el *Hound* habia hecho 31 millas por hora, término medio durante los dos dias que Darwin habia estado meditando en su camarote, de modo que habian adelantado mil cuatrocientas ochenta y ocho millas, ó sea cuatrocientas noventa y seis leguas. Los vientos *aliseos*, por otra parte, soplando oblicuamente en las velas, y las condiciones de la máquina y del casco, favorecian notablemente la rapidez de la marcha.

Pero dejemos á Darwin cruzar el Atlántico, y, mientras llega á Buenos Aires, veamos qué se hacia entretanto en esta ciudad.

Deseosos los Darwinistas por consolidar su triunfo, y mas deseosos aún los Rabianistas por no dejarlo escapar de entre sus dedos, habian manifestado pública y privadamente que era necesario á todo trance celebrar la segunda sesion, á fin de terminar de una vez con los disturbios de todo género que á causa de la indecision se suscitaba aún en el seno de las familias mas pacíficas y de la mas sincera amistad.

El presidente manifestó que de ninguna manera se rehusaría

á aceptar tan justa proposicion, y que, si se deseaba anticipar la sesion, celebrándola el 28 de Agosto y no el 30 como se había dicho en la primera, no tendria inconveniente alguno.

Aceptada esta proposicion, el secretario redactó un breve aviso que debía publicarse en todos los diarios y boletines, y en cartelones en todas partes.

Pero cuando se dirijia á las imprentas para publicar el aviso, oyó que un muchacho que vendia boletines gritaba: «Gran- de asesinato»—«Tal cosa»—«Tal otra»—«Darwin en Montevideo.»

Guardó los avisos en la cartera, y corrió á avisárselo al Presidente para ver qué se hacia.

Entónces el aviso se alteró, y en vez de «dia 28,» se puso «dia 30» porque ¿quién podría dudar que la presencia de Darwin en Montevideo indicaba que deseaba hallarse presente en la segunda sesion?

Esta noticia corrió con esa velocidad con que corren las noticias entre gente desocupada, y una hora despues, con las alteraciones consiguientes, anunciaban los mal-intencionados que Darwin no queria perder la ocasion de ver la humanidad convertida en *monidad* (*monkeykind*), y que desembarcaria antes de media hora.

Pero todo esto era falso.

Lo cierto era que Darwin estaba en Montevideo, y nada mas.

¡Había hecho el viage desde Lóndres hasta aquella ciudad en 9 dias!

Entretanto ¿que era de Griffritz?

Nada mas fácil de averiguar.

Su museo, siempre abierto, presenta un fácil acceso á los atrevidos.

Sentado frente á una chimenea encendida, podía oírsele el siguiente

MONÓLOGO

«Dentro de tres horas el célebre Darwin, pisará las playas Argentinas, y su nombre corriendo de boca en boca llegará hasta los mas recónditos confines de la América.

«¿Y qué viene á hacer Darwin en Buenos Aires?

«¿No estoy yo aquí?

«¿Se créé acaso mas sábio, mas inteligente que yo?

«No soy por ventura suficiente no solo para contrarrestar el peso de la opinion de los Rabianistas—la verdad es que los Rabianistas no son capaces de tener opinion—sino tambien la de mis propios prosélitos si acaso llegaran á pretender tornarse en contra mia?

«¿No soy el hombre mas sábio que pisa la América y quizá el mundo entero? Para qué viene Darwin, pues?

«Oh! vanidad de las vanidades!

«Nosotros los sábios somos la gente mas intransigente cuando llegamos al Zenit de nuestra gloria durante la vida.

«Por eso Darwin tiene que sufrir todo el peso, todo el furor de mi critica, porque él ha llegado al apogeo de su fama, y yo . . . yo tambien. Mi nombre en estos momentos recorre con la rapidez de un meteoro el continente y las tierras que acaricia el Atlántico con sus espumas orientales, y estremeciéndose en el alambre telegráfico, el nombre de Griffritz se derrama en el mundo como las aguas del diluvio.

«Pero . . . yo le perdono—tiene razon—mis grandes escritos han sido archivados en este museo, donde lo estoy yo tambien, y mas de una vez habrá dicho algun curioso señalándome: '¿Aquel señor forma tambien parte de la coleccion de Zoología?'

«Si en estos momentos entrara Darwin con los mas caracterizados de mis prosélitos y de los suyos, yo les diría:

«Señores:

«Se ha celebrado el primer Congreso Científico Argentino, cuya acta redactada por mi secretario el Sr. Kaillitz y correcta

por mí recorre quizá los grandes centros Americanos y Europeos.

«Es incuestionable que esto había de producirles efecto.

En ese Congreso hemos—nó: he vencido 'yo; pero les diría 'hemos' porque en las grandes acciones todos quieren tomar parte aunque sea en la derrota—en ese Congreso hemos vencido, como venceremos en el segundo, para eso habeis venido Sr. Darwin, para eso estamos aquí nosotros, para anonadar á los contrarios con nuestra presencia.

«Si no triunfamos, tenemos confianza en nuestras fuerzas perturbatrices. Si los Rabianistas nos vencen, no en la lucha discreta, sinó en la necesidad de sus correligionarios, nos queda el consuelo de decir: 'hay derrotas que parecen un triunfo' como hay quien dice: 'hay triunfos que parecen una derrota' nos queda la fuerza y la accion en proporciones suficientes para no permitir que el bando vencedor proclame la supremacia de sus falsos principios.

«Si triunfan los Rabianistas, veremos la propaganda del *statu quo*, con toda su sombra, con toda su nécia firmeza. Las ciencias no adelantarán, y si adelantan, será de una manera negativa, á mi modo de ver.

«Si por el contrario triunfamos los Darwinistas, como es de esperar, pues para eso represento el partido en Buenos Aires, —si triunfan los Darwinistas, decía, es incuestionable que tiene que alterarse por completo la norma social, y, ó estalla una revolucion filosófica de una trascendencia incalculable, ó llega la indiferencia hasta el extremo de no saber apreciar la influencia de una doctrina científica en la marcha de la sociedad.

«Esto les diría, y habian de aplaudirme. Por<sup>†</sup> mi parte—y esto por delicadeza no lo diría—¿no puedo acaso tener la firme conviccion de que mis conocimientos concentran en sí todo lo que puede relacionarse con las ciencias físicas y morales?

«¿No tengo acaso un talento sobrehumano, una fortuna incabable, una penetracion sin límites?

«¿No basta esto para poder valerme de todos los recursos disponibles, morales, intelectuales y pecuniarios para atraer hacia mí todo lo que sea susceptible de ser atraído?

«Pero no quiero que se diga que nuestro triunfo ha sido ilícito. Dejemos que los Rabianistas empleen ese medio.

«El mismo Estaca, ese imbécil de Estaca, ¿no puedo acaso convertirlo en Darwinista, ofreciéndole *esporas* de todos mis Polipodios?

«Y al fin, ¿que viene á ser Estaca, científicamente hablando? Uno de los elementos que agrupan en torno suyo otros elementos que pueden constituir una fuerza determinada, obrando con sus fuerzas propias unidas.

«Porque, aunque yo me considero un gran sábio, es necesario tener en cuenta que la mayor parte del pueblo hace abstraccion de su razon para juzgar solamente por la pasion que le inspiran los individuos que representan los partidos.

«¿De qué me sirve en ese caso deslumbrar á los del mio, si Estaca deslumbra gran parte de los del suyo?

«Y quién es Estaca?

«Es una representacion viva de esas grandes cohortes que se llaman ‘los ignorantes pretenciosos,’ esa plaga de individuos que, aunque no llevan escrito en sus alas—porque no las tienen—el perjuicio que causan, como nos cuentan los Arabes, llevan sí, en su mirada y en su frente, el sello de la ignominia contagiosa.

«Paleolitez. . . .no, Paleolitez merecé todo mi respeto, es digno de aprecio y de encomio. . . .pero, ¿no podría aplicársele tambien aquello del Gran Napoleon: ‘*Todo hombre se vende, falta solo saber cual es su precio?*’ Todo lo que Paleolitez puede aspirar á tener existe en mi museo y en ese caso. . . . .

pero nó. . . . Paleolitez no es susceptible de cohecho. . . . Paleolitez es un digno rival.

«Pero. . . . ¿qué importa? ¿acaso el grano de arena que se interpone entre el sol y nosotros produce un eclipse? El eje de su cono de sombra, hasta es menor que su diámetro.

«Me basta saber que interpreto la Naturaleza con tanta facilidad como un geroglífico Egipcio ó una inscripcion cuneiforme; que he descifrado todos los *quipus* de mi coleccion Peruana; así como tambien el logógrafo de Galileo respecto de los anillos de Saturno, que nadie ha podido leer hasta ahora y cuyo descubrimiento en nada adelanta los conocimientos modernos; que he escrito en siete años cincuenta volúmenes que bastarían por sí solos para caracterizar un gran siglo, obras que mas tarde, cuando sean publicadas, obligaran á los sabios y literatos á exclamar: ‘El siglo XIX no será de hoy mas el siglo de Humboldt, sino el siglo de Griffritz.’»

Con esto era suficiente.

El Sr. Griffritz se detuvo un momento frente á un espejo. . . . su rostro estaba encendido, y los ojos, en iguales condiciones que su rostro, lanzaban inusitados destellos que se refractaban en los cristales de sus gafas y acariciando los lados de la encorvada nariz, se juntaban á cierta distancia de su rostro, de modo que formaban como un agudo dardo imajinario.

¡*Væ victis!* cuando tomara la palabra en Colon para sostener tan enérgicamente sus principios científicos!

---

Sería una injusticia creer que Griffritz se manifiesta en sus relaciones sociales como se ha manifestado en el monólogo.

Ninguno mas afable que él con los que saben humildemente; ninguno mas airado cuando se trata de confundir á los petulantes.

Por eso ódia á Estaca, por eso detesta á Rabian y aprecia á Paleolitez.

¿Quien es Rabian?

Dajadle dormir en el misterio de su nombre.

Levantar por completo el velo de Isis sería profanar la virginidad de su existencia.

Vivir en una Naturaleza sin arcanos, sería caer en el abismo de las sombras.

Por eso cuando la ciencia descubrió que *Adam* había sido la mas bella de las fantasías del ingenio humano; perdió la tradición el encanto de su cuna.

Suprimid la personalidad Estaca, habreis quitado la sombra mas característica del gran cuadro de la humanidad en pugna.

---

## CAPÍTULO XI.

### LLEGADA DE DARWIN Á BUENOS AIRES, EL 28 DE AGOSTO DE 1874—JUSTA MANIFESTACIÓN.

El día 27 de Agosto se recibió en Buenos Aires tres telégramas, uno de ellos dirigido al Presidente de la República, quien inmediatamente ordenó su publicación, otro al Presidente del Congreso Científico Argentino, y finalmente el tercero á Griffritz—el Cónsul Inglés había recibido uno de Inglaterra con algunos días de anticipación, pero se le había recomendado silencio.

Este telégrama estaba concebido en los siguientes términos:

*«Montevideo, Agosto 27 de 1874.*

*«Acabo de llegar. Mañana á las diez de la mañana en Buenos Aires.*

*«Cárlos Roberto Darwin.»*

La opinion pública dividida aún entre la política, la ciencia, la crisis monetaria y el teatro, se unió para manifestarse en una sola forma: la de la admiración. ¡Darwin en Buenos Aires!

El Gobierno Nacional y el Gobierno Provincial, dispuestos como siempre á hacer á los forasteros ilustres el homenaje que

merecen, ordenaron que el día 28 se hiciera una salva de trescientos sesenta y cinco cañonazos, lo que nadie extrañará si se recuerda que estamos en el año 1874, que, á no dudarlo, *es el año en que mas pólvora se ha quemado en la República Argentina.*

Se invitó á las diversas corporaciones militares, legislativas, diplomáticas, publicistas, religiosas, científicas y comerciales; se decretó feriado el día para toda la República Argentina, y finalmente se contrató con Mr. Picard el embanderamiento de las calles por las que debía pasar el Honorable gentleman.

Guirnaldas y coronas adornaban el frente de las casas, y el empedrado se había cubierto de hinojo en tal cantidad, que el aire estaba completamente aromatizado con la esencia de esta planta, y constá segun las observaciones de los naturalistas residentes en la ciudad, que los insectos sin alas que mas nos molestan con sus picaduras, murieron por millones en aquel día.

Amaneció por fin el 28 de Agosto, y la ribera y el muelle, las azoteas y las calles próximas se llenaron de tal modo de gente ansiosa por conocer siquiera de léjos el hombre á quien mas debemos el descender de monos, que no había espacio ni aún para que se levantara el polvo del suelo.

Aunque la ciudad estaba llena totalmente de banderas, de todas las naciones y tiempos había muchas casas en las cuales no existía semejante llave de la nacionalidad de sus dueños,—eran Rabianistas—pero esto no les impidió formar parte de la muchedumbre; porque, prescindiendo de la cuestion partido, al fin y al cabo, Darwin es una notabilidad del siglo.

A las ocho de la mañana no era posible transitar cerca del muelle.

Y había algo que impresionaba vivamente: era el silencio que reinaba en aquella muchedumbre.

¡Qué silencio, gran Dios! tenía toda la majestad del silencio del vacío!

Todas las miradas clavadas en el horizonte, parecían querer refractarse en la masa de aguas del Plata, y descubrir mas allá del punto de tangencia de la visual una columna de humo.

A las nueve en punto se oyó un cañonazo y otro y otro, con intervalos de algo menos de un segundo, porque era necesario disparar los 365 cañonazos desde las nueve, hora en que se oyó el primero hasta las diez en punto, hora en que Darwin pisaría el muelle.

Aquel primer estruendo anunció que algo se distinguía.

Efectivamente, allá lejos, muy lejos, se divisaba como una nubecilla que subía y se prolongaba.

Poco antes de las diez, anclaba un vapor con pabellon inglés á una milla de distancia.

Uno de los vaporcitos que hacen el tráfico entre el muelle y los buques de ultramar, atracó al *Hound*, y los que tenían anteojos pudieron ver que un hombre de barba blanca, acompañado de Griffritz y algunos otros bajaba por la escalera de babor.

El vaporcito soltó las amarras y en algunos minutos volvió con el ilustre huésped.

A las diez en punto Darwin pisaba el muelle de Buenos Aires, en tanto que el estampido del cañonazo núm. 365 convulsionaba la atmósfera.

Como había tanta gente, no todos podrian oír, para aplaudir los diversos discursos, felicitaciones ó como querais llamarles, por eso Mr. Picard tenia en el extremo del muelle un individuo con cohetes voladores para que haciendo estallar uno al final de cada perorata, el pueblo pudiera aplaudir.

El Presidente de la República D. Domingo Faustino Sarmiento, extendió la mano al sábio que la estrechó con efusion, y le dijo:

—«Tengo el honor de saludar al ilustre reformador inglés....»

El comisionado de Picard lanzó al aire su cohete volador.

Cien mil gargantas se estremecieron en aquel momento gritando unas *hip!* otras *viva!* otras *hurrah!*

La calma de un momento antes había sido como la que precede á las grandes tormentas de la Pampa.

Claro está, la contestacion no podía darse hasta que se restableciera el silencio.

Darwin que habia esperado cinco buenos minutos dijo en castellano bastante claro:

—«No es poca mi dicha haber cruzado el Atlántico, para estrechar, al poner el pié en tierra, la mano de uno de mis mas ilustres prosélitos americanos, primer magistrado de una gran República!»

El comisionado de Picard cumplió por segunda vez la orden que se le habia dado.

Llegó su turno al Vice Presidente Dr. D. Adolfo Alsina, quien estrechando á su vez la mano de Darwin dijo:

—«Evoluciones naturales en la lucha de la vida, os han traído, señor, á nuestras playas. Que una nueva corona cubra vuestra ilustre frente cuando os alejeis por segunda vez de esta patria querida.»

Por tercera vez el comisionado de Picard cumplió con su deber.

—«Doctor Alsina,» dijo Darwin, «conozco los sentimientos que os animan y espero realizar vuestro deseo.»

Por cuarta vez, aunque no parezca cierto se oyó el cohete y los aplausos reglamentarios.

El general D. Bartolomé Mitre ex-presidente de la República dijo á su turno:

—«En las grandes agitaciones de mi vida, siempre he tenido

algunos momentos que he podido dedicar á una de las mas grandes celebridades del siglo y á su doctrina.»

Quinto cohete.

—«En mi vida pacífica, General, mas de una vez he oido vuestro nombre, y al estrecharos la mano por vez primera, permitidme manifestaros que os aprecio, os admiro y no os comprendo.»

Dijo el sábio y estalló el cohete número seis.

Acercóse el Dr. Avellaneda, Presidente electo de la República y con las formalidades debidas dijo:

—«En el silencio del hogar tranquilo, y en el insomnio del estudio, el nombre de Carlos Roberto Darwin y su colosal figura se han presentado á mi fantasía como una de las palancas mas poderosas del adelanto científico del siglo.»

—«Vuestras expresiones, Doctor, como las de las tres notabilidades que os han precedido, no me confunden porque las creo sinceras. Permitidme aprovechar esta gloriosa oportunidad para deseáros todas las bendiciones que un anciano puede anhelar para el próximo gobierno del jóven Presidente electo de la República Argentina.»

Sonó el cohete octavo.

Las autoridades provinciales y las demás nacionales contribuyeron á tejer la guirnalda gloriosa con que el ilustré Inglés fué saludado.

Las corporaciones invitadas no fueron menos fecundas en elogios y Darwin, á las doce del dia, no estaba aún fatigado de oirlas; pero el aguacero que cayó á consecuencia de la salva, como todo el mundo sabe, obligó á la muchedumbre á ponerse en movimiento.

La ovacion que el naturalista recibió en las calles, consideramos inútil describirla; para los que la presenciaron porque la presenciaron, y para los que no asistieron á ella porque deben suponer cómo sería.

Darwin se dirigió al Museo de Griffritz, donde se le había preparado tres aposentos, absolutamente idénticos á los tres principales suyos de la casa que habita en Kent.

Darwin al cruzar el Atlántico halló en aquellos alojamientos hasta las mismas obras que tiene en su biblioteca.

## CAPÍTULO XII

### INCONVENIENTES INESPERADOS

El pueblo de Buenos Aires estaba ya citado y preparado para asistir al Teatro de Colon donde debía celebrarse, como hemos dicho repetidas veces, el segundo Congreso Científico Argentino.

Pero esos espíritus que no conciben la paz sino en tanto que tiene por representante la lucha y la discordia, trataron de turbar la tranquilidad y confianza que animaban á los que iban á quebrar lanzas en tan célebre torneo.

Se pretendía con injusta razon que el local elegido no era apropiado.

Algunos atribuyeron este inconveniente suscitado á las rencillas de partido, pero es de creer, segun datos muy aceptables que poseemos; que en nada contribuía esta causa á tan inesperada turbacion y que se había presentado en aquellos momentos como un cuerpo planetario que se interpusiera en la órbita de otro cuerpo semejante.

¿Qué local mas aparente podría hallarse? ¿La Plaza de la Victoria?

Era un sarcasmo.

¿El Congreso Nacional?

Mayor aún.

¿El Museo de Griffritz?

Quizá;—pero el pueblo destruiría las colecciones.

¿El de la Provincia?—¿el de Moreno?

Ambos eran locales muy reducidos.

¿La Catedral?

¿Cómo discutir en un templo católico apostólico romano una doctrina que tan directamente ataca, según algunos, nuestras creencias religiosas?

Esto no era posible.

En Colon, sí, allí era donde debía celebrarse el sacrificio de nuestro autogenismo.

Allí se había celebrado la primera sesión;—allí se habían reunido las notabilidades argentinas á discutir los principios *elementales* de la teoría;—allí también debía discutirse los principios *fundamentales*.

¿Acaso cuando se ha edificado una casa se le pone techo en la del vecino?

Los ecos del primer Congreso se despertarían bajando en ondas misteriosas de la gran araña, de los candelabros, de las pinturas del telón y de las liras de las Musas, como esos goblins que bullen, se estremecen, se columpian y forman torbellinos en la onda sonora de una campana cuando la media tinta del crepúsculo cubre los cielos, presentando entonces la realización tangible de las visiones del gran novelista inglés.

Pero ¿qué!—Si no era esto lo que originaba la cuestión. No se trataba de local en Buenos Aires:—se trataba de que fuera en otra ciudad ó en otro punto cualquiera de la República.

Unos querían que fuera en Córdoba; otros que fuera en el Rosario; algunos en la Patagonia; no faltó quien propusiera á Jujuy;—y, admirados, generaciones venideras! se llegó con toda audacia á pretender que el punto más apropiado era Rio Janeiro!

Jal-jal-este señor ó señores no sabian geografia ó bien pretendian que nuestra República se estendiera hasta aquella ciudad tropical.

¿Qué tratado científico internacional habia habido para admitir semejante pretencion?

¡Oh perfidia del corazon humano! Temblando están ya los señores, no, digo mal,—los moradores de la esa de que tal cosa suceda.

Pero los Darwinistas, de los que cada uno era un Argos de penetracion, y *algunos* Rabianistas, tuvieron respuesta para todo.

—«Si llevais el Congreso Antropopítecológico,» decian, «á Jujuy, os exponeis á que los Bolivianos ó los Chilenos arrebatén á los sábios; si lo llevais á la Patagonia, los Tehuelches haran otro tanto, con gran satisfaccion de Mr. Broca, de Quatrefages, Moreno y otros, que hallaran de este modo mayores facilidades para estudiar de cerca tan importante raza; —si los llevais á Córdoba, las mangas de langostas descritas por los señores Weyenbergh y Gould devoraran á todos los sábios, Darwinistas y Rabianistas. Si la cuestion se discute en el Rosario, solo se reportará provecho bajo el punto de vista del *fomento territorial*, lo que nada importa en este caso;—y si en Rio Janeiro, los sábios serian parciales, y tendrian irremediabilmente que volverse Darwinistas, y por la fuerza de las circunstancias y por la naturaleza de los elementos, lo que no dejaría de ser una gran desventaja para los del bando contrario.

«Buenos Aires,—hé aquí la ciudad que por todas razones se presta á ser el centro de donde emanen los rayos de la ciencia, los poderosos eflúvios de una gran doctrina.»

Así decian, y á mi juicio tenian razon.

—«Es porque nos odiais!» gritaron los unos.

• —«Es porque nos temeis!» vociferaron los otros.

—«Es porque nos despreciais!» *chillaron* algunos, en lo que no hacían más que obedecer á los impulsos fisiológicos de su naturaleza mixta.

En este estado se hallaba la cuestión, y hasta se murmuraba por lo bajo que no se celebraría la segunda sesión.

Así son las cosas!

Pero felizmente, alguien tuvo una idea ¡una idea!—verdad es que la hizo publicar por todos los diarios.

¿A qué se reducía?

A celebrar un nuevo meeting (idea que por otra parte nada tenía de nueva) con el fin de discutir la cuestión secundaria que en aquel momento hacía presentir el fracaso de la doctrina científica.

El día 29 de Agosto el pueblo se reunió en la Plaza de la Victoria y el señor que había tenido la idea la formuló nuevamente con extensos comentarios, y terminó diciendo:

—«Creo señores que el Rosario es el punto más á propósito; porque. . . .»

—«Protesto!» gritó Darwin y estremeció por filiación de ideas los nervios de los que le oyeron.

Aquel *protesto* era el *veto* de la ciencia y de la experiencia.

—«¡Protesto!» repitió Griffritz.

Y era el *veto* de la ciencia y del poder.

—«Acepto!» gritó un Rabianista.

Y era el grito de la conveniencia territorial, que no despertaba ecos simpáticos en los corazones imparciales.

—«Protesto!» gritó Peleolitez acomodándose los anteojos.

Y era porque en Paleolitez, aunque Rabianista, hablaba la voz de la razón, de la ciencia; de la imparcialidad y de la conveniencia científica de todo el mundo y no de uno, dos ó tres señores particulares.

Pero Paleolitez ya no era el tímido y jóven sábio que por primera vez había hablado en público en el teatro de Colon.

Paleolitez era un nuevo Demóstenes, era el Mirabeau de la Antropología Argentina, era el Ciceron de la juventud bonaerense con todos sus *quosque tandem*.

Trepándose en hombros de algunos amables correligionarios suyos, y graduando la extension de su discurso por la mayor ó menor resistencia del pedestal humano en que se apoyaba todo su peso, toda su ciencia, sus anteojos y sus manuscritos científicos, tomó la palabra y dijo:

—«Hasta cuando, señores, nos veremos ajitados por insignificantes querellas?

«¿Qué espíritu fatal nos persigue, sembrando la discordia en nuestras filas que debieran animarse con el sentimiento de la paz y de la tranquila discusion científica?

«¿Qué génio... qué preocupacion... qué es lo que nos impide celebrar la segunda sesion del gran Congreso? Todas las circunstancias parecen hablarnos con voces elocuentes, animándonos al combate.

«Allí, allí—junto á aquel Paraiso deshojado, está Darwin, el ilustre Darwin—nuestro eminente rival;—allí á su lado, sosteniendo á su gran maestro, el terror de nuestra doctrina, el poderoso Griffritz—nuestro invencible rival;—allí—allí—por casualidad—vá nuestro maestro y nuestro gefe; y aquí dirigiéndonos la palabra, Paleolitez.»

—«¡Qué modesto!» gritó un chusco.

—«Nó; no es por falta de modestia; es para dar mayor ánimo á los que sostienen la doctrina que sostengo yo.»

—«Bien! bien!» gritaron los que sostenían la misma doctrina que Paleolitez—y parecía que se animaban!

Ultimos destellos, resplandores fujitivos de una lámpara agonizante!

Darwin sonrió como los sábios, y Griffritz . . . imitó á Darwin, como tambien suelen hacer esos señores.

—«Señores,» exclamó Paleolitez, con gran disgusto de los que le servian de pedestal,—«señores! seamos imparciales—aceptemos las cosas tales como se presentan. ¿Qué objeto se proponen los que quieren que el Congreso decisivo se celebre en otra parte que aquí? Simplemente el objeto de discordiar. ¡Qué! ¿No bastan acaso las luchas políticas—las discusiones teatrales sobre si el *Guarany* se da mejor en Colon ó en la Opera, los deseos de algunos de fusilar lynchándolo (\*) como dice mi maestro, al capitan del buque brasilerero que bombardeó á Alvear—no basta repito el continuo discutir los puntos mas insignificantes, para que aún pretendamos perturbar una lucha tan importante y tan seria? Solamente el deseo de discordiar, repito, puede influir en el deseo de que este Congreso no se celebre en Buenos Aires.»

Un *hurrah* que naciendo en los lábos de Darwin formó un solo grito con el que todos saludaron al orador, se perdió en los ámbitos aéreos—y Paleolitez colocado en tierra por sus pacientes amigos, sofocados con tanto peso, se retiró á su casa con el firme convencimiento de que su proposicion había triunfado, pues á nadie le ocurrió desde entónces que el Congreso debiera celebrarse fuera de nuestra ciudad,—lo que algunos atribuyeron al deseo que tenian de no practicar el verbo con que Paleolitez habia enriquecido nuestra **sobre** lengua.

(\*) Aplicarle la ley Lynch.

## CAPÍTULO XIII

### LA SEGUNDA SESION PÚBLICA DEL CONGRESO CIENTÍFICO ARGENTINO.

El telon de boca del teatro de Colon tiene unas figuras bastante originales, como pueden haberlo observado todos aquellos que hayan asistido á nuestro gran Coliseo desde que se pintó las mencionadas figuras.

Una diosa que bien puede ser la Aurora, la Noche ó el Génio artistico ó lo que mejor gustéis (\*) con una pierna desnuda, bastante fea por cierto, es conducida por los aires en un carro tirado por inmensas Mariposas de esas que tienen un ojo de Pavo Real en las alas posteriores.

Debo creer que los naturalistas asisten muy poco á Colon, ó que no asisten absolutamente, porque de lo contrario ya se habria levantado una falange de ellos para protestar contra el tamaño de semejantes mariposas, ó bien hacer una invasion á lo del artista que las pintó para exigirle revelara los modelos naturales que le sirvieron, pues es de advertir que muchos naturalistas, fiados en que la Naturaleza es mas rica que la imaginacion mas fecunda, creen que es posible hallar sea en el Japon, en la Nubia en la Patagonia ó en la Cochinchina objetos que ja-

(\*) Es una de las Auroras de Homero.

más se atrevería la madre Naturaleza á producir, toda vez que hagamos abstraccion de la fantasia de ciertos artistas ó de ciertos poetas.

Y quizá tienen razon.

Porque, ¿quién se imaginó las riquezas portentosas que encierra una gota de agua, antes de haberse inventado ó descubierto el microscópio?

¿Qué poeta por atrevido que haya sido el vuelo de su fantasia expresó algo que pudiera ser mas fantástico en apariencia que la existencia de esos millones de seres invisibles que pululan en un rayo de sol filtrado en una gota de rocío suspendida en una flor?

Moisés, ese gran génio científico y moral de los siglos pasados ¿qué ha dicho que no se haya hallado en la Naturaleza, fuente fecunda de inspiracion y de verdad? Aquellos milagros de las serpientes convertidas en bastones? que tienen de milagroso para el naturalista que sabe que en Egipto, allí donde se operó esas transformaciones, existen Serpientes que cogidas por el cuello y comprimidas fuertemente, experimentan una rijidez que las mata y las hace parecer verdaderas varas?

¿Qué viene á ser aquel célebre maná cuya existencia y aparicion examinadas sin preocupacion alguna podían pasar ó por una metáfora ingeniosa ó por una fantasia ridicula, si no se supiera que efectivamente, en aquella porcion del Asia, suele caer un hongo pequeño, cuyo gérmen arrebatado de la superficie de las aguas por los vientos desarróllase en el aire, y cae sobre la tierra en forma de blancos capullos en ciertas épocas del año?

Homero, el inmortal Homero ¿qué expresion atrevida, que comparacion de las que ha empleado no ha tenido su fuente primitiva en el exámen de la Naturaleza real?

Estas reflexiones y otras muchas hacia yo en la noche aquella en que se celebró la primera sesion del Congreso Científico,

al contemplar las Mariposas nocturnas pintadas en el telon de boca del teatro de Colon.

—«¡Qué lindas mariposas!» exclamaban algunas niñas, que teniendo algun caballero fenomenal á su lado no se atrevian á decir «¡qué feas!» por no herir la modestia del mencionado caballero.

—«¡Qué raras! ¡qué grandes! ¡que hermosas! ¡qué fea pierna tiene la diosa! ¡qué gorditos son los angelitos!» tales eran las exclamaciones que saltaban de diversas partes del teatro, como las chispas de una chimenea cuando la leña está húmeda, ó cuando revienta alguna araña desprecavida que tenia su escondrijo en alguna grieta del combustible.

—«Que poco apropósito para telon de un Congreso Científico es ese,» exclamaba Paleolitez agitándose en su asiento del escenario.

Pero, todo esto pasó probablemente inapercibido, porque no se habló mas del telon.

—

Los cohetes que durante el dia 30 habian estallado sin compasion por los timpanos de los pacíficos moradores de esta ciudad, habian cesado completamente á las 7 1/2 de la noche, y un cuarto de hora despues, el teatro de Colon, suntuosamente iluminado por dentro y fuera, se llenaba de gente mas ansiosa quizá por tomar un buen asiento y dormitar en público, que por ver el telon con las grandes Mariposas.

En el momento de entrar en el vestibulo del teatro, sentí que me tocaban el sombrero con una *varita* de dos pulgadas de diámetro.

—«¡Paleolitez!» exclamé sin ver al dueño del llamador *sui generis*.

—«Kaillitz! te fuí á buscar y me dijeron que ya habias salido. Lo veo, sí, lo veo.»

—«Hoy, porsupuesto, te veremos hecho un energúmeno contra nosotros, ¿no es cierto?»

—«¿Tomas parte en la discusion?»

—«¿Cómo no? parte auditiva.»

—«Vente al proscénio?»

—«Me deslumbrará el estar junto á tantas glorias.»

—«Al contrario, ya ves, somos como los demás.»

—«Vaya por la modestia,» le dije.

—«*Nosotros los sábios* no nos fijamos en esas hipocresías.»

—«Tienes razon. Ustedes *los sábios* son unos señores bastante originales, y sobre todo sinceros.»

—«Claro es. ¿Para qué andar con remilgues si tenemos el convencimiento de que lo somos?»

—«Tienes razon.»

—«¿No entras?» preguntó.

—«Voy á la platea,» contestéle.

—«Voy á Maraton.»

—«Cuidado con Milciades,» le dije.

—«Segun ustedes los Darwinistas, las razas dejeneran, y un Milciades moderno, no puede infundir mucho terror. ¿Aludes á Darwin?»

—«Y á Griffritz tambien. Me ha dicho que si de esta hecha no los pulveriza, prende fuego á su museo.»

—«¿Y lo creés?»

—«Cómo nó! si conozco su carácter violento,—al fin naturalista!»

—«Qué bien sabe él que su edificio es á prueba de incendio.»

—«Hombre tienes razon,—no había caido. Será una metáfora quizá.»

—«Hasta luego Kaillitz—si no encuentras asiento, en el proscenio te reservaré uno.»

—«Bien sé yo que *no han de faltar en Maraton*. Hasta luego Paleolitez. Valor y derrótanos.»

El joven sábio sonrió de convicción, y yo me detuve como atónito á la entrada de la Platea.

¿Qué era lo que tanto me llamaba la atención?

El telon de boca. Sí, el telon de boca. Las Mariposas habian desaparecido, y un nuevo cuadro, menos mitológico quizá, remplazaba el antiguo.

Figuraos tres Monos de los mayores, en diversas posiciones y luchando enardecidamente por una zahanoria gigantesca. En un gran faja flotante en la parte superior, se leía en grandes caracteres:

«*Struggle for life,*»

y debajo de los monos, en caracteres no menores:

«*La lucha por la vida;*»

que quiere decir lo mismo, y que no es otra cosa que el símbolo verbal de la teoria de Darwin.

Pero no era esto solamente lo que despertaba mi atención en tal grado.

Los estrepitosos aplausos que llenaban el teatro, ¿á qué iban dirigidos?

Claro está, á los monos.

Lo que no deja de ser una ocurrencia peregrina como lo puede haber observado cualquiera en los circos de caballos, cuando alguno de estos salta por entre un *inmenso* arco ó da una coz al payaso. ¿A quién se aplaude? ¿al caballo?

Aquel telon era una broma inocente que nos daban los Rabinistas:

Mejor:—de ese modo y gastando ellos, podiamos tener un telon científico.

A las ocho menos diez rompió la orquesta con el himno nacional, y cuando llegó al quinto compás del canto, que equivale al verso *Libertad, libertad, libertad*, los monos, la zahanoria y los letreros se elevaron lentamente hasta desaparecer

en el techo, con gran satisfaccion de los que no habian podido descifrar aún lo que significa «Struggle for life».

Una salva de aplausos se confundió con la gran melodía.

Y era que Darwin y todos los sábios que iban á discutir, de pié en el escenario, hacian profundas cortesías al público.

—«¿Van á cantar?» preguntó un jóven suficientemente sábio para comprender aquellos movimientos.

—«Sí,» contestó otro tan sábio como el interpelante.

Aquello era delicioso.

Darwin con el sombrero en una mano y el otro brazo apoyado en el derecho de Griffritz, saludaba á todos en general, y Paleolitez, Estaca y Rabian hacian otro tanto.

Los otros señores que conoció el lector en la primera sesion ocupaban sus respectivos puestos, pero de pié, como es natural.

Despues del himno, hubo una pausa.

—«Que toquen el *God save the queen!*» (\*) gritó alguno.

—«Sí, sí!» gritaron los Darwinistas.

Los profesores de la orquesta acordaron sus instrumentos, no porque estuvieran desacordes, aunque ello no fuese una maravilla, sino porque es de práctica, y se oyó el moderado himno de Albion.

Era una galantería á Darwin.

Cuando hubieron terminado, otro señor gritó:

—«Que toquen *Die Wacht am Rhein* (El centinela del Rhin)\*».

Y cómo la orquesta ya iba preparada para que se le pidiera todo esto, brotaron los majestuosos acordes con majestuosa solemnidad, notándose que algunas personas llamaron la atencion de otras sobre la orquesta que tocaba lo que se le pedia como en los convites, cuando se dice: «Que hable fulano!»

(\*) Himno inglés.

(\*) Himno guerrero prusiano, del profesor Wilhelm.

Los dos luminares se contemplaron en silencio, llenaron el teatro con los resplandores de su ciencia y de su antagonismo, y se hicieron un profundo saludo, que arrancó aplausos mas estrepitosos que todos los anteriores.

Despues que cada uno hubo recibido su racion de música, se restableció el sepulcral silencio que conviene en estos casos. Cada cual tomó su asiento, y el silencio fué mayor aún que el de los recuerdos suaves.

El Presidente se puso de pié, y tocó la campanilla;—¿para qué? para que hubiera un poco de ruido.

—«Señores:» dijo.

«Antes de començar esta gran discusion, séame permitido hacer una pregunta.

«¿Estan vdes. satisfechos de mi imparcialidad ó nó lo estan?»

—«Sí sí,» y diez mil voces, repitieron lo mismo. .

—«Está bien,» dijo el presidente en voz alta, «ya haré de las mias con los Rabianistas,» dijo en voz baja, tan baja, que no mentiríamos si dijéramos que fué como para sus adentros.

Hubo una pausa.

Todos se miraron en silencio.

—«Antes que comience la discusion, señores,» dijo el Presidente, «me van VV. á permitir presentarles uno de los hombres mas ilustres que ha producido la Inglaterra: el gran reformador Charles Robert Darwin.

«Seré lacónico, porque el grande hombre no necesita recomendaciones.

«La presencia en la atmósfera de los grandes aerolitos se anuncia por los grandes resplandores de sus rayos.»

El pueblo saludó nuevamente el sábio, y el sábio saludó por centésima vez al pueblo.

—«Señores,» dijo Darwin, «no extrañeis que mi voz esté alterada al dirijiros la palabra. La edad, el viaje, la emocion

profunda que experimento en este instante al verme rodeado de lo mas selecto que encierra la República Argentina, en ciencias, artes y letras, la sensacion inexplicable que he sentido al desembarcar y verme inmediatamente rodeado por personas tan ilustres y que formaban como un Austerlitz republicano, la manifestacion con que me habeis honrado, lo que he visto, lo que he oído, ... todo, todo esto ha producido en choque extraño en mi espíritu, y si, como no lo dudo, sois hábiles en la ciencia de Lavater, todas estas emociones podreis verlas representadas en mi semblante.

«Si he cruzado el Atlántico para venir á Buenos Aires, no creais, que haya sido por un sentimiento de vanidad mal entendido,—nó—he venido á gozar con la discusion, porque, permitidme creerlo, mi doctrina es hoy uno de los focos mas intensos al que convergen todas las inteligencias imparciales, y, no os ofendais, señores Rabianistas, todas las inteligencias sensatas.

«¿Qué mucho si os digo que los que se oponen á mi doctrina es porque no la conocen? Esta es la verdad. ¿Les repugna acaso descender de monos? ¡Pero si de esto hace tántos y tantos miles de años, que hasta podría decir que hoy la humanidad no tiene ni un solo *leucocite* símico!

«Por otra parte, las especies que aparecen inmediatamente despues de un diluvio ¿no se fijan por ventura? ¿No sabemos acaso que las especies diferentes se rechazan á la manera de dos cuerpos electrizados con una misma electricidad? ¿Porqué, pues, hemos de temer un nuevo *hibridismo* de los hombres y los monos?

«Pero permitidme no lanzarme en esta clase de detalles. Tratemos de otra cuestion que quizá os interese.

«Antes de embarcarme en Inglaterra, precisamente cuando estaba en Lóndres, y en los momentos en que recibía la comu-

nicacion del consulado Británico de esta ciudad de lo que había pasado en la primera sesion de este Congreso, disecaba con mi amigo Ricardo Owen, en uno de los departamentos del *Zoological Garden*, un Akka que el rey de Italiá le habia regalado. No quiero detallaros la escena, pero el caso fué que, debido á un descuido, creyendo disecar un mono muerto, diseccamos un hombre-mono vivo. Vosotros conoceis los Akkas, cuando menos lo que se ha publicado en Paris en la Revista de Antropología de Paul Broca, mi amigo, porque, en el «Argentino» se publicó aquí la traduccion de ese artículo.

«Ahora bien: si pudiera pintaros con los colores mas vivos que puede destellar la imaginacion humana, la sorpresa que nos causó tal diseccion, no llegaria ni al quinto de los veinte grados que la forman.

«Figuraos un corazon latiendo con sistole regular, y diástole natural, es decir, el sistole hácia la derecha y el diástole á la izquierda. Esto nada tiene de particular, porque no de otro modo se verifica en el hombre y animales superiores. Pero, suponed que el sistole sea hácia la izquierda y el diástole hácia la derecha, pesad bien la importancia de este fenómeno y decidme si no era como para petrificarse de admiracion.»

PALEOLITEZ—«Eso consiste en que el Sr. Darwin no se fijó en el vértice sino en la base del corazon del Akka, y en ese caso. . . .»

DARWIN—«Puede creer el señor Paleolítez que no he cruzado el Atlántico con la rapidez de un bólido para venir á reirme de los Argentinos.»

ESTACA—«Muy bien dicho. Eso se llama ser Inglés.»

En aquel momento entró precipitadamente un hombre todo desarreglado, con la cabellera en desórden y sofocado de modo que no podia hablar, empero haciendo un esfuerzo sobrehumano, exclamó—«Griffritz, . . . Akkas. . .»

Nadie comprendió aquello, pero, una vez restablecido el orden, dijo Griffritz á la concurrencia que no se alterara,—que era su espedicionario en Africa, y que con la palabra *Akkas* no habria querido significar quizá otra cosa sino que su espedicion habia llegado hasta el país en que viven los *Akkas*.

Si Griffritz en aquel momento hubiera estado mirando á su espedicionario habria visto que este hacia un gesto de negacion.

DARWIN—«Señores, este espedicionario ha visto quizá los *Akkas* en Africa, y él podrá darnos algunos detalles cuando vuelva en sí. Hablemos de otra cosa.»

PALEOLITEZ—«Por mi parte me permitiría preguntar al señor Darwin la importancia que atribuye á semejante fenómeno, que bien puede ser una de tantas excepciones del Código de leyes naturales.»

DARWIN—«¿Cómo! ¿no cree el señor Paleolitez que tan curioso fenómeno podría traer aclaraciones de suma importancia?»

PALEOLITEZ—«No, señor, y tan poca importancia atribuyo á ese fenómeno, que yo mismo lo he observado y no le he hecho caso.»

GRIFFRITZ—«¿Cómo así? Es extraño por cierto.»

PALEOLITEZ—«El señor Darwin y el señor Griffritz no han disecado jamás una mula viva?»

DARWIN Y GRIFFRITZ—«Sí.»

PALEOLITEZ—«Y no han observado el mismo fenómeno? Todas las especies híbridas son lo mismo.»

Aquel triunfo momentáneo de Paleolitez produjo una sensacion profunda, tanto en los Darwinistas como en los Rabianistas;—se comprende porqué.

GRIFFRITZ.—«Creo señores que sería mejor aplazar un momento este asunto hasta que mi espedicionario volviera en sí—no dudo que él resolverá el debate. Si no hubiera inconvenien-

te, creo que sería bueno, puesto que el Señor Darwin nos honra con su presencia, discutir ó formular cierta cuestion muy importante: el origen de la vida.»

DARWIN—«Segun parece, todos los sábios me vituperan no haber, ni aún siquiera indicado algo á este respecto.»

ESTACA—«Pero conmigo no sucederá lo mismo; porque no solo he formulado una teoría, sino que ahora mismo voy á exponerla. Algunos dicen que no es mia, pero es de envidia.»

Griffritz se mordió la mitad derecha del lábio inferior con el colmillo superior del mismo lado.

ESTACA.—«Todos los seres que tienen vida, sienten, se mueven ó no se mueven, crecen, nacen, viven y mueren. Mi teoría se refiere á las plantas nomás, porque esa es mi especialidad. Con esas pocas palabras parece que hubiera dicho todo, pero no lo he dicho, y van á ver porqué. Se trata del *origen de la vida*. La vida tiene su origen, como todas las cosas que lo tienen, pero yo no comprendo cómo es que nada se ha dicho sobre esto, sabiendo perfectamente que las cosas que no tienen origen, son como el Ser Supremo, eternas; y en ese caso se parecen á El, y si se le parecen es porque El y esas cosas que no tienen origen son una cosa misma. Pero la vida, que tiene origen, es diferente, y aquí es donde empieza la explicacion de mi teoría. («*Nó, que ahí acaba,*» gritó un chusco.) Segun los señores que discutieron en la primera sesion, la Tierra no tiene vida, luego no tiene origen, pero la vida lo tiene y es de este modo. Segun se dice, aunque yo no lo creo, la Tierra estuvo en un principio en estado incandescente, mas aún en estado de vapor inflamado, ó de vapor fuego, y como la vida no puede existir con tal calor, los gérmenes que no tenían origen, porque pertenecian á la tierra, formando parte integrante de ella, se mantenían á una distancia tan prodigiosa de ella que no se quemaban, pero cuando se enfrió, los gérmenes eternos baja-

ron á su superficie y se desarrollaron bajo las formas que adoptaron. Esto respecto de las plantas, porque es mi especialidad, pero de los animales, no sé lo que puede haber sucedido, ni lo sabrá nadie porque no lo sé yó.»

EL PRESIDENTE—«Previendo esta exposicion de la teoría del señor Estaca, los miembros del Congreso Científico han pedido su separacion. No es posible admitir la discusión con gente de este temple.»

UNA NIÑA desde un palco—«Señor Presidente, si á vd. no le parece bien esa teoría, no mortifique á su autor. Siquiera tén-gale lástima y recuerde que dentro de un momento terminará la segunda y última sesion del Congreso Científico.»

Era la niña de los ojos negros, de quien alguna vez hemos hablado.

Un aplauso general y algunas lágrimas acogieron aquellas palabras. El Presidente consintió en lo que se le pedía, lo que tambien hicieron los otros miembros. Estaca, por su parte, no comprendía aquello; antes por el contrario quedó íntimamente persuadido de que su teoría sería aceptada en el futuro, como lo quedó la niña de los ojos negros que dirigió la palabra al Presidente.

GRIFFRITZ—«¿El señor Darwin ha formulado la suya?»

DARWIN—«Cedo al señor Griffritz irrevocablemente el honor de formularla.»

GRIFFRITZ—«Admito que todo lo que nace, *nace de un gérmen*, pero como no hay inteligencia humana que pueda admitir los gérmenes eternos organizados, sino los elementos eternos simples de que están compuestos todos los cuerpos, me veo en el caso de formular mi teoría de la manera siguiente: El origen de la vida en el mundo depende de un fenómeno de generacion espontánea, fenómeno incuestionable que solo una vez se ha manifestado en nuestro globo y ha sido cuando la Tierra, des-

pues de haber bajado á una temperatura moderada ha permitido la evolucion vital de los organismos. Los fenómenos necesarios á la harmonía de los mundos una vez manifestados, no vuelven á presentarse, toda vez que no sean necesarios: la generacion espontánea no ha sido necesaria para la harmonía de los mundos sino una sola vez: luego hoy no existe la generacion espontánea, y todo trabajo que se haga en este sentido, por lo menos, hará perder su tiempo á quien se dedique á él.»

Todos los que pudieron seguir este raciocinio y comprendieron lo tácito por lo expreso, aplaudieron. Darwin se puso de pié y adelantó hácia Griffritz, y despues de estrecharle la mano con efusion, dijo:

—«Señores, me adhiero por completo á las opiniones del Señor Griffritz.»

PALEOLITEZ—«Si no temiera que mis correligionarios me acusaran de voluble, aceptaria esa teoria, pero, basta que sea de un Darwinista para que no la acepte.»

GRIFFRITZ—«Al hablar de *gérmenes*, he querido decir *germen*. Para mi vegetal y animal tienen el mismo origen, el mismo germen—uno solo—llamadle si quereis *germen universal de vida* ó *Protobia*, como gusteis, es igual para mi.» -

PALEOLITEZ—«¿Tendria inconveniente el Señor Darwin en continuar la discusion sobre el sistole y el diástole?»

DARWIN—«De ninguna manera. Pero, si el Sr. Paleolitez me lo permite, el Sr. Griffritz manifestará las opiniones de él que son mas adelantadas y atrevidas que las mias.»

GRIFFRITZ—«Gracias.»

PALEOLITEZ. «El hecho que el Señor Darwin ha indicado, relativamente á la palpitation del corazón de los Akkas, es tan maravilloso, y de una naturaleza tal en la especie humana, que nó lo creo.»

Darwin sonrió.

Griffritz se dirigió al fondo del escenario.

—«Si realmente fuera cierto,» continuó diciendo Paleolitez, «lo que ha manifestado el Señor Darwin, suplicaría á mis correligionarios cedieran á los Darwinistas el campo de la victoria pero, nó es cierto.»

Los Rabianistas parecían consternados.

Griffritz volvió con su espedicionario.

GRIFFRITZ, dirigiéndose á este:—«Ha visto Vd. los Akkas.?»

EL ESPEDICIONARIO.—«He traído tres que están en el museo de vd.»

—«¿Vivos?» preguntó la concurrencia con ansiedad.

—«Vivos» contestó el espedicionario.

ESTACA.—«Pues es necesario traer uno para examinarlo. Esto tiene que resolverse ahora mismo. Si es necesario se le matará, porque, cuando se trata de la *ciencia*, no importa un ápice, no diré la vida de un mono, pero ni aun la de un hombre.»

Griffritz no pudo contenerse, y poniéndose de pié, interpeló á Estaca con el nombre de «Bárbaro,» expresion que si bien en el lenguaje de la civilizacion antigua significaba «Extranjero,» en el lenguaje de la civilizacion moderna significa «Animal». Pero todos, Darwinistas y Rabianistas, perdonaron á Griffritz su expansibilidad de carácter.

GRIFFRITZ.—«Yo no necesito ser un asesino para examinar los misterios del organismo, tanto mas cuanto que una de mis mayores preocupaciones ha sido siempre la de hacer sufrir lo ménos posible á los seres que estudiaba. Bastaría solo una incision que abarcara el pericardio y los músculos intercostales, sin comprometer la arteria intercostal del 5º ó 6º espacio izquierdo de igual nombre que el de la arteria, para ver por medio de un espejo especial el fenómeno de la palpitation. Vaya vd. inmediatamente á mi museo, y traigame un Akka,» dijo dirigiéndose al espedicionario, «pero, con la mayor presteza.»

Todos aplaudieron, menos los que se habian dormido.

Durante algun tiempo nadie tomó la palabra;—parecía que se quería esperar en silencio la llegada del Akka.

DARWIN—«Para mí, señores, todo es eslabonamiento, ó si quereis que repita el aforismo de Linceo, *Natura non facit saltum*. Hasta en los detalles mas insignificantes veo esa gradacion admirable de los seres. En 1872 el Sr. Kaillitz me envió á Inglaterra un Cisne de especie nueva que publiqué con el nombre de *Cygnus Kaillitzii*, y que era la mas bella gradacion entre nuestro Cisne completamente blanco y el americano de cabeza y cuello negro. El *Cygnus Kaillitzii*, no tenia mas que el cuello negro, á manera de corbata, pero, por lo menos y á la simple vista, era un eslabon entre ambos. El estudio detallado que hice del animal me confirmó en la observacion primera y. . . .»

El público se agitó como convulsionado por un fenómeno fisiológico extraño.

Todas las miradas se fijaron en el fondo del teatro. Griffritz dió un salto,—no pudo evitarlo, porque en el aspecto del Akka que aparecía acompañado por su espedicionario, notaba cierta disposicion osteológica completamente idéntica á la de los esqueletos que él habia descrito durante los años 1870 y 71, en una obra inédita cuyo titulo era:

*Transiciones naturales, ó sea descripcion de algunos esqueletos hallados en Abisinia, que pueden servir de eslabones entre el hombre y los monos antropomorfos, 2<sup>o</sup> vol, 4<sup>o</sup> con láminas.*—

como recordará el lector haber leído en la página 30.

¡Griffritz habia estudiado los Akkas mucho antes que Miani, Schweinfurth, Owen, Colucci-Pacha y Régný-Bey!

Todos contemplaban el Akka.

Los Rabianistas estaban desalentados.

Despues de meditar un momento, Griffritz adelanta hácia el centro del frente del escenario.

### Gran excitacion en el público.

GRIFFRITZ—«Las naciones constituyen la humanidad y al estudiar aquellas en la Historia, se observá un fenómeno notable, cual es la sucesion de la grandeza. El Asia y el Africa fueron en tiempos remotos el núcleo de la civilizacion en sus manifestaciones de opulencia, poder y cultura.

«La evolucion de la sociedad humana siguió su curso progresivo de Oriente á Occidente, y mientras que sobre las ruinas de la civilizacion Asiática, levantábase imponente la de los Griegos, se preparaban ya los elementos del poderío Romano.

«Cayó tambien en el abismo del pasado la Ninfa que se baña el Tiber, y el soplo de Oriente arrastró el adelanto hácia los países cuyas riberas besa el Atlantico. La Iberia se oponía á su marcha progresiva: por eso la Iberia fué á su vez la nacion que cual nuevo Eolo había de encadenar en su feraz region el soplo del Oriente. Los Arabes dominándola, representaban el poder Romano, identificaban el adelanto Griego.

«Y si es verdad que durante muchos siglos la ilustracion ha estado encadenada á la Europa, no lo es menos que en la América se presienten ya los albores del Imperio del mundo.

«Y asi de generacion en generacion, de raza en raza, se trasmite el dominio de la época, por hechos que se eslabonan, por causas que se comprenden.

«Llegará un dia en que todas las naciones hayan tomado su parte en la gloria del mando;—quizá los que hoy se llaman Esquimales sean mañana los Griegos ó Romanos en dominio y los que se llaman Europeos ó Americanos ilustrados, los párias de la Tierra y aún el vejámen del resto de la especie humana.

«Y como por una ley inquebrantable de la Naturaleza, la ley de la evolucion, del adelanto, y mas aún, por la ley de la vida, cuyo ministro es la muerte, tienen que perecer todos los

seres, el gran *Ser* que se llama *Humanidad*, rendirá su tributo á una ley tan suprema: empero, su caída será simultánea con un gran cataclismo geológico, y al trastornarse los quicios del mundo en su forma muerta, prepararán los elementos para la gran metamorfosis de la forma viva.

«¿Quién será el ser que poblará los bosques y los valles,— ¿cuál las llanuras y montañas de la nueva Tierra?»

«En las formas groseras de los monos que nos precedieron, hay un destello de la forma de los hombres. ¿Existe en el hombre el destello del ser que poblará nuestro planeta cuando se borren las formas de los continentes y de los mares con la nueva época?»

«Quizá.

«No me valdré de la expresión de un autor popular cuando recuerda que este ser tal vez sea el que han presentado la religión y la poesía cristianas en el tipo radiante de los ángeles. Los ángeles son figuras anti-científicas, anti-rationales; pero no puedo menos de creer que la forma humana se modificará muy poco, aunque la inteligencia ultra-humana llegará á su más alto grado de desarrollo.

«Ahora hay otra observación natural.

«Si estudiamos el aspecto orgánico, característico de las épocas geológicas, se nota que la suma de los caracteres más importantes de los seres constituyen las nuevas especies de las nuevas épocas.

«Ahora bien, el hombre es un ser caracterizado más por su naturaleza psicológica y moral que por su naturaleza física.

«Observando, meditando sobre la vida de la humanidad, se vé que el carácter predominante de la especie humana ha sido la maldad.

«Luego los caracteres psicológico-morales del ser de la nueva época, presentarán todas las maldades con que le ha procedido la especie nuestra: la humanidad actual.

«Pero ya es tiempo de que examinemos el latido del corazón de los Akkas.»

Las personas mas nerviosas se retiraron, porque no podian ver sangre, ni oír gritos de dolor.

¿Se retiró Rabian?

Nó.

¿Y porqué no había tomado la palabra?

Porque no había querido tomar parte en la lucha. Había obrado por accion de presencia. Verdad que el experimento resultó negativo.

El poder *catalitico* no estaba desarrollado en él.

Colocado el Akka sobre una mesa, inhaló cierta cantidad de Cloroformo que le administró Griffritz. La anestesia fué completa.

Un tajo en el quinto espacio intercostal, gran sensacion y silencio en el público, algunas gotas de sangre é introduccion en la herida de un espejo especial, hé ahí la escena.

Griffritz arrojó un grito: el grito de la victoria.

Paleolitez arrojó otro grito; el grito de la derrota.

—«Señores,» exclamó, «estamos vencidos; los Darwinistas han triunfado.»

—«Pero porqué?» preguntó el público, «expliquenos la relacion de ese latido con la solucion de ese problema.»

—«Me habeis elegido vuestro representante en el Congreso Científico, habeis confiado en mi honorabilidad, . . . en el carácter, pues, de representante del partido Rabianista, declaro que el partido que represento está vencido.»

## CAPITULO XIV

ÚLTIMO

*Consecuencias de la lucha*

.....  
.....  
..... schiit. ....  
.....

FIN

Aquí acaban los manuscritos del Sr. D. Ladislao Kaillitz, Darwinista. Segun parece por algo que le hemos oído alguna vez, acepta el espiritismo, y no dudamos que teniendo la pretencion de considerarse *medium* declare que esta página incomprendible le ha sido dictada por algun espíritu.

*E. L. H.*

Darwinista.

# APÉNDICE

## LOS AKKAS

### RAZA PIGMEA DEL AFRICA CENTRAL

// —  
POR PAUL BROCA

Este artículo que traduje de la Revista periódica del célebre sabio frances Mr. Paul Broca, traduccion á la que el Sr. D. José Manuel Estrada dió caviada en las columnas de su diario «El Argentino (Nos. 242 y 244)» es demasiado interesante, está firmado por una de las mas grandes notabilidades científicas, y explica con sobrada elocuencia las presunciones del Sr. Kaillitz, para no publicarlo como *apéndice* ó aclaracion. Con este caracter, pues, no necesita ser leído como parte integrante de los «Dos partidos en lucha,» sino solamente por aquellos que deséen ilustrarse un tanto sobre uno de los hechos antropológicos mas importantes del siglo XIX, si no de la época moderna.

Holmberg.

En la *Revue d'Anthropologie* (T. I, p. 565,) se ha hecho mencion del viaje del doctor Schweinfurth al pais de los Momboutou, situado en el Africa Central, al sud del pais de los Niam-Niam, cerca del grado 4º de latitud norte. En una fiesta que dió Mounsa, rey de los Momboutou, figuraron algunos esclavos de la raza de los Akkas, nacion de talla muy pequeña, que habita hacia el sur del pais de los Momboutou, cerca del grado 3º de latitud norte. Segun Schweinfurth, los Akkas no alcanzan jamás una altura que pase de 1 m. 50. Son prognatas; tienen las manos y los piés muy pequeños; son muy ágiles y muy diestros en la caza al elefante con el arco y con la lanza.

El rey Mounsa permitió al Sr. Schweinfurth llevar consigo uno de estos *pigmeos*; pero este representante de una raza hasta entonces desconocida, murió en la Nubia, durante el viaje de regreso.

Tales eran los datos que habíamos podido dar, según la *Tour du monde* del 28 de Setiembre de 1872. Mas tarde el descubrimiento del Sr. Schweinfurth ha sido confirmado por el atrevido viajero italiano Miani, que á su vez ha penetrado hasta el país de los Momboutou, donde ha sucumbido desgraciadamente á sus fatigas. Miani había comprado al rey Mounsa dos esclavos Akkas, jóvenes, que han sido enviados á Kartoum despues de su muerte, con sus papeles y colecciones. Los diarios han hablado varias veces de estos dos Akkas de Miani, y exagerado lo exiguo de su talla. Así, pues, hemos leído en el *Medical Record* de Lóndres, del 14 de Enero de 1874, que uno de los Akkas, de 18 años de edad, solo tenía 1 metro de alto, y el otro de 16 años, solamente 75 centímetros. No es necesario echar mano de estas exageraciones para hacer resaltar la alta importancia del hecho antropológico descubierto por Schweinfurth y por Miani. La realidad de este hecho no permite abrigar duda alguna, gracias á los comunicados y presentaciones que se ha hecho al Instituto Egipcio de Alejandria, sociedad activa, destinada á prestar á la ciencia señalados servicios. Presidida por S. E. Colucci-Pacha, tiene de secretario un francés, el Sr. de Régný-Bey. Los *Bulletins de l'Institut égyptien*, aparecen en francés. Extraemos de ellos lo que sigue:

SESION DEL 5 DE DICIEMBRE DE 1873.

«El señor Schweinfurth manifiesta que ha reconocido en una poblacion que habita hácia el grado 3º de latitud norte, en el país de los Momboutou, los pigmeos de que hablan Herodoto y Aristóteles. Su altura no pasa de un metro y medio á lo sumo; su color no es el de los negros; son mas bien morenos que negros; su cara es muy prognata; la cabeza redonda, la nariz hundida y las alas de esta muy anchas. No tienen labios, por decirlo así, y su boca, cuando está cerrada, parece una simplé fisura, como la de los monos. Había traído consigo uno de estos individuos, de quince a diez y seis años, que ha muerto en el camino, pero que lo ha hecho inhumar con cuidado, y cuyo esqueleto, que será extremadamente curioso para la ciencia, piensa hallar y traer algun dia.

«Los brazos alargados, la encorvadura de la columna vertebral en forma de C, el vientre voluminoso y globoso, lo apartado de las piernas, todo contribuye á dar á su cuerpo un aspecto especial. El Sr. Mariette Bey hace recordar que el Sr. Schweinfurth ha traído anteriormente á Egipto un Niam-Niam. El Sr. Schweinfurth agrega que hoy se encuentra con mucha

frecuencia á los Niam-Niam en todo el Sudan, y aún en Kartoum.

SESION DEL 12 DE DICIEMBRE DE 1873.

«El Sr. Pereyra pregunta qué lengua hablan los nuevos pigmeos descubiertos por este viajero. El Sr. Dr. Bimsenstein dice que segun los datos comunicados por el Sr. Schweinfurth sería una lengua desconocida hasta ahora, que no se liga á ningun otro idioma, y por lo demás compuesta de un número muy reducido de palabras. El individuo que el Sr. Schweinfurth había traído consigo manifestaba una inteligencia muy limitada, y no había podido aprender casi nada de las lenguas que se hablaba al rededor suyo.

«El Sr. Schweinfurth, por otra parte solo ha visto algunos individuos de esta raza, no en su país, sino en el de los Niam-Niam; lo que dice de su conformacion parece exigir un nuevo estudio mas preciso, porque es difícil conciliar sus indicaciones sobre la curva de la columna vertebral con la agilidad que les atribuye; pero la cuestion es de las mas interesantes bajo el punto de vista antropológico, porque parece que está fuera una raza intermediaria del mono y el hombre.

«El Sr. Gatteschi cree que bien podría tratarse simplemente de una especie de cretinismo y no de una raza distinta.

SESION DEL 19 DE DICIEMBRE DE 1873

El Sr. de Régny-Bey suplica al Sr. Schweinfurth tenga á bien comunicar los datos que haya podido conseguir acerca de Miani y sus colecciones.

El Sr. Schweinfurth responde que durante tres años no se ha tenido noticias ni de Miani ni de sus barcas. El trastorno producido en los países que riega el Nilo Blanco por la expedicion de sir Samuel Baker, había sido un nuevo obstáculo para las comunicaciones. Pero el 6 de Noviembre pasado, las barcas llegaron por fin á Kartoum y se ha sabido entonces la noticia de la muerte del sabio viajero. Segun parece, ha sucumbido á sus fatigas en el país de los Momboutou. Las barcas traian sus colecciones y su testamento. Pero inmediatamente despues de su arribo han sido secuestradas á causa de la quiebra de su propietario. El Sr. Schweinfurth se ha dirigido inmediatamente al señor de Martino, cónsul general de Italia, para hacer reclamar las colecciones y papeles de Miani, que no podian ser incluidos en la quiebra; por último, á la primera requisitoria, el gobierno egipcio ha teleografiado que se envíe inmediatamente al Cairo los efectos de Miani.

«Parece que estas colecciones son muy interesantes. Se cree que contienen numerosos objetos de etnografía, dos Chimpanzées embalsamados, y además, dos pigmeos vivos. Estos últimos que se ha considerado como esclavos en Kartoum, han sido retenidos provisoriamente en la caserna de la ciudad para ser devueltos á su libertad.

(*Boletines del Instituto egipcio,*  
año 1872-73.)

Estos datos presentaban ya cierto carácter de certidumbre, pero mas tarde, la cuestion adelantó un paso. Los dos Akkas de Miani han llegado al Cairo, donde han sido estudiados por Colucci-Pacha y por el gran naturalista inglés Ricardo Owen. El Sr. de Régný-Bey ha tenido la bondad de comunicarnos la copia del acta, aún inédita, de la sesion del 20 de Febrero de 1874, y nos congratulamos de poder reproducir este importante documento.

#### SESION DEL 20 DE FEBRERO DE 1874

«S. Exc. Colucci-Pacha hace recordar que el señor doctor Schweinfurth había anunciado, en la última sesion, el arribo á Kartoum de las barcas y de los pigmeos de Miani sobre los cuales había comunicado algo anteriormente al Instituto.

«Estos dos pigmeos están actualmente en el Cairo, y S. E. Colucci-Pacha había ido á examinarlos junto con S. E. Burguieres, Bey, primero—y luego con el Sr. Profesor Owen.

«Esta poblacion de enanos estaba mencionada en la Historia; Herodoto, Strabon, los historiadores árabes han hablado de ella y Colucci-Pacha ha pedido al Sr. Scheffer, actualmente en el Cairo, y que tambien ha estado á verlos, que reuna lo que de ellos han dicho los autores árabes.

Uno de estos pigmeos solo tiene 1 metro y algunos centímetros; el otro apenas 1 metro.

«Respecto á su edad, examinando el criterium ordinario, es decir, el estado de su dentadura, se puede considerar el primero como de 12 á 14 años, y el segundo como de 9 á 10.

«Su color es el de los Abisinios y de un tinte chocolate que tira á claro; sus ojos son grandes y vivos y tienen una expresion particular; la nariz, sin ser chata, es muy ancha y de fosas muy abiertas; la frente es muy desarrollada, lo que les presta una fisonomía intelijente. Los cabellos son crespos (lanudos:) uno de ellos los tiene negros, el otro castaño-dorados. La mandibula inferior, desde la oreja hasta la barba presenta pun-

tos salientes y depresiones muy aparentes, de suerte que la parte anterior parece casi desprendida del resto.

«El torax es muy desarrollado, el vientre enorme, redondeado, muy prominente; las partes genitales muy pronunciadas; pero los testículos, que son muy pequeños y que parecen habas no son pendientes, y están retraídos, como en los cuadrumanos. Las piernas son delgadas, el pié muy ancho, aplastado, y el pulgar ó dedo mayor se desprende del pié y toma un desarrollo muy pronunciado.

«La columna vertebral para seguir al vientre, ó como agoviada por un peso, se encorva en forma de S.

«Se pregunta si el ángulo facial es muy pronunciado. S. E. Colucci-Pacha contesta que no es muy agudo; de suerte que el tipo puede aproximarse, como piensa el Dr. Owen, al tipo abisinio.

«A la visita que se les hizo, asistía un sargento que había acompañado á Miani, el cual, como conocía su idioma, ha podido servir de intérprete. De este modo se ha averiguado de nuestros pigmeos que no son una excepcion en su país, que toda la poblacion queda fija en estas proporciones exiguas y que la edad no altera su talla.

«Los dos individuos que se encuentran en el Cairo, no han alcanzado por otra parte á la pubertad, y no tienen absolutamente cabello en el pubis.

«El señor doctor Gillardot, recordando las voces que se habían corrido anteriormente sobre los Niam-Niam, pregunta si se ha observado en nuestros pigmeos algo que pudiera parecerse á un principio de cola.

«S. E. Colucci-Pacha contesta que no presentan nada que se le parezca; solamente puede notarse, á causa de la inflexion que el peso del vientre hace experimentar á la columna vertebral, una pequeña depresion, en forma de triángulo, que, situada inmediatamente antes del coccix lo hace sobresalir, lo que podría, á primera vista, producir una especie de ilusion; pero esto no es mas que una apariencia.

«El Sr. de Régný-Bey pregunta, si en resúmen, la conformacion general que resulta de los diversos caracteres descritos anteriormente, se aleja mas de los caracteres de la especie humana que los tipos ya conocidos de salvajes y de razas inferiores.—En el primer momento, contesta Colucci-Pacha, quizá se podría creer; pero un exámen minucioso demuestra que apesar de ciertas imperfecciones, no por esto dejan de pertenecer a la raza humana, tal como la conocemos.

«Los dos jóvenes africanos que el Sr. Miani ha traído de los alrededores del Rio Garbon, al Sud de la Abisinia, tienen los cabellos ensortijados y ondulados, la nariz chata y aplastada, las mandíbulas salientes, el cráneo estrecho y oval, el vientre voluminoso y saliente de la raza de los negros; pero su color es de un moreno chocolate subido, en vez de ser moreno ó negro, como en los indígenas del Africa central y occidental.

«El mayor de estos dos muchachos, tiene 1 m. y 11 c. de altura, y el estado de su dentadura indica una edad de 12 á 14 años á lo sumo. Las series caducas de dientes han caído y han sido reemplazadas, pero las bicúspides superiores no están aun en su sitio, y las segundas molares han salido recientemente. Los órganos genitales presentan una falta de madurez análoga; los testículos se hallan en el escroto, pero son muy pequeños; los pelos del púbis no han salido aun.

«El pene es grande, tal como lo presenta la raza, con prepucio perfecto. Un ligero bozo sombrea el labio superior cerca de las comisuras. El borde inferior de la mandíbula es ligeramente ondulado. Los lóbulos de la oreja han sido atravesados y segun parece han llevado aros pesados. El mas joven tiene 1 m. de altura, y su dentadura indica que está en su noveno año. Las molares de leche no han caído aun; las primeras molares están en su lugar correspondiente en cada una de las mandíbulas, las segundas y terceras no se han desarrollado aun. El testículo izquierdo no ha bajado aun al escroto; por lo demas, los órganos genitales son iguales á los del mayor y sin haberse desarrollado completamente. El lóbulo de la oreja es poco desarrollado, y no ha sido atravesado.

«El caracter saliente,—la depresion en la raiz de la nariz,—la forma dilatada y trilobada del extremo de esta,—el color de la piel,—la prominencia del vientre son iguales á los del mayor, pero el ombligo es mas saliente.

«Deduzco que estos modelos singulares é interesantes de la especie humana, pertenecen á una raza pigmea del género de los negros, pero de un color que caracteriza ciertas razas especiales de la Abisinia, y de las partes orientales del Africa.»

Estas observaciones atenúan hasta cierto punto la opinion que empezaba á circular acerca de la exigüidad de la talla de los Akkas. Los dos Akkas de Miani son muchísimo mas altos de lo que se había anunciado. El mayor tiene de alto 1 m. 11 c. en vez de 1 m.; el menor tiene 1 m. en vez de 75 centímetros.

Ademas, podrá notarse que aun son niños, el estado de su dentadura y de sus órganos genitales, demuestra que aun les

por consiguiente la forma de una S. Si señala, pues, esta forma como una particularidad de la columna vertebral de los Akkas, si comprueba, como el Sr. Schweinfurth, que está en relación con el volumen enorme del vientre, es permitido deducir de esto, que habla de la columna vertebral en su conjunto, mientras que el Sr. Schweinfurth, dejando á un lado la curva cervical, solo ha descrito la columna dorso lumbar.

La existencia de una raza que estuviera privada del carácter mas decisivo de la actitud bípeda, sería un hecho de tal gravedad que, lo confieso, tengo cierto escrúpulo en admitirlo. Hé aqui por qué me pregunto, hasta tener mayores aclaraciones, si los Akkas del rey Mounsa son completamente normales. La rectitud perfecta de sus miembros, no prueba absolutamente que puedan estar exentos de raquitismo, porque hay un grado de raquitismo que se limita á detener el crecimiento de los huesos, sin producir un reblandecimiento suficiente para que se formen encorvaduras. Entre diversos individuos de nuestra raza que son mucho mas bajos que los de talla ordinaria, hay algunos que parecen á primera vista perfectamente conformados, y en los cuales, sin embargo, un exámen minucioso permite descubrir en tal ó cual punto del esqueleto, vestigios de antiguo raquitismo. He hecho sacar el año pasado dos grandes fotografías que representan uno de estos individuos, hombre robusto, de cuarenta y tres años, cuya talla solo alcanzaba á 1 m. 430. Visto por delante, este hombrecito parece completamente normal; sus miembros son rectos, sus proporciones hermosas; pero en la cara posterior del tronco, una desviacion lateral muy lijera de las tres primeras vértebras lumbares, atestigua la influencia de un antiguo raquitismo.

Se nos anuncia que los dos Akkas de Miani serán llevados á Italia próximamente. Llamo la atencion de los antropologistas que tuvieren oportunidad de examinarlos, sobre la importancia de un estudio dirigido sobre este punto de vista especial.

Agrego que la edad de estos dos individuos ha sido determinada por el exámen de la dentadura; pero creo, segun datos é informaciones muy incompletos sin duda, pero que no por esto pierden su valor, que la irrupcion de los dientes segundos es un poco mas precoz en los negros que en los Europeos. No es, pues, imposible que los dos Akkas, observados en el Cairo, sean un poco mas jóvenes que lo que indica el estado de su dentadura.

